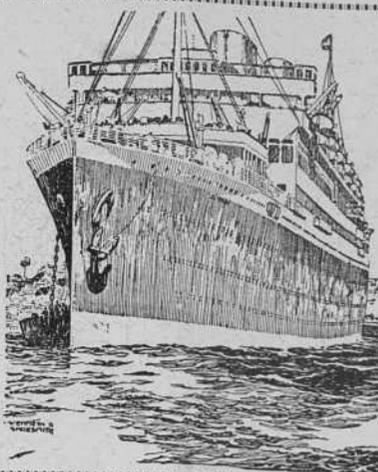


La Esfera



BARTOLINI





LA MALA REAL INGLESA

SALIDAS REGULARES DE LOS MAGNIFICOS TRAS-ATLANTICOS, SERIE "A", DE CORUÑA, VIGO Y LISBOA PARA BRASIL, URUGUAY Y ARGENTINA

PRÓXIMAS SALIDAS:

"ASTURIAS" (lujoso buque británico a motor, de 22.500 toneladas). De CORUÑA y VIGO, el 31 de Enero, y de LISBOA, el 1.º de Febrero.
 "ATLANTIS". CRUCERO especial a las ANTILLAS, de Southampton, el 23 de Enero, visitando Madeira, Barbada, Martinica (Port de France y San Pierre), Habana, Jamaica, Cristóbal (Canal de Panamá), Grenada, Las Palmas y Lisboa, regresando a Southampton el 9 de Marzo.

PARA TODA CLASE DE INFORMES:

Madrid: MAC ANDREWS Y C^ª, LTDA., Marqués de Cubas, 21.
 La Coruña: RUBINE E HIJOS, Real, 81.
 Vigo: ESTANISLAO DURAN, Avenida de Cánovas del Castillo, 3.

SE ADMITEN SUSCRIPCIONES
 A NUESTRAS REVISTAS

EN LA

LIBRERIA
 DE
 SAN MARTIN

6, Puerta del Sol, 6

¡ S O R D O S !

Oírís todos con el nuevo aparato, casi invisible ¡Última creación de la Ciencia! Escribid con sellos 50 céntimos para recibir folleto. IBERICA ELECTRO-COMERCIAL, S. A., París, 205, Barcelona.



CONRADO ROCH

Concesionario é importador exclusivo para España de los acreditados lubricantes

SILKOIL

Único que os garantiza metálicamente la pureza de sus aceites electro refinados

PASEO DEL PRADO, 46
 MADRID

Teléfonos 73407 y 71570

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS DE PEDRO CLOSAS

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRAFICAS
 Fábrica: Carretas, 66 al 70
 Despacho: Unión, 21
BARCELONA

Etablissements ORIMI

En ROQUEVAIRE (B. du R.) FRANCIA

ARTICULOS DE PIEL :: CAPACHOS DE PIEL TRENZADA PARA LA COMPRA

Agente en España:

DOMINGO BUENO - 9, Calle Joaquín Costa - VALENCIA

VELLUDAS

EXTIRPADOR R. BERENGUER. Acreditadísimo para el tratamiento inofensivo, garantizado, contra el pelo y vello. Gasto para siempre, 15 pesetas. Por correo, 16. Farmacia GAYOSO, Arenal, 2, Madrid; Almacenes: J. Martín, Alcalá, 9, y en todas partes y Centros. Para la cara, cuello, brazos y piernas, no tiene rival.

¡¡ OJO CON OTRAS OFERTAS !!

Nuevos teléfonos de Prensa Gráfica

50009 * 51017

J. RUIZ VERNACCI
 (ANTIGUA CASA LAURENT)

Carrera de San Jerónimo, 53
 TEL. 54645

MADRID

MÁS DE 60.000 CLICHÉS DE ARTE ESPAÑOL ANTIGUO Y MODERNO

Pintura + Escultura + Arquitectura + Distas + Costumbres + Tipos + Tapices
 Muebles + Armaduras de la Real Casa + Ampliaciones
 ++ Diapositivas, etc. ++

GRABADOS EN NEGRO Y COLORES
 MARCOS
 TRICROMÍAS Y LIBRERÍA DE ARTE

CAZADORES



Escopetas garantizadas desde 15 pesetas al mes.	800
Hammerles finísimas de gran alcance y plomeo.	600
Además, al contado, desde 200 pesetas en adelante, regalo utensilios por valor de 20 pesetas.	500
Modelos económicos, de gatillos á la vista, desde 25, 40, 55, 65, 90 y 125 pesetas. Descuentos especiales á los intermediarios.	400
	300
	250
	150

José Cruz Múgica, Eibar

AGENCIA GRAFICA

REPORTAJE GRÁFICO DE ACTUALIDAD MUNDIAL

Servicio para toda clase de periódicos y revistas de España y Extranjero

Pida condiciones á AGENCIA GRÁFICA

Apartado 571
 MADRID

Lea usted **NUEVO MUNDO**

DESINFECTANTE
 MATA POLILLA
 INSECTICIDA
 DESODORANTE
 HIGIENE DEL
 TELEFONO

FANET

DEPÓSITO:

Guzmán el Bueno,
 núm. 29

Teléfono
 41047



ACEITE VEGETAL MEXICANO

PREMIADO EN VARIAS EXPOSICIONES
 Hace desaparecer las canas

EN 8 DIAS

No mancha. Se usa con las manos como cualquier brillantina. Es inofensivo. Precio: 6 y 10 Ptas. Con uno de 10 Ptas. hay para un año. Se vende en todas partes. Concesionario: La Florida, S. A. Barcelona

GINESTA & C^ª, Sté. à R. L.

Télegr. GINESTA

Teléf. D 1-85 y 58-37

CONSIGNATARIOS DE BUQUES
 FLETAMENTOS :: TRÁNSITOS

Servicios marítimos regulares entre Marsella y los puertos españoles
 Salidas mensuales para los puertos del Brasil y Plata

22, Rue St-Ferréol

MARSELLA

Los mejores retratos y ampliaciones

DIAZ CASARIEGO

Fernando VI, 5, planta baja MADRID



MADAME X

FAJAS
—
CORSÉS
—
SOSTENES
—
ESPALDILLAS
—
MEDIAS
—
TOBILLERAS

TODO DE

CAUCHOLINA

(MARCAS REGISTRADAS :: PATENTE 95.991)

Las Fajas "Madame X"

SON INTÉRPRETES DE LA
MODA

Establecimientos "MADAME X" en toda España

MADRID

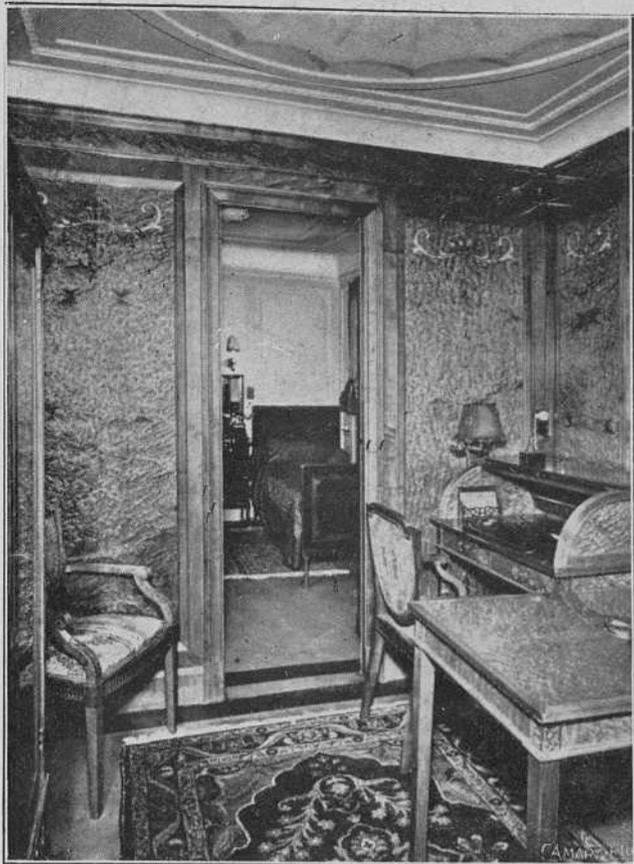
TRAVESIA DEL ARENAL, 2
(Junto a MAYOR, 8)

BARCELONA

RAMBLA DE CATALUÑA, 24

BILBAO: Gran Vía, 35.
CÓRDOBA: Málaga, 2.
MÁLAGA: Sagasta, 1.
OVIEDO: Melquiades Alvarez, 6
SANTANDER: Blanca, 5

SAN SEBASTIAN: Garibay, 22.
SEVILLA: Francos, 21.
VALENCIA: Paz, 3.
VIGO: Victoria, 8.
ZARAGOZA: Plaza Constitución, 4



Camarote de lujo del «Príncipe Alfonso»



«Veranda» del vapor «Infanta Cristina»

Otro nuevo buque que esta Compañía ha puesto en línea es el *Infante Don Juan*, vapor de 2.300 toneladas que efectúa

la navegación Barcelona-Valencia. Igual a éste es el *Infante Don Gonzalo*, botado en el presente año, y que pronto comenzará a navegar.

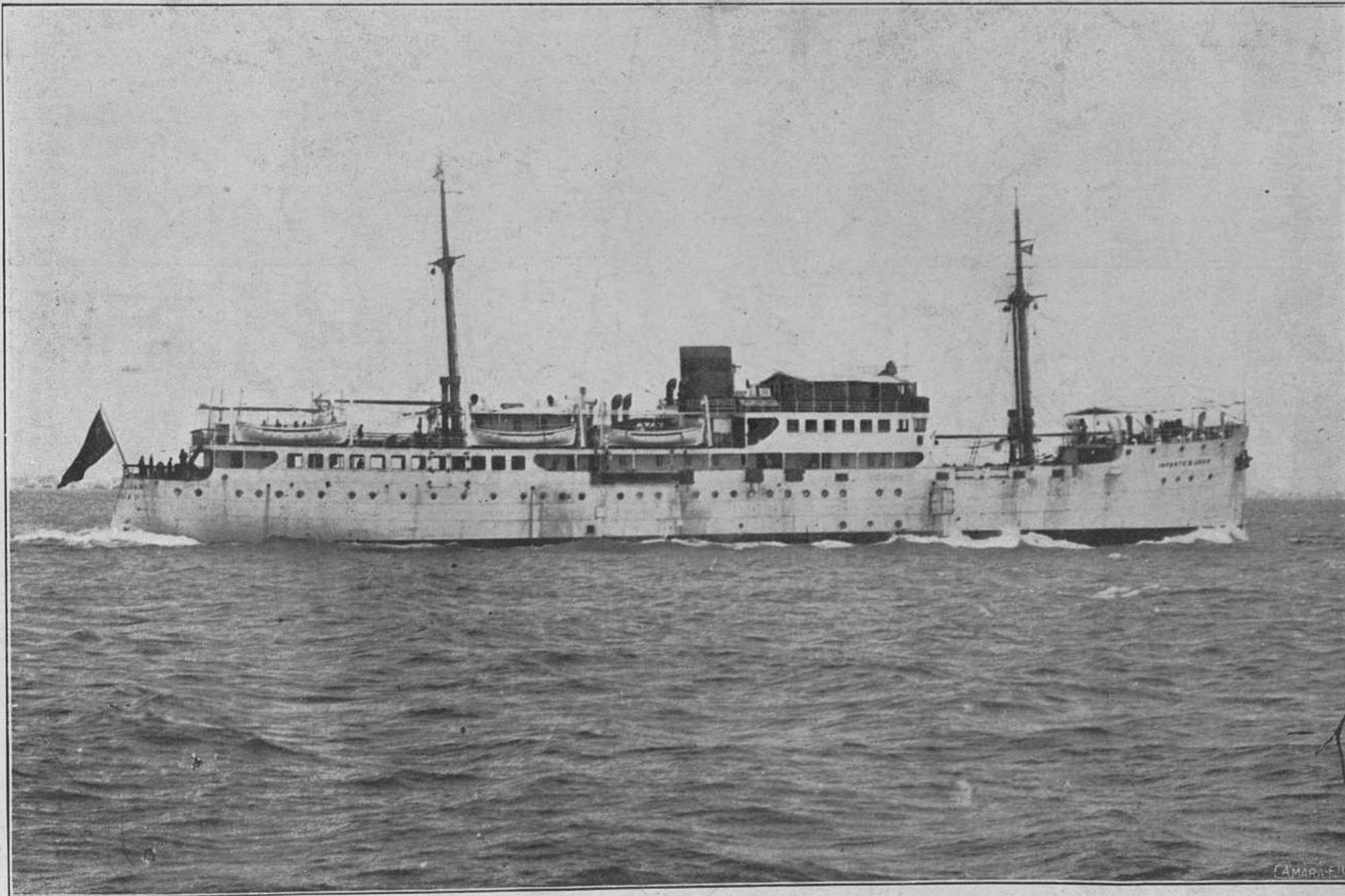
Estos dos barcos han sido construidos en Valencia, en los Astilleros de Unión Naval de Levante.

También han sido botados al agua en este año, y empezarán a prestar pronto sus servicios regulares, los vapores construidos en los Astilleros de Cádiz, y que llevan por nombre *General Berenguer* y *General Jordana*, buques de 2.100 toneladas.

Por último, tiene en construcción un magnífico barco, que destinará a línea de Canarias, y que superará, si cabe, las magníficas condiciones que reúnen los que actualmente tiene puestos al servicio de esa línea tan importante, y que satisfacen las máximas aspiraciones que pasajeros y cargadores de esas Islas pudieran sentir.

Este barco llevará el nombre de *Ciudad de Barcelona*, y tendrá un tonelaje aproximado de 7.000 toneladas.

No puede negarse que ha sido un año laborioso para la Compañía Transmediterránea, en el que ha dado un paso más en pro del crédito marítimo de España.



El «Infante Don Juan», nave a motor que navega en la línea Barcelona-Valencia



PERFUMERIA
ALVAREZ GOMEZ

La calidad inmejorable, el buen gusto en la presentación, son las características de los productos de perfumería que expende la renombrada Casa ALVAREZ GOMEZ. Las mejores firmas de ese arte tan de hoy, tan refinado y tan admirable, que es la Perfumería, son garantía de cuantos productos de tocador expende esta Casa. Nada tan legítimo, por tanto, como el crédito extraordinario que entre el público —entre el público femenino sobre todo, naturalmente— cuenta esta Casa

MADRID. SEVILLA 2

TELEFONO 11307



La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO

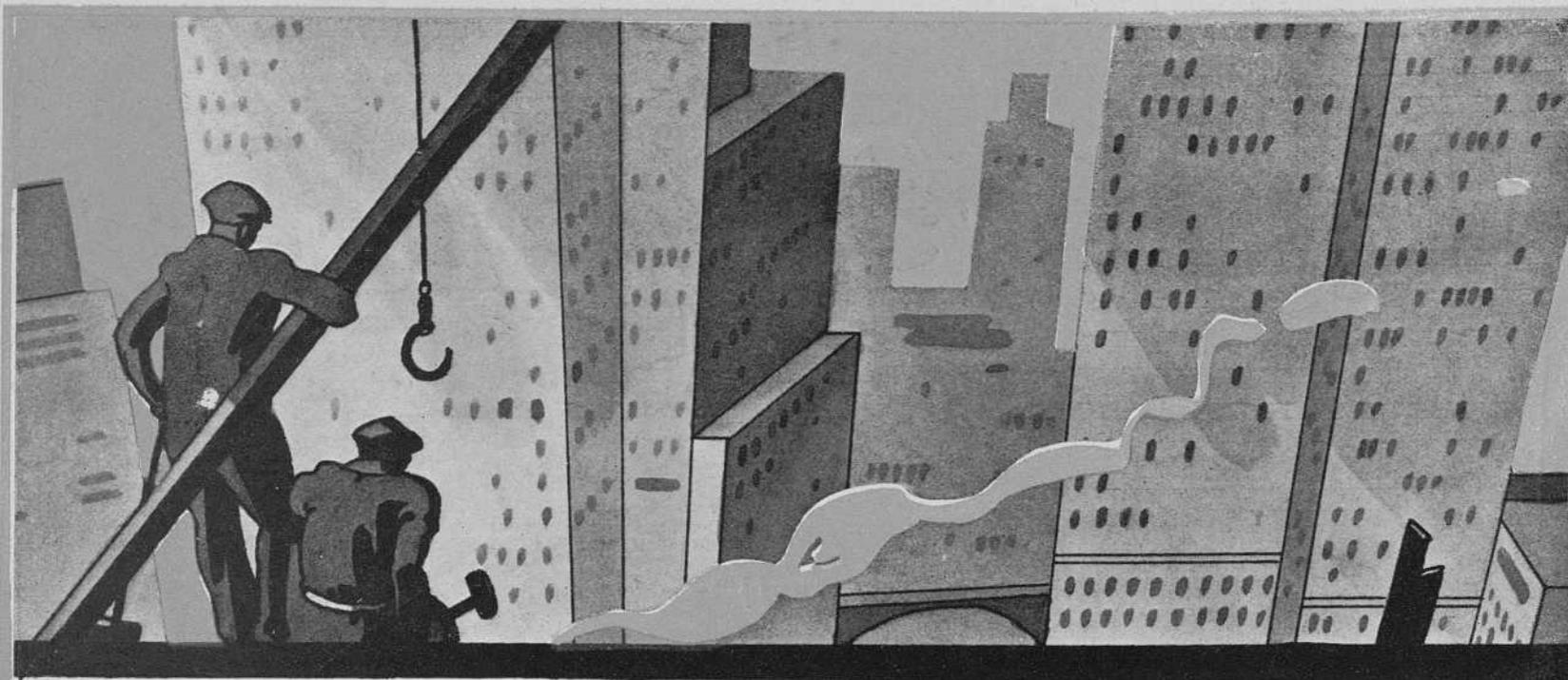
SUMARIO

La tierra, el aire y el mar, por Dionisio Pérez.
Canción infantil, por S. y J. Alvarez Quintero.
El valor de la vida (cuento), por Antonio de Hoyos y Vinent.
Los dibujos de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, por Silvio Lago.
La diosa número 2, novela por A. Hernández Catá, José Francés, Concha Espina y Alberto Insúa.
La maravillosa isla flotante que España daría á los Océanos, por Fortunio.
Las cumbres de España, por Santiago Herrera.
La vaca ciega, por Juan Maragall.
Una vez tenía un clavo, por Rosalía de Castro.
La creación, por Goy de Silva.
Toledo, la ciudad romántica y evocadora.
Aranjuez, jardín de la Villa y Corte.

DIBUJOS de Bartolozzi, Ribas, Penagos, Benet, Marco, Manchón, Aristo-Téllez, Máximo Ramos, Ferrer, Augusto, etc.

CUADROS de Eduardo Chicharro, Julio Moisés, Pedro Antonio y Eugenio Hermoso.

REPRODUCCIONES de Velázquez, Murillo, Ribera, Rubens, Tiziano, Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Carreño, Teniers, Berruguete, Veronés, Alonso Cano, Valdés Leal, Zurbarán, Mengs, Tintoretto, Rosales, Alenza y otros.



LA TIERRA, EL AIRE Y EL MAR

1930... Pasadas unas centurias, olvidados enteramente ó reducidos á mínimas referencias los sucesos de nuestra edad, investigará algún erudito historiador qué hicieron los pueblos en 1930, y su síntesis condensará nuestras luchas y nuestros sufrimientos en esta breve realidad: «Continuaron conquistando la tierra, el aire y el mar...»

LA TIERRA

Parecía lograda su posesión desde hace siglos. Cada imperio que se alzaba soberbio se proclamaba dueño de la tierra. «No hay más allá», escribía Roma, vanidosa, en las columnas de Hércules. «En mis dominios no se pone el sol», proseguía España, soberbia. Y he aquí que mientras casi medio mundo sigue despoblado ó esconde aún en sus pedregales, sus arenales ó sus bosques vírgenes razas primitivas, apenas liberadas de la animalidad, en todos los continentes vive el hombre civilizado en luchas cruentas por la posesión material ó el dominio político de la tierra.

En verdad, sólo se posee bien á la tierra laborándola y haciéndola producir frutos de bendición, como en el amor humano. En una de las salas de fiestas del Municipio de París, en el comedor, el pintor Bertrand decoró el techo con tres lienzos, donde aparecen simbolizados la siega, la vendimia y la tierra. Jamás se ha expresado de tan sencillo modo y tan justamente la idea de la posesión por el hombre del suelo que nos sustenta. Una pareja de recios bueyes llega á la cima de una colina arrastrando el arado. Y ante ellos, resaltando su figura sobre el horizonte que enrojece la puesta del sol, el labrador alza los brazos al cielo proclamando su victoria.

En 1930 no ha alcanzado aún la Humanidad este pleno grado de civilización, en que será el arado la única arma de conquista de la tierra. En Asia, Africa y América ha habido guerras y revoluciones; en Europa, la codicia de poseer la tierra

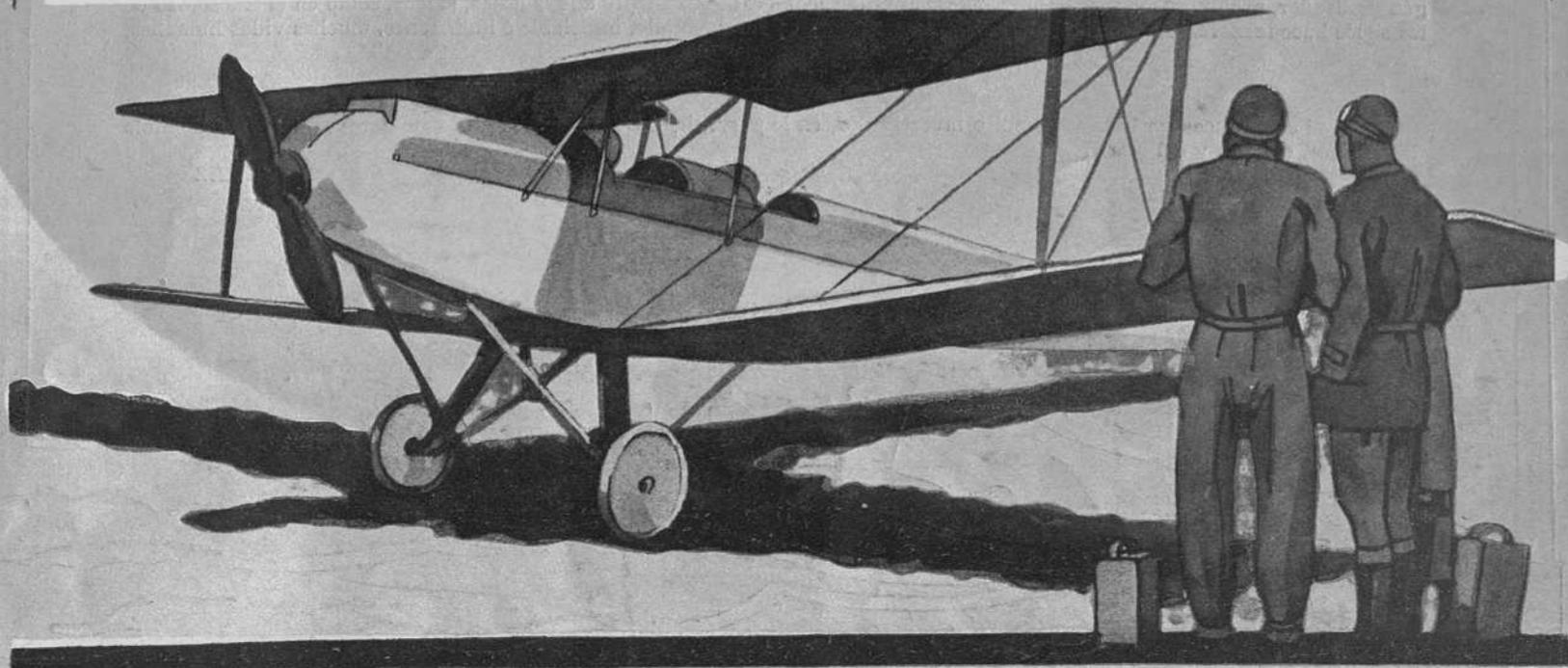


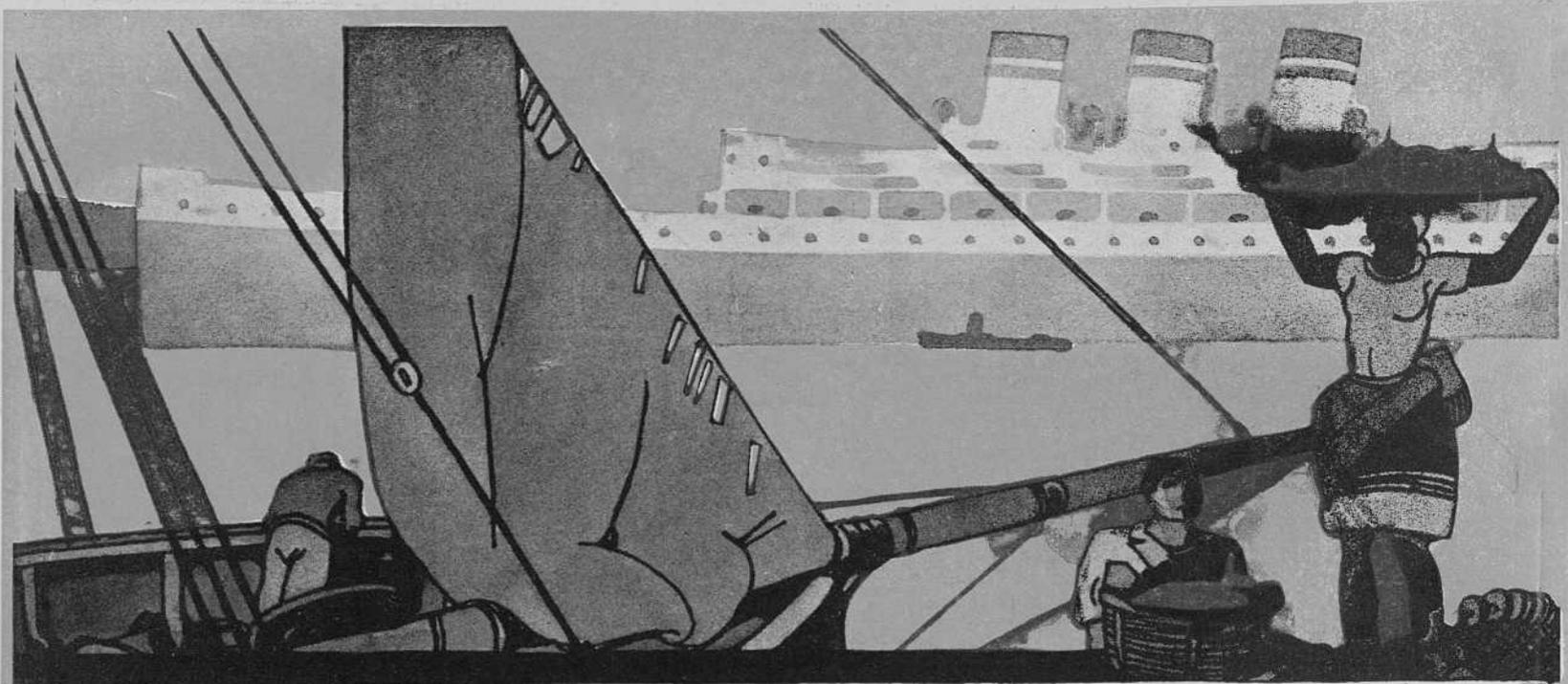
ajena ha tenido á los demás pueblos en conturbación constante y ha impedido que se llegara á soluciones definitivas en las dos Conferencias de desarme, reunidas en Londres y en Ginebra. Mientras en construir buques, forjar cañones y temprar espadas se han gastado en 1930 miles de millones, no se ha encontrado dinero suficiente para emprender el trazado del ferrocarril Transsahariano, que será uno de los más eficaces medios de conquista de tierras que haya intentado poseer el Hércules contemporáneo. En Europa misma se litiga aún el dominio de territorios, como el Saar, el corredor de Dantzig, Eupen y Malmedy; como antes de la guerra, hay pueblos que claman su irredentismo. La doctrina de la libre disposición con que el iluso presidente Wilson creyó resolver todos los aseguramientos para la paz futura que había de consagrar el Tratado de Versalles, apenas ha servido para rehacer el mapa de Europa, con servidumbres semejantes á las que tenía antes de la guerra. Y es que el arduo problema estriba no en que el hombre posea materialmente la tierra en que vive y convierta esta posesión en dominio político, sino en que posea la tierra con libertad. El sentimiento de maternidad que vivifica y deifica á la Tierra se advierte en el espíritu de libertad con que ennoblece á cuanto produce. Es el progreso humano; es la ideología que precede y dirige las civilizaciones; es el instinto deformador del hombre, que, como un dios, quiere hacerlo todo á su imagen y semejanza, quien inventa la esclavitud, y parcela la tierra y ahuyenta y persigue á la libertad. Y he aquí que mientras el hombre no sea libre, no podrá proclamarse dueño de la tierra.

EL AIRE

He aquí otro dominio que ha sido la intensa preocupación de 1930. Para el hombre, dominar el aire, poseerlo, equivale, por ahora, á utilizarlo como camino con el menor riesgo posible. Hasta hace pocos años aún, el aire no servía al hombre más que para respirarlo. Toda la vida humana dependía de su pureza, de su renovación constante; ahora ya hay que conquistarlo en guerras, poseerlo en vigilancia atenta con ametralladoras y bombas, y dominarlo con códigos que ya han concertado los juristas. Donde antaño no había sino aves que eran la suprema representación de la libertad en la Naturaleza, ahora hay derechos y deberes, legislación cuantiosa y complicada, jurisdicciones y dominios. De vez en cuando, el azar hace detenerse al hombre invasor en su desenfadada conquista. Cuando más se fia en estas poderosas máquinas que dominan el aire, una adversidad inesperada las rompe en pedazos ó las incendia. 1930, que ha logrado grandes avances en el progreso de estas máquinas voladoras y que ha conocido hazañas de sus aviadores que parecen consagrar la conquista definitiva del aire, ha visto también cómo el dolor y la muerte ponían precio trágico y cruento á este nuevo dominio de la soberbia humana.

Este afán de ascender al cielo y recorrer sus «vacías salas», que dijera el poeta, alienta en el hombre primitivo y vive con igual intensidad en la imaginación del hombre salvaje y del civilizado. Entre los mitos más antiguos que inventa la predisposición supersticionista del ingenio humano está el del hombre que vuela; espíritu liberado por la muerte de su envoltura carnal, que cruza el azul en busca del lugar delicioso donde moran los dioses, ó Icaro osado, que con el sutil y candoroso arbitrio de





pegarse unas alas postizas en los pies ó en las espaldas se atreve á intentar la conquista del cielo. En el paganismo, en que las almas cruzaban el Leteo y pagaban su conducción en la barca de Aqueronte, podía llamarse á la otra vida ignota el «más allá». En la religión de nuestro tiempo, en que el hombre ha materializado su concepción del Edén ó Paraíso celestial, será preciso designar la vida futura con el nombre de lo «más alto»... Y he aquí cómo se advierte que no ha surgido de estas transformaciones del pensamiento humano, que aceleró la guerra, ninguna filosofía que haya determinado bien su influencia sobre el modo de ser de los pueblos.

La posesión del aire no ha modificado la condición resignada ni las menguadas ideas rutinarias de muchos rebaños nacionales, incapacitados por una parálisis secular de toda renovación espiritual. Antes el contrario, parece haber aumentado su designio de reducir su progreso al hecho material de volar, olvidando que en el ave el mecanismo de la aviación no valdría nada si no fuera el procedimiento obligado para hacer uso de su libérrima voluntad.

EL MAR

Cierto; el hombre también va perfeccionando su dominio del mar. No se ha llegado en 1930 á la instalación de islas flotantes que utilicen los buques y los aviones; pero se llegará á más aún: se llegará á modificar los mares, creando en medio del Atlántico y en la extensión del Pacífico, continentes artificiales. Tal es la soberbia de los locos inventores, que llegamos á temer que un día deje de ser exacta la observación de madama de Stael: «El hombre—decía poco más ó menos, porque hago la cita de memoria—deja su huella en las montañas que horada, en los ríos que canaliza, en la tierra que rotura ó cubre de edificios, en las mismas orillas del mar, al que opone muros y muelles, y todo respeta su acción. Sólo el mar se le opone invencible. Cuando un buque lo hiende, una ola borra prontamente su estela de espuma. El hombre no logrará jamás imponer al mar las huellas de su servidumbre. A cada momento, en la calma ó en la tempestad, el mar se nos aparece como en los primeros días de la creación.»

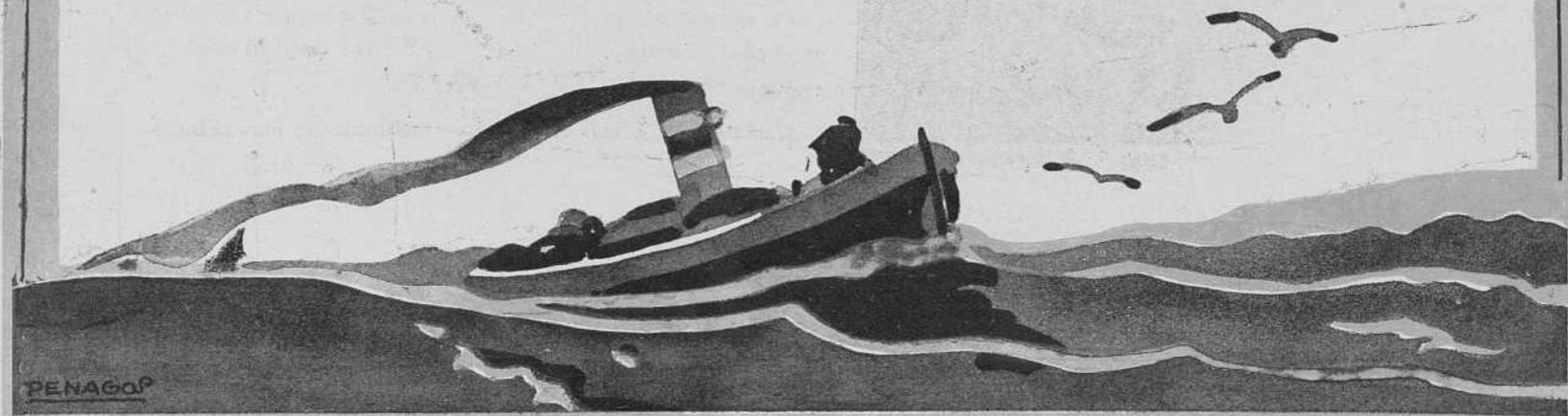
1930 no ha representado ningún avance en este dominio que el hombre codicia. No se ha inventado ningún submarino, ningún deslizador, ni siquiera una escafandra nueva. En cambio, en el desatamiento de sus furias, el mar, como en el transcurso de los siglos hace inexorablemente, ha hundido barcos numerosos y ha devorado, insaciable é indiferente, muchas vidas humanas.



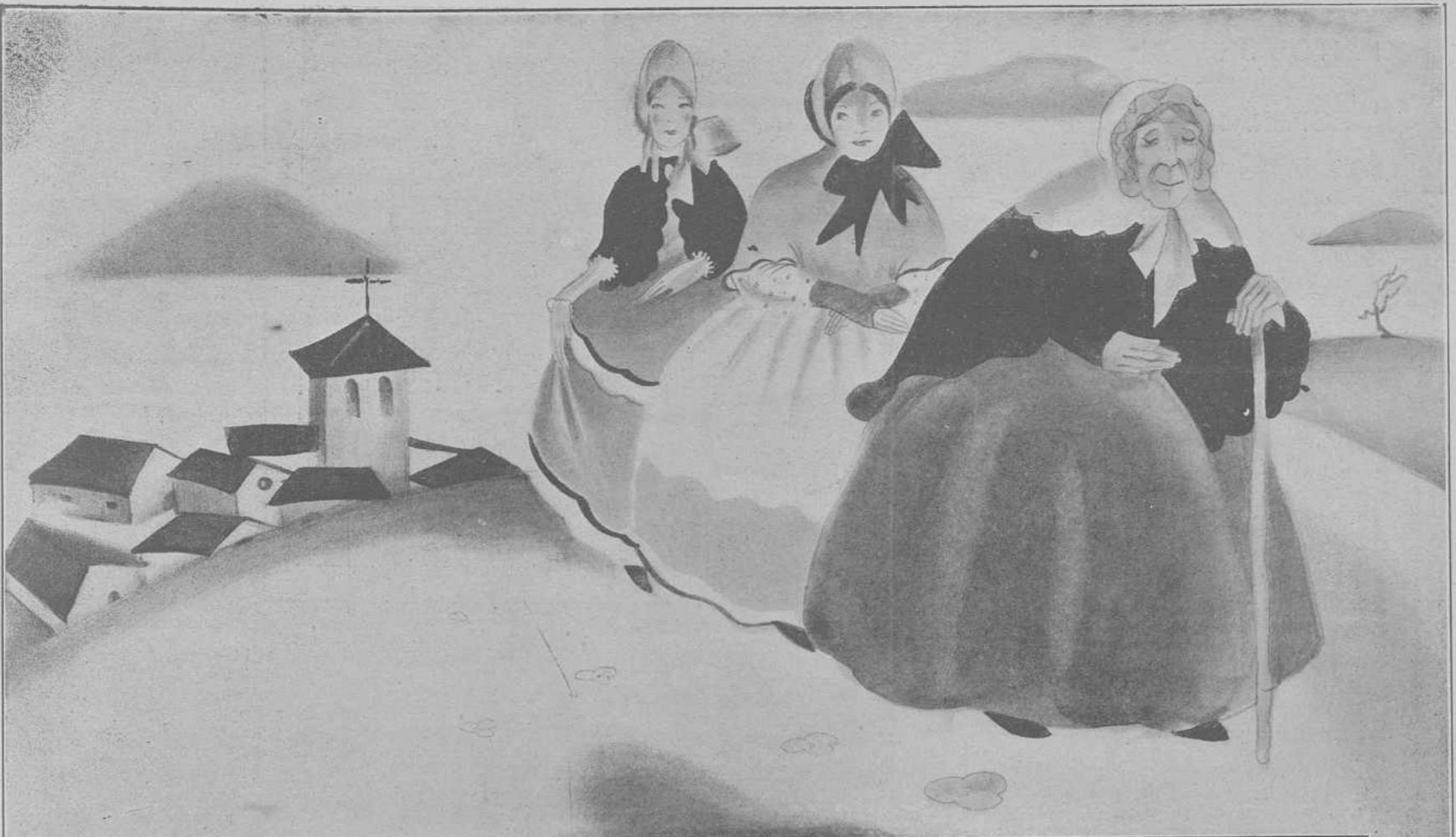
He aquí el balance que hará un erudito investigador, en lo porvenir, de la contienda que mantener por lograr el dominio de la tierra, del aire y del mar.

DIONISIO PEREZ

(Dibujos de Penagos)



PENAGOS



YO NO QUIERO CRECER

(CANCIÓN INFANTIL)

*Aunque soy muy chiquita,
yo no quiero crecer,
que se sufre y se llora
en llegando á mujer.*

*—No te apures, mamáita,
que en el cielo lo verás...—
Y me besa la boquita...
¡Y sigue llorando más!*

*Mi hermanita Carolina,
que ha cumplido quince años,
ha tenido una «llantina»
por no sé qué desengaños...*

*Yo no quiero crecer,
que se sufre y se llora
en llegando á mujer.*

*—¿Qué le pasa á la mimada?—
le preguntan mis papás...
Y se pone colorada...
¡y sigue llorando más!*

*La abuelita, esta mañana,
pisó al perro, pisó al gato,
y después, en su ventana,
se pasó llorando un rato...*

*Yo no quiero crecer,
que se sufre y se llora
en llegando á mujer.*

*—Abuelita, ¿qué te aqueja,
que tan afligida estás?...—*

*—¡Que soy vieja y retevieja!...—
¡Y sigue llorando más!*

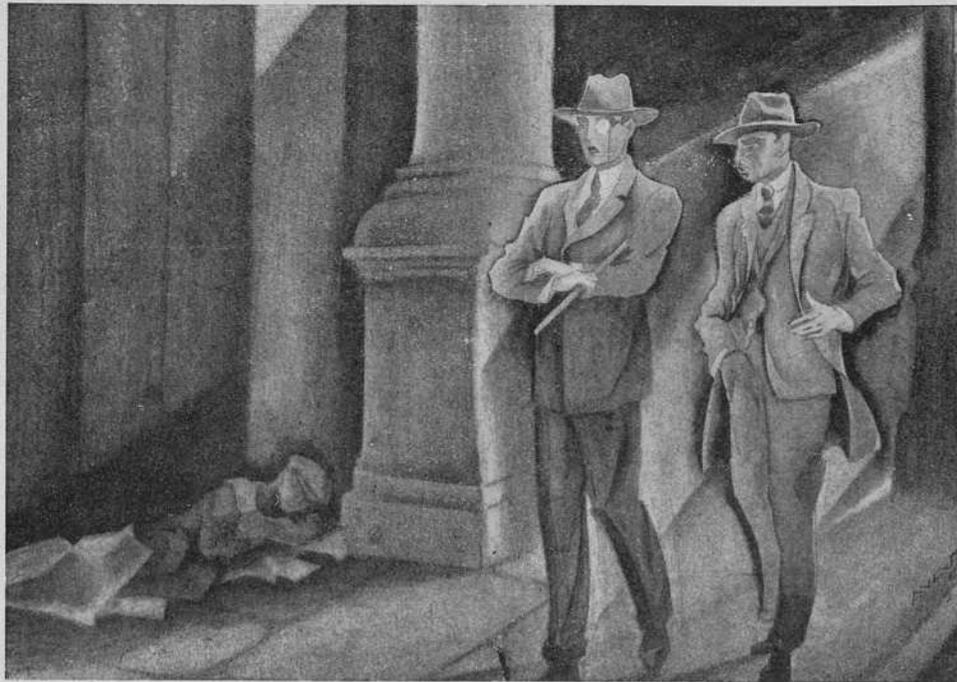
*Mamáita, que es más buena
que los ángeles del cielo,
se consume con la pena
de la muerte del abuelo...*

*Aunque soy muy chiquita,
yo no quiero crecer,
que se sufre y se llora
en llegando á mujer.*



(Dibujo de Bartolozzi)

S. y J. ALVAREZ QUINTERO



El valor
de la vida

Y cree usted que, minado por las voluptuosidades y placeres de la vida moderna, el valor ya no existe? Vamos, que se aferra usted al mito de las delicias capuanas...

—¡Hombre!..., tanto como no existir... Tal vez lo que ha hecho ha sido desplazarse—aseguró don Rafael Prendería, el *consecuente* aficionado—. Lo que sucede es que las fuentes generadoras del valor se han secado. El bello gesto, el ademán heroico, sobre todo desinteresado, se va haciendo más raro de día en día...

—Sin embargo—insistió el marqués de Cortijares—, si en alguna profesión queda aún en el toreo. Ya ve usted el *chavalillo* del domingo pasado...

Prendería sonrió escéptico.

—¡Bah! Acuérdesese de la frase del torero famoso de que «más *cornás* da el hambre». Algo de eso hubo en aquel arrojito..., como en tantos otros.

—No, no—rectificó con viveza el aristócrata—. Eso en los tiempos del trabajo de sol á sol en los cortijos para ganarse un gazpacho frío, podía pasar. Hoy se ve demasiado, se ha aprendido demasiado para que los hombres se contenten con una bazofia; ambicionan más...

—Nada—reiteró el otro—, lo que yo le decía á usted: un desplazamiento de esperanzas, anhelos, ambiciones... Hoy ya no es el gazpacho frío y la hembra amada á la luz de la luna en los viñedos; ahora es el *Rolls-Royce*, y la Dolores del Río, la Pola Negri ó la Josefina Baker en un camarín encantado, colgado de oro y plata, contemplada en un lecho de brocados que fué de Luis XIV ó Catalina de Rusia.

Triunfalmente, viendo corroborada su tesis, el marqués cantó victoria.

—Ya ve usted que, aunque las buries que me cita, por la edad, son dignas del mismísimo paraíso de Mahoma, concluye por darme la razón. El valor subsiste igual y lleva á los hombres al triunfo...

Don Rafael meneó la cabeza dubitativamente.

—¡Pschl... Qué quiere usted que le diga, mi amigo... Pero...

De improviso se detuvo perorando con gran gesticular de brazos:

—Mire usted, si; el impulso inicial tal vez sea el mismo, el gesto de un preso que trata de escapar ante los golpes crueles de la miseria. En tal punto y hora, la audacia existe; pero luego, según se avanza por las ruedas del tren, se debilita su relaje, afloja su actuación. Según se va aprendiendo el valor de las cosas, los resortes de placer, de ilusión, de olvido que posee la vida, y cada vez cuesta más trabajo renunciar á ello. Un torero, ahora, es un hombre consciente y sabe lo que quiere y adónde va. Los gestos suicidas, inútiles, de valor desesperado, son más raros cada día...

Cortijares insistió aferrándose á su tema.

—Pues diga lo que quiera, el torerillo que se tiró el domingo pasado...

Siempre escéptico el *aficionao*, movió la cabeza incrédulo.

—Aquí viene bien lo de las *cornás*...

La noche era una divina noche sevillana, envuelta en una claridad irreal, El cielo azul, hondo y brillante, tendía su cúpula de zafiro sobre la ciudad vagamente oriental, punteado por la ra-

ra orfebrería de los luceros. La luna redonda y argentada era... una perla es trivial, y quizás impropio; una hostia de plata, tópico manido...; era... una bola de hielo que devolvía un reflejo, cegadoramente blanco al tropezar en su glacial albura, de un portentoso reflector solar. Junto á la gran avenida desierta corría el río manso y magnífico; á su orilla misteriosa y arcaica, la Torre del Oro; coronando la ciudad, la maravilla de la Giralda, sin profanar aún por una iluminación ferial; *sin profanar*, digo, porque siluetas luminosas, sin ir á Broadway, se encuentran en cualquier ciudad europea enferma del mal de Exposiciones; y Sevilla, hay una en el mundo: de oro, en el abrazo bárbaro del Sol; de plata, en la leve caricia de la Luna.

Muy sevillanos, enamorados ambos, sobre todo el marqués, de su Sevilla, después de unas horas de charla en el Círculo, aún prolongaban la charla en un paseo por la vieja ciudad ó bordeando el Guadalquivir, que muelles y diques empezaban, ¡ay!, á modernizar.

—Pues diga usted lo que quiera, amigo Prendería, yo le aseguro—reanudaba Cortijares, dispuesto á seguir la charla, cuando súbitamente, atraídos por algo que convidaba su atención, se detuvieron.

En uno de los escalones de la puerta de la Real Maestranza de Sevilla dormía un chaval. Pese al frío de la noche, que aun en su rutilante claridad tenía junto al río una sideral glaciación, acurrucado, encogido como si buscase calentarse á sí mismo, dormía el chiquillo, con un liviano pantalón, una camisa y una guayabera por todo abrigo. Debía tener mucho frío, pues de vez en cuando se estremecía, pese al cansancio atroz que le venciera en un sueño de animal joven.

Los dos amigos habíanse detenido ahora y ¡le contemplaban en silencio.

—¡Pobre criatura!—habló el aristócrata por fin—. A mí esta miseria atroz en los comienzos de la vida me espanta.

Don Rafael se encogió de hombros y murmuró con hostilidad opaca:

—¡Que trabaje!

Más benévolo, opuso Cortijares:

—Falta que encuentre en qué... ó sepa.

Después, echando mano al chaleco, sacó un duro y lo dejó caer sobre las manos del muchacho.

El *aficionao* rezongó protestando:

—Eso es... Así se protege la holgazanería... Mucha campaña social, y luego, mientras un padre de familia honrado se muere de hambre... ¡Vaya usted á saber qué será eso!... A lo mejor, un randa, un timador ó un golfo...

Pero el durmiente, á quien el ruido de todos aquellos dimes y diretes había despertado, en pie de un salto, acercábase á ellos.

—No, señor—habló con pueril orgullo—; no soy ladrón.

Cortijares echóse á reír.

—¡Bien, hombre, bien!... ¿Y qué eres?

Los dos amigos habíanse quedado mirando al improvisado interlocutor que la casualidad les

deparara. Era alto, espigadillo, fino y con ignota elegancia; sus diez y siete años tenían una gracia árabe, armoniosa, enjuta y dorada; en el rostro ambarino, los labios rojos, que sonríen

siempre, mostraban la blancura cegadora de los dientes, y los ojos rasgados, vagamente oblicuos, brillaban verdes y profundos; había en toda su persona algo de... torero.

El marqués, ante el silencio azorado del chico, repite su pregunta:

—Tú... ¿qué eres?

El rapaz se yergue orgullosamente:

—¿Yo...? Torero.

Y como á los labios de Cortijares asomase una sonrisa bondadosa, irónica y dubitativa, y Prendería iniciase un gesto descaradamente incrédulo, el chico, olvidado de su miseria, se revolvió orgullosamente petulante:

—Sí, señó..., torero.

Luego, la modestia quita hierro, como vulgarmente se dice, y con un esfuerzo de voluntad cercena sus glorias.

—Sí, señó, torero... Es un *deci...* Amos, *aficionao*...

Y como leyese en los ojos de los caballeros la súbita confirmación de lo que ya habían supuesto ellos, volvió por sus fueros:

—*Aficionao*...; pero... ¡Yo soy el que *atoreó* el domingo!

El consecuente aficionado seguía moviendo la cabeza dubitativo. En cambio, en el rostro del título veíase cordial simpatía, que se asomaba á su sonrisa. Esto le animó, y espoleado á la vez por el escepticismo que adivinaba en el otro, insistió:

—Yo fui el que *atoreó*, y si me dejan...

El gesto encarecía lo que hubiese hecho si no fuese por los pícaros guardias. El aristócrata, interesado, interrogóle:

—¿Cómo te llamas?—interrogó el marqués.

—¿Yo?... *Manué Garrío*...—aseguró el nene, con el orgullo que pudo decir Fernández de Córdova ó Alvarez de Toledo.

—¿Y por qué no te dejaste ver luego? Te hubiésemos ayudado.

Con un gesto de desaliento gimió el cuitado:

—Porque me zamparon en la *carce*.

Insistió el marqués:

—Y ahora, ¿qué vas á hacer?

Con firme resolución aseguró:

—*Atored*..., sea como sea.

—Bien, chico, bien—rió Cortijares.

Y tras una pausa, sin hacer caso de los gestos desaprobadores de su acompañante, propuso:

—Mira: si quieres *partarte*—exageraba andaluzando el habla—de *atored*, te vas á mi dehesa, aquí cerca, por los Palacios, y le entregas al administrador la tarjeta que voy á escribir. Te darán de comer y te dejarán *atorear* lo que quieras. El jueves iré yo por allí.

Y sin hacer caso de la gratitud maravillada del muchacho, ni de la reprobación muda, pero elocuente, de Prenderías, emborrónó una tarjeta, le añadió unos duros, y tendió la mano al torerillo.

—Ahora, suerte y... ¡valor!

Seguía andando. Al fin, hallando la ocasión propicia, el amigo dió suelta á su indignada protesta:

—Pero, qué cosas tiene usted, marqués! A lo mejor no es más que un «frescales», que ha explotado su debilidad sentimental por la tauromaquia... Ni torero, ni Cristo que lo fundó.

Rióse el apostrofado.

—No voy á discutir si Cristo lo fundó ó no. Que sea torero, creo que sí. No sé por qué me da el corazón que el chico es torero y llegará. En fin, más vale llorar un desencanto por demasiada fe, que por haber dudado de descubrir una futura «estrella» del arte de *Joselito*.

Y siguieron andando.

II

Ahora la sensación perduró tan viva é intensa, que casi le atenazó. Era en su vivir maravilloso la tercera ó cuarta vez que le helaba, acogotándole un momento, robándole energía y serenidad.

La tarde de Mayo era portentosa, caldeada y dorada de sol. Por las ventanas abiertas de par en par la gloria primaveral penetraba á raudales en el viejo palacio de Cortijares, templando con calor de vida la mansión aristocrática, que se helaba en la finchada nobleza de los retratos familiares, ennoblecidos los pechos por las veneras, y en la orgullosa énfasis de las tapiernas ostentadoras de los blasones familiares.

Manué Garrío, el Templao, vestíase para la corrida de Feria, en el palacio del padrino, y envuelto en un rayo solar que hacía reverberar el oro del traje—oro y púrpura—aparecía magnífico de juventud, de garbo y de arrogancia.

Su historia, como todas las historias de los triunfadores, había sido una cosa maravillosa, un ensueño casi irreal de puro quimérico. En menos de cinco años había pasado desde la glaciencia de las gradas de la Plaza de la Maestranza á la magnificencia triunfal de los circos taurinos—Sevilla, Madrid, Barcelona, Méjico, Lima...—. Un sueño, una alucinación: algo, de puro magnífico, inverosímil, de la misma Plaza de que saliera á empellones entre guardias, la salida en hombros envuelto en los aplausos de una multitud que le aclamaba.

¿El padrino?... ¿El dicho vulgar de «el que no tiene padrino no se bautiza»? ¡Mentira!... El, su valor, su ciego valor que le hacía jugar con los toros, mientras la señora Muerte en un tendido se abanicaba irónica. Era un valor consciente, fuerte y magnífico, un reflejo de una visión interior. Cuando estaba frente al bruto, cuando los pitones le arrancaban alamares de oro de la chaquetilla, no veía en la interrogación de los cuernos asesinos ni sangre, ni hospitales, ni miserias; era correr las aguas de un Pactolo áureo, en que entre la música de los aplausos y de las marchas triunfales desfilaban millones, autos, joyas, mujeres... Y se sentía valiente, *suicidamente* valiente. Sin embargo, en dos ó tres ocasiones había experimentado esa rara sensación de frío que nos sobrecoge en un día magnífico de sol, cuando de improviso una nube negra vela el disco de fuego y sopla contra nosotros una ráfaga huracanada. ¡Miedo! Sí, miedo; un miedo animal, que por un momento le sobrecogía, impulsándole á huir. Fué... un día en Méjico...; una tarde aciaga, pronto olvidada, en Valladolid...; otra en Lima,

en la Plaza de El Toreo... Y ahora, después de tres años, he aquí que, de vuelta en Sevilla, en su Sevilla, á la hora de la apoteosis, cuando la idea de la retirada, rico y cargado de gloria, comenzaba á insinuarse en él, la sensación atroz le atenazaba un instante.

Llegaba á la meta; su tierra, su tierra bendita, la que le vió pequeño y miserable, atenazado de hambre, aterido de frío, saludaba ahora con aplausos y vitoreos su triunfo; su leyenda turbaba á las hembras de postín é inquietaba á la *afición*; sus autos espléndidos rodaban por Sevilla, y en todas partes adonde iba era el *héroe*. Un año aún y rico, en plena victoria, se retiraría. Allí, á algunos pasos, en el Alfonso XIII, estaba ella, *Dearling Gold*, la artista de fama mundial que le esperaba.

Cayetano, el mozo de estoques, hablaba, hablaba con frondosa locuacidad ditirámica é hiperbólica, muy sevillana:

—Hay una *espetación*... ¡Amos, que ni pa el mismísimo Rey! Es... es... como si se hubiera desbordao el Guadalquivir... Hablan ma de ti que del mismísimo *Ci Campeaar*.

En aquel momento llamaron á la puerta, cortando los ditirambos del mozo *crió*.

—¡Adelante!

Era un ramo de flores y una carta.

Garrido rasgó el sobre. De *Dearling*; unos términos apasionados, unas frases: «*Cheri*: Ahí van rosas y besos. En la barrera del II estaré. Sobre mi corazón irán las flores iguales...»

Miró el ramo. Era enorme: de rosas blancas y rojas. Sin quererlo pensó: «¡Tiene algo de fúnebre!» Y por raro engranaje de pensamientos, recordó la juerga, tres días antes, en la Venta de Antequera, y evocó á la pobre María de la Luz, que conociera antaño, y que reconocíndole, sin pestañear siquiera, con impasibilidad mercenaria, había cantado:

Quando en la calle te encuentro...

Quando en la calle te encuentro...

¡Te hago tu funeral

igual que si te hubiera muerto!

¡Bah! Era la pobre criatura como una sombra perdida en un mar de sombras. ¡Hacía tanto tiempo!... ¿Tanto? Apenas cuatro ó cinco años; pero él había ido tan aprisa, tan aprisa... Y para ellos, para los pobres que vegetaban como un insecto al sol, era ayer...

Volvió á mirar las flores, y pensó sobrecogido de emoción:

—Presagios...

III

La Plaza, bonita aún, castiza, sin la abominable plétora de anuncios de algunas monumentales, era aún noble y pintoresca, tal vez menos que la vieja madrileña; pero muy entonada, con empaque á la vez patricio y popular. Estaba llena de bote en bote; faltaban las hembras de *tronío*, con mantillas y pañuelos filipinos, que desde que tienen un *rayón* en las Galerías Lafayette van dejando de ser *castizas*. En cambio, vendedores que hacían correr con profusión la *manzanilla* y cordialidad, mucha cordialidad y simpatía.

En el ruedo, las cuadrillas. Grana y oro, *Manué*. Estaba alegre, contento. El presentimiento siniestro no había vuelto á inquietarle, y, en cambio, el entusiasmo, las continuadas y entusiastas ovaciones que saludaron su entrada le habían alegrado, halagándole. Allí mismo, en en aquella Plaza, siete años antes, ocultándose como un ladrón, semidesnudo, muerto de hambre, tímido y vergonzoso, se había arrojado á la muerte, y de allí le habían sacado los *guindas* á empellones. Verdad que al salir casi á rastro por el callejón habían llegado á él algunas palabras *buenas* y el ruido de aplausos... ¡Los mejores de su vida! Entonces era valiente, muy valiente; su vida no valía nada, y lo mismo daba cambiarla contra algunos aplausos; en cambio, ahora... El amor, la riqueza, la gloria, le aguardaban fieles, y no era posible jugarlo todo á un juego de azar.

En su primer toro había estado bien. Claro que para su señoría el público el torero de emoción no había hecho lo que esperaba; pero, en fin, mal tampoco... ¡y aún quedaba un toro!

Pero de improviso comprendió que... ¡tenía miedo! Miedo que se aumentaba, se agigantaba, le atenazaba por momentos, impidiéndole seguir. Hasta entonces, el miedo fué en él cosa instintiva; ahora, consciente, claro, neto, lo definía y aquilataba. De una parte ponía lo que estaba á ganar; de otra, lo que podía perder, y era más, infinitamente más.

Un toque de clarín... ¡Ahora! Y con un esfuerzo supremo vióse ante el toro con la roja bayeta. Así comenzó: un pase, otro pase, y ¡el toro que le ganaba terreno! Un esfuerzo aún... Otro pase, otro... ¡No podía! Sentía que no, que el toro se le colaba en cada movimiento, que le minaba los terrenos, que le cogía. Y de improviso, ciego de miedo, inconsciente por el pánico, huyó perseguido por la fiera. Y entonces fué algo trágico y grotesco: una fuga desesperada y ridícula, jaleada por el público, que en pie abucheaba al héroe.

Ciego, sordo, inconsciente, sin conocimiento sino para huir, para ponerse en salvo, el pobre hombre corría, corría. Veinte metros para la barrera, diez, cinco... Y sentía al toro que corría tras él y le daba alcance... Ya estaba, un metro aún, saltar y... Un golpe en el costado, un dolor atroz, sangre, y después nada; nada más que un poco de desdén y de vergüenza sobre el pelele roto.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

(Dibujos de Augusto)
Sevilla, 1930.





DISTINCION

Los pequeños grifones, los chatos pequineses, como los abrigos cortos, no han derrotado en la distinción femenina á los galgos rusos ni á los largos abrigos de visón ó de armiño.

Madama 1931 reitera la silueta friolera, desdeñosa de mistress 1930 ó de la señora 1929, paseando su fastidio por el *hall* de un Gran Hotel ó el parque de un palacio á la hora de cristal de los atardecidos. Muestra entonces ese innegable derecho á ser vista aun por los más indiferentes, y envidiada hasta por las más seguras de sí mismas.

El perro se desliza sin un rumor, para que sólo se oiga el paso rítmico de ella. El aroma peculiar no exige una sensualidad excesiva. La cabeza, finamente maquillada, no parece darse cuenta de nada.

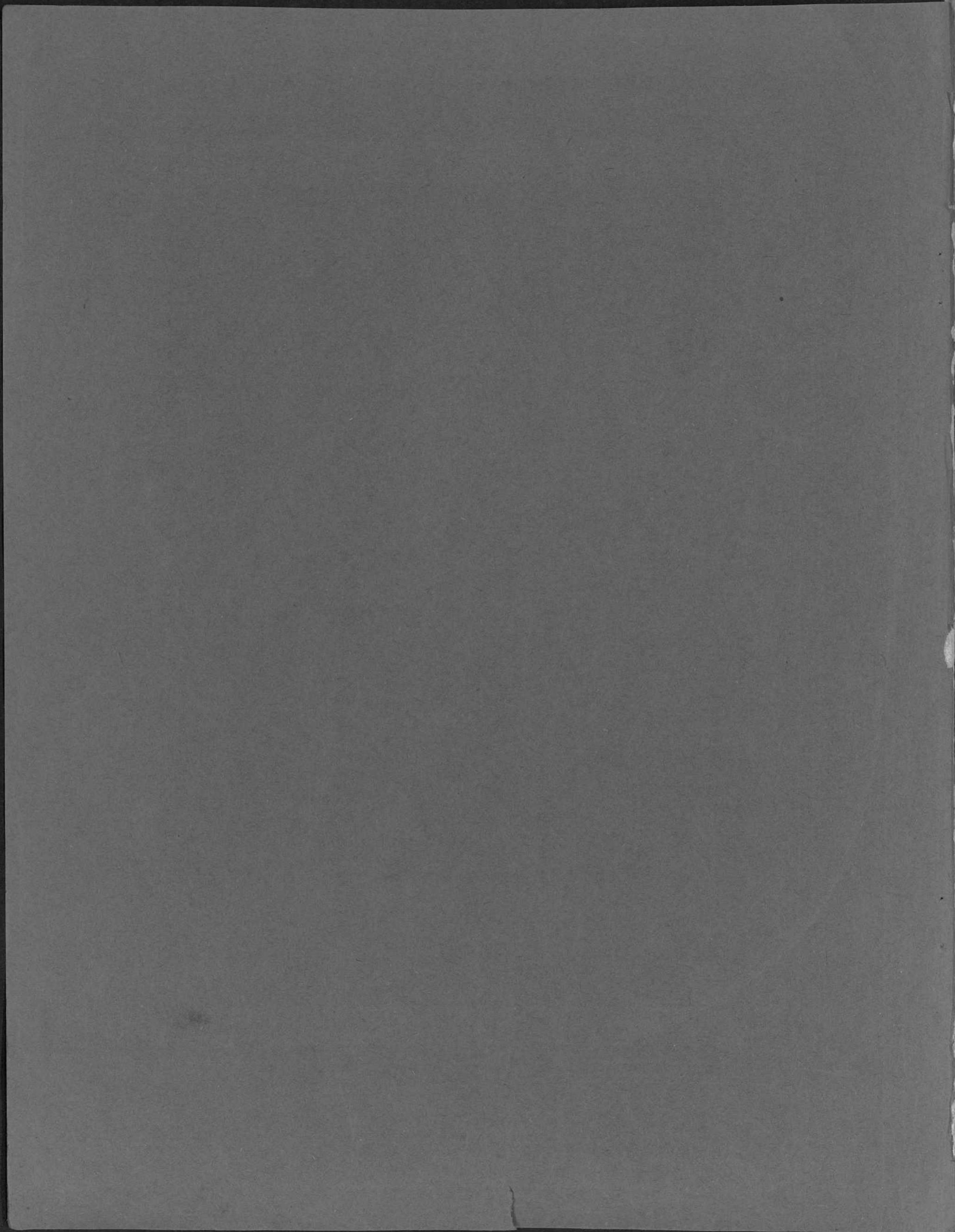
Y lentamente, con sólo cruzar en el súbito silencio de las gentes de su mundo, madama 1931 «ha puesto cátedra» de distinción.

(Dibujo de Ribas)



SEGOVIANA

Cuadro de Eduardo Chicharro





«Retrato de Carlos II», dibujo de Carreño Miranda

LAS GRANDES COLECCIONES ARTÍSTICAS ESPAÑOLAS

LOS DIBUJOS DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

El Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando es de un valor extraordinario, y, desde luego, después del Nacional del Prado, ocupa en Madrid la primacía por lo que se refiere al arte pictórico, ya que atesora obras de máxima importancia.

A partir del año 1928, en que se celebró el centenario de Goya, se aprovechó tan señalada solemnidad para hacer en el edificio reformas necesarias y se le dió nueva disposición e instalación adecuada á las salas, el Museo de la Academia tiene la claridad dispositiva, la distribución homogénea que antes se descuidara por infinitas razones, no todas—ni siquiera la mayoría de ellas—imputables á los académicos.

Hoy día, el Museo—escasamente visitado, á pesar de contener, como ya se dice,

cuadros de capital categoría—cumple su misión ejemplar, y no puede prescindir de él quien haya de aspirar al cabal conocimiento de los grandes pintores españoles.

Existe en él esa admirable Sala de Goya, con doce obras, entre las que figuran el retrato de *La Tirana*, *Los disciplinantes*, *El entierro de la sardina*, *La casa de locos*, el *Retrato de Moratín*, el *Retrato de Godoy*, de tan enorme belleza todos.

En la Sala de Madrazo están Zurbarán, Morales, Claudio Coello, Alonso Cano, Rizzi y Marinus, Paul Vos y Bellini.

El gran Salón Piquer también es uno de los más ricos en obras maestras. Allí figuran los dos bellísimos Velázquez, sendos retratos de Doña María Ana de Austria y de Felipe IV, el espléndido retrato de la Reina viuda Mariana de Austria, por Carreño Miranda; el gran lienzo *La Magdalena rodeada de ángeles*, de José Ribera;



los tres retratos de frailes pintados por Zurbarán; la *Magdalena*, de Murillo; el *Tránsito de un franciscano*, de Tintoretto; *La Porciúncula*, de Claudio Coello. A los que conviene añadir en la mención el retrato de María Teresa de Austria, por Mignard; el *San Juan Bautista* de Cano, y la pequeña tablita de Juan de Juanes, *La Cena*.

A continuación, en la sala de entrada, se exhiben los tres Murillos: *San Diego de Alcalá dando de comer a los pobres*, *La Resurrección del Señor*, el *Éxtasis de San Francisco*; los tres Rubens: *Contemplación mística de San Agustín*, *La casta Susana*, y la tabla *San Juan Evangelista y San Juan Bautista*: un delicioso Fragonard, boceto del cuadro *El sacrificio de Calíroé*, que existe en el Museo de Londres; los lienzos de Pereda *El sueño de la vida* y *Arrepentimiento de San Pedro*; la *Sagrada Familia*, de Lucas Jordán; *La abundancia*, de Martín de Vos, y la *Predicación de San Juan*, de Carducci.

Nuevos Zurbaranes: los retratos de *Fray Pedro Machado*, *Fray Francisco Zumet*; otros dos Riberas: *San Antonio de Padua* y *San Jerónimo escribiendo*, se hallan en el un poco heterogéneo antosalón de actos.

En la Sala de Vicente López — modelo también de buen gusto, armonía y tacto en la instalación—se destacan, en torno de los diez cuadros de aquel maestro, á quien el resplandor de Goya dejó en penumbra durante el siglo XIX, pero al que empieza á hacerse justicia ahora, otras obras interesantes, como los dos retratos de las Infantas María Francisca y Carlos María Isidro, de Agustín Esteve; el bellissimo retrato de la marquesa del Llano, de Rafael Mengs, y el en-

«Un caballero», dibujo de Velázquez

cantador Van Loo *Mercurio, Venus y Cupido*.

Y conste que no se cita sino una pequeña parte de tanto como en esas y las demás Salas de la Academia constituyen el tesoro pictórico de la misma.

Pero suele desconocerse más todavía la colección de dibujos que se conserva en una pequeña Sala contigua á la llamada «antesala de Doña Bárbara de Braganza», y de la cual nos complacemos en reproducir algunos de tantos interesantísimos como allí fueron clasificados é instalados por don Luis Menéndez Pidal hace poco más de once años, agradeciendo al actual bibliotecario-conservador de la Academia, don José Joaquín Herrero, las facilidades que nos ha dado para poder cumplir este útil deseo divulgador.



En el mes de Enero de 1919 se inauguró la Sala de Dibujos de la Real Academia de San Fernando. Significó una verdadera revelación, no sólo para el público en general, sino para muchos artistas y personas aficionadas al arte que ignoraban ó mal conocían la existencia de tales obras.

Distribuidos en más de cuarenta vitrinas, coleccionados en álbumes y tomos encuadrados, ó colgados de los muros libres, estos dibujos—donde, como se verá, figuran originales de los grandes maestros—alcanzan el número de cuatrocientos. Si no por la cantidad, por la calidad, esta colección es una de las mejores de Europa.

Es curioso y oportuno recordar la historia de la creación de esta Sala, que se debe, por una parte, á la inteligente competencia de don Luis Menéndez Pidal, y por otra á la esplendidez del



«Retrato del cardenal Borja»,
cuadro de Velázquez



«Paisaje», dibujo de Tiriano



«Ninfa y Sátiro», dibujo de Cambiassi

conde de Romanones, insustituible director de la Corporación.

Es el propio Menéndez Pidal quien nos habla de ello con esa parla suya tan nerviosa, tan entrecortada por risitas y bruscos afianzamientos de los lentes en la nariz, mientras el acento cantarínamente asturiano evoca los paisajes norteños, las figuras de aldeanos y campesinos de sus cuadros.

—Antes, sólo eran conocidos—dice el autor de *Salus infirmorum*—unos setenta dibujos, que estaban colocados en marcos en el cuartito llamado del conserje, detrás del solio del antiguo salón de recepciones, y los contenidos en los cuatro tomos encuadrados, procedentes del Monasterio de Valparaíso, en Zamora, y de los que se han sacado la mayoría de los expuestos.

Menéndez Pidal estaba harto familiarizado con ellos. Pasaba largashoras contemplándoles, estudiándoles, sintiendo esa extraña voluptuosidad espiritual que sólo es dable gozar á los investigadores, á los eruditos, á los apasionados por el coleccionismo. El ilustre asturiano es todo eso á la vez: un investigador, un erudito y un coleccionista de dibujos y grabados antiguos. Es hoy día una de las más capacitadas autoridades en este género de obras. Se comprende, pues, con qué afán acudiría frecuentemente



«La Asunción», boceto de Bergamo Serina

á contemplar los dibujos colgados en aquel cuartito largo y estrecho, iluminado por una ventanita que sorprende ver desde la calle de Alcalá, entre los balcones de la fachada de la Academia—y que la imaginación popular atribuya á un inquilino misterioso de la calle de la Aduana, *acuñado* así en el interior del edificio—, y dejaría irse el tiempo gustosamente absorto en hojear los tomos enormes, encuadrados de marroquín rojo, sobre el cual, en mortecino oro, luce el escudo de la Casa Real de Nápoles.

Pero ¡cuáles serían su sorpresa y su emoción cuando una mañana el conserje le avisa que con motivo de la rotura de una cañería, al empezarse las obras de albañilería en unas dependencias deshabitadas y olvidadas de la Academia, encontró un cajón con nuevos dibujos!

—Estaban en un estado lastimoso, por el agua y los escombros que les cayó encima—continúa diciendo Menéndez Pidal—, y no me fué posible conocer su procedencia. Dios sabe los años que allí, en aquel cuarto oscuro y trastero, permanecían ignorados de las generaciones anteriores de académicos. Había allí dibujos de Leonardo de Vinci, de Van Dyck, Carreño, Carducho, Polidno, Cherubino, Alberti... Me apresuré, entonces, á dar cuenta á la Academia del im-



«Hallazgo de Moisés», dibujo de Pablo Veronés

portante hallazgo, y propuse la organización de una Sala donde quedaran expuestos, con toda clase de garantías, y se facilitara su conocimiento y estudio por medio de una clasificación y catalogación oportunas. De todo ello se me encargó inmediatamente. Pero no crea usted que fue fácil la tarea. No en el orden económico, pues el conde de Romanones se ofreció desde el primer momento á sufragar todos los gastos necesarios. ¿Lo sabía usted?

Asentí. Lo sabía. Como sé también, é importa decirlo ahora, hasta qué punto el conde de Romanones no deja de acudir con su dinero á facilitar iniciativas de la Academia, ó suyas propias, dentro de la Corporación, siempre que se trata de algo importante en cuestiones artísticas. La instalación total de la Sala de Dibujos fue costeada por él; merced á él se editó la interesantísima obra *De la pintura antigua*, original de Francisco de Holanda; costó igualmente el relieve y



«Júpiter», dibujo de Tintoretto

la medalla conmemorativos del centenario de Goya, originales, respectivamente de José Capuz y Miguel Blay; añadió á la pensión Piquer otorgada á Cruz Collado por la Academia una cantidad anual que permitió realizar sus trabajos de becado en Roma y Florencia al joven escultor. Estos y otros rasgos semejantes señalan hasta qué punto el director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando entiende con pródiga generosidad el cumplimiento de su deber.

—¿Y no continuó usted buscando en otros sitios, por si encontrara nuevos originales?—preguntó á Menéndez Pidal.

El maestro se sujetó brioso los lentes. Luego levantó los brazos en ademán brusco. Casi con todo el cuerpo, tembándole las barbas de emoción, contestó:

—¡Naturalmente! Escudriñé todos los rincones, abrí todos los armarios, revisé legajos y carpetas, con la esperanza y la ansiedad de hallar nuevos núcleos. Y, efectivamente, en una gran anaquelera del almacén apareció nada menos que el dibujo de Rubens *La caída de los réprobos*, boceto completísimo del cuadro llamado *Pequeño Juicio Final*, que se conserva en el Museo de Munich; la cabeza de Carlos II, por Carreño Miranda, apunte hecho, indudablemente, del natural y que sirvió para sus extraordinarios retratos del Monarca; un dibujo de Caxes; una copia de Miguel Angel, y un

«Evangelista», dibujo de Berruguete



desnudo, á pluma, de autor anónimo, pero de gran belleza. Poco después, en la Galería de Escultura, descubrí, dentro de una arquilla, la colección del pintor Procacini, que sabíamos fué adquirida por la Academia á la muerte de aquél. En esa colección, muy nutrida de autores italianos, estaban— (¡figúrese mi alegría al encontrarle!)— *El Cardenal Borja*, de Velázquez, que es algo superior á toda ponderación; los apuntes de Miguel Angel y el dibujo de Lucas de Leyden. Pero, además, los tomos encuadernados en pergamino, repletos de dibujos originales de Carlos Maratta, maestro que fué de Procacini.

Menéndez Pidal hace una pausa. Se echa hacia atrás, tuerce la cabeza para mirarme, y se ríe de contento, reviviendo aquella hora lejana del hallazgo.

—¿Eh? ¿Qué le parece? Pues aún encontré más. Rebusando en las carpetas de la Biblioteca, descubrí diferentes grupos de dibujos. Dos de esos grupos, adquiridos á don Vicente Camarón, entre los cuales había cinco originales de Tiepolo y uno de Rembrandt. En otro grupo estaban los diez y nueve de escenas campesinas y militares, de Antonio del Castillo; en otro, en fin, siete proyectos de decoraciones murales de Brenna y varios de *Dominiquino*, Gregorio Hernández, Cano, etc. Luego vino la labor de ordenación, acondicionamiento adecuado y distribución y colocación en las vitrinas. Para darse idea de lo que eso supone, sepa usted que ese admirable boceto de un cuadro de Van Dyck de la vitrina donde figuran otros dibujos de Rembrandt, Rubens y Teniers, estaba hecho trizas; y el boceto de Rubens de *Los réprobos*, antes de poderse contemplar como ahora está, montado sobre un bastidor de lienzo, apareció arrojado y arrugado lamentablemente.

La voz cantarina del maestro se quiebra y apaga; entorna los párpados, le tiemblan un poco las barbas.

—... No fué tarea fácil... no. Además, mi estado de salud, siempre de-

ficiente, imponía suspensiones. Aun ahora mismo sigo trabajando en el catálogo y en nuevas investigaciones. Recientemente he clasificado nuevos dibujos, entre ellos dos magníficos desnudos de hombre, que innegablemente son de Rubens, y que todavía permanecen en el tomo número 2, que ustedes reproducirán ahora; pero que en su día figurarán también expuestos en una vitrina. Porque sigo considerando de cierto modo provisional esta instalación, sujeta, por lo tanto, a cambios y transformaciones.

Nada tan sugeridor como el dibujo salido de la mano de un maestro. Está latente la futura euritmia definitiva cuando el afán inquieto de los ademanes bellos se consolida y define.

Sin perder la frescura inicial de prolongar en unos cuantos trazos la idea ó la visión—y también el feliz contacto de ambas causas—nacen ya con una genial síntesis plástica de la forma humana.

Cuando un maestro dibuja, se comprende que no realiza tantos ensayos de mano y anota actitudes ó proyecta composiciones como *crea*, desde luego, con una enérgica virtualidad de obra en sí y por sí misma.

No son la fantasía en libertad de líneas, ni tampoco el raciocinio frío que completa lo que los ademanes furtivos insinúan. Surgen insospechadamente conclusos; pero sin abdicar de la prístina frescura de tales croquis. De aquí el encanto peculiar de tales dibujos, no fantasmales, torturados ó desvaídos, no yertos por sobaduras del ansia de perfección.

Don Félix Boix, excelente crítico é inteligente coleccionista de dibujos antiguos y modernos, dice á este propósito, en su admirable prólogo al *Catálogo de la Exposición de Dibujos (1750-1860)*, organizada por la Sociedad Española de Amigos del Arte el año 1922:

«A veces su interés estriba, en parte, en su desnido y falta de aliño,



«Santo Domingo», dibujo de Alonso Cano

y en ocasiones numerosas, las tendencias y espíritu del artista se revelan mejor en estos diseños tan espontáneos, con sus tanteos, vacilaciones y arrepentimientos, que en la obra completamente terminada, destinada á ser exhibida, y en la que su autor hace concesiones á los gustos del público que ha de apreciarla y juzgarla, perdiendo así en espontaneidad y frescura lo que gana en atildamiento y corrección.

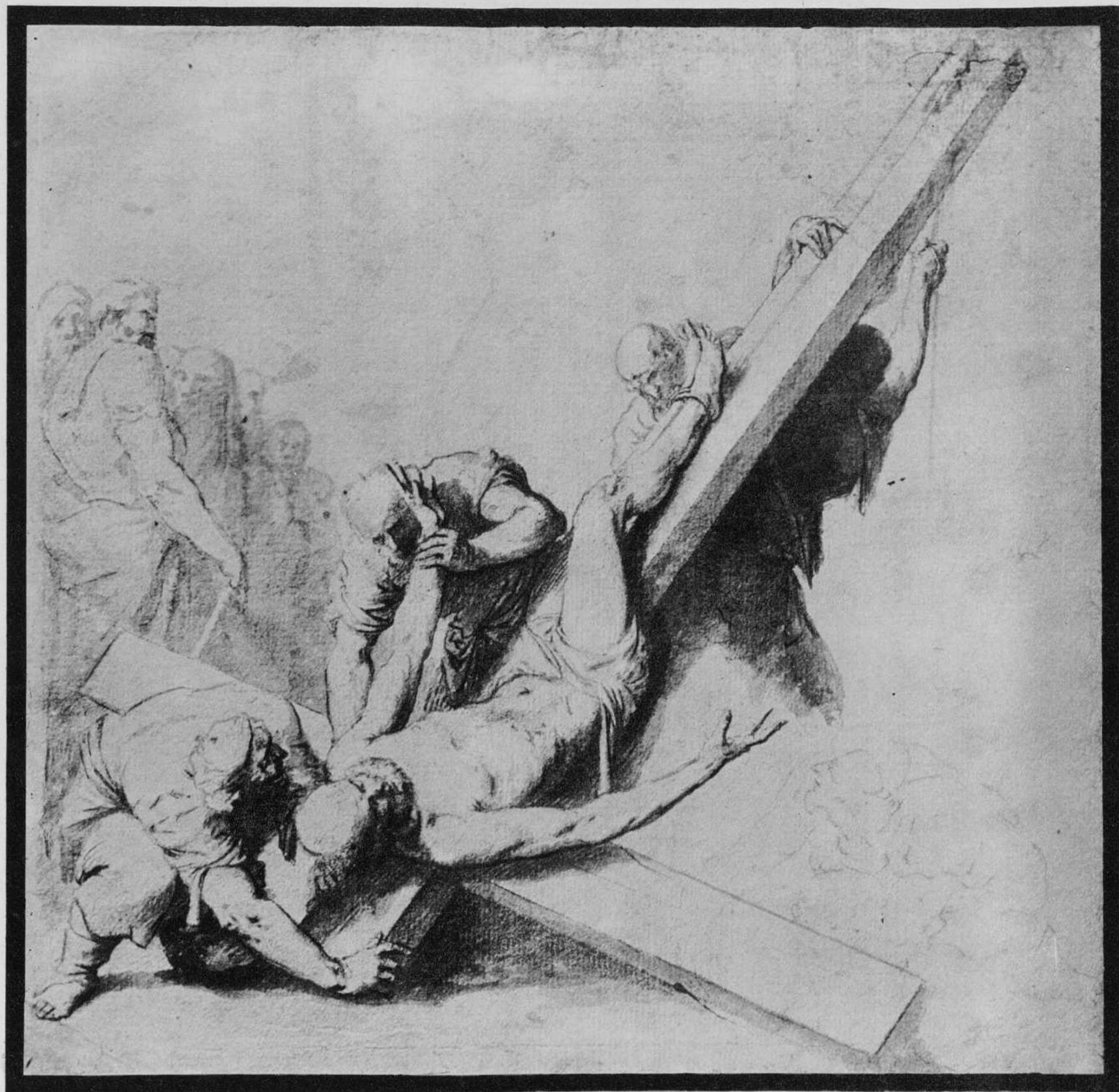
Por ello, para el condecorador de tales dibujos constituye un refinado placer espiritual el examen y contemplación de una frágil hoja de papel con frecuencia alterada y mutilada por la acción del tiempo, pero que conserva muestras del espíritu y esfuerzo creador del maestro, que en ella imaginó rasgos característicos de su genio.

En esta misma clase de dibujos pueden considerarse incluidos los estudios de desnudos, extremos, cabezas y paños hechos para las figuras de una composición, y hasta los cartones, ó sea los dibujos cuadrículados, y con frecuencia del tamaño de la obra, destinados á ser trasladados al lienzo ó en la bóveda ó muro si se trata de una pintura al fresco.

Aparte del especialísimo interés que queda señalado, los dibujos y cartones tienen el de servir en determinados casos para identificar cuadros y en otros el de conservar el recuerdo de obras desaparecidas ó destruidas.



San Antonio, dibujo de Vaidés Leal



«Martirio de San Pedro», dibujo de Ribera

Otro juego de interesantes dibujos es el de los de carácter iconográfico, como el que tienen los que componen las famosas colecciones de retratos dibujados por Holbein que se conservan en Windsor y en Basilea, los de las innumerables series de retratos franceses del siglo xvi, ejecutados a lápices de color, de los Damoustier, Clonet, etc., de los que se encuentran preciosos ejemplares en los Museos del Louvre y de Chantilly, y los del célebre libro de los retratos por Francisco Pacheco, reproducido por Asensio, actualmente de la propiedad de don José Lázaro: colecciones todas de extraordinaria importancia cuando, como ocurre con las citadas, suman a su interés iconográfico un alto valor artístico.

Los dibujos hechos para fijar impresiones de paisajes y el recuerdo de los mismos ó de los cuadros que inspiraron; las vistas de poblaciones, lugares y monumentos, muchas veces ya desaparecidos, y otros de análogo carácter, presentan igualmente considerable interés. Entre los de esta clase pueden citarse, como ejemplos, los del famoso *Liber veritatis*, de Claudio de Lorena, conservado en Chatsworth (Inglaterra), y del que existen numerosas reproducciones; los del



Liber Studiorum, de Turner, por aquél inspirado, y hasta el *Libro de los Dibujos de Francisco de Holanda*, que se guarda en la Biblioteca del Escorial.

Los dibujos de proyectos de monumentos y obras arquitectónicas, los de arte ornamental, los hechos para grabar, los destinados á ser reproducidos para viñetas ó ilustraciones de libros y los que conmemoran sucesos ó hechos históricos, constituyen interesantes series, sobre todo cuando unen á su valor documental otro también muy importante artístico.

Un poco larga la cita; pero oportuna y adecuada en este caso, toda vez que la colección de la Academia de San Fernando abunda en toda la rica diversidad de géneros de dibujos mencionados por el ilustre escritor y académico.

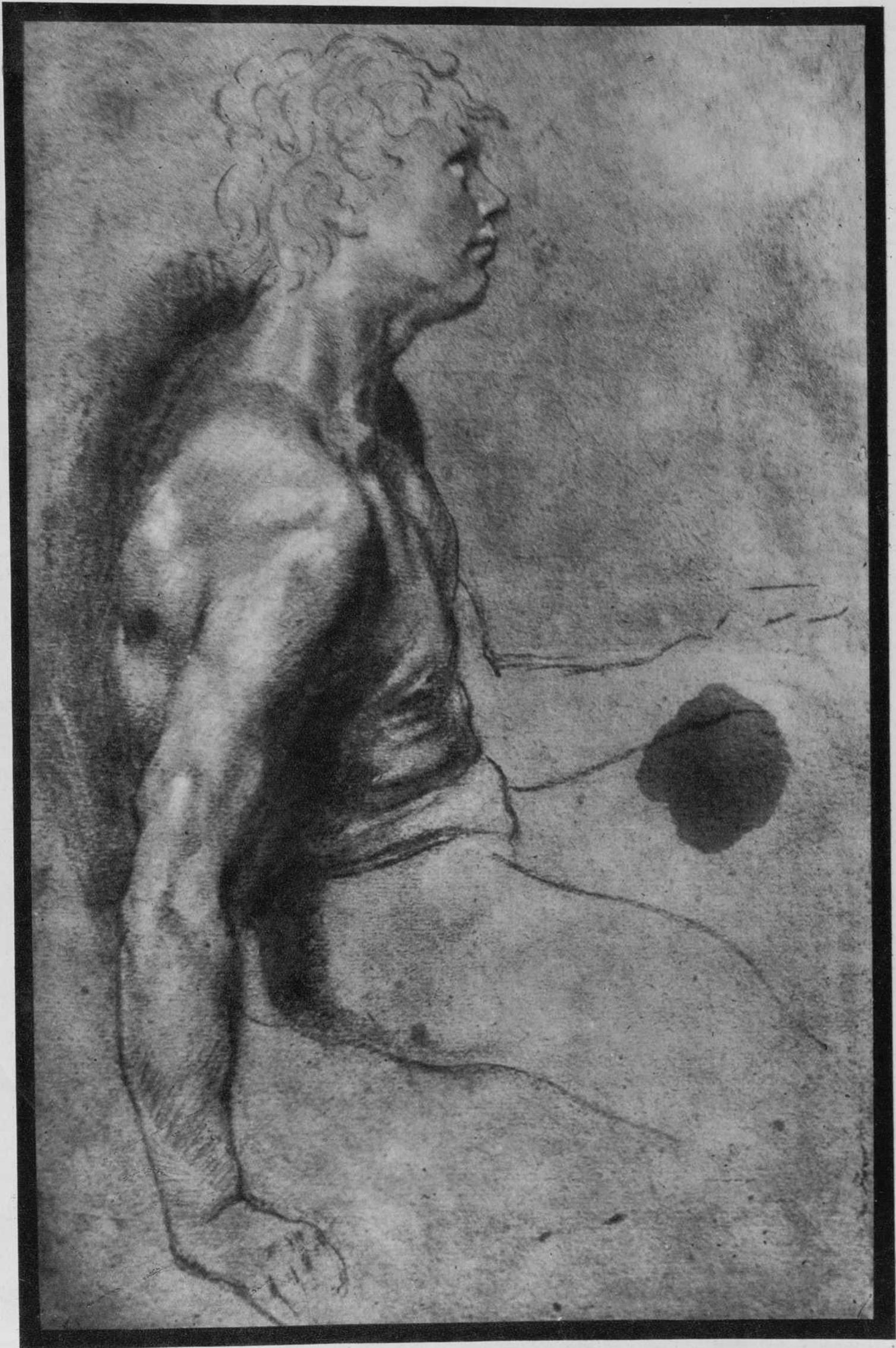
—o—

La Sala de Dibujos de la Real Academia de Bellas Artes se compone de dos alas, separadas por un pasillo central formado por dos tabiques encristalados, que también contienen á un lado y á otro originales correspondientes á ambas secciones.

En el ala de la izquierda se exhiben los españoles. En el ala de la derecha, los extranjeros, italianos en su mayoría.

Veamos primero la sección española, que preside la majestad poderosa de los

Autoretrato de Ribera



«Torso de joven», dibujo de Rubens



«Cabeza caricaturesca», dibujo de Leonardo de Vinci

Velázquez. Son cinco. El de *El Cardenal Borja*, el de *Un caballero*, el de *Un villano embozado*, el ligerísimo abocetado con «su pluma mal tajada y los grandes trazos» de una menina vistiendo el pomposo guardainfante (y en cuyo reverso se insinúa la cabeza de un asno), y el gallardísimo de una cabeza de caballo, que recuerda el del retrato ecuestre de Doña Isabel de Borbón.

De Carreño Miranda hay varios, y todos importantes, aunque sobresalga el ya mencionado de Carlos II. Un boceto del cuadro *Milagro de San Isidro*, existente en la parroquia de San Andrés; una cabeza de San Francisco de Asís, una Academia viril, y acaso una mano femenina.

En vitrina aparte resplandecen los Riberas, tan característicos y definidos. El autorretrato *San Jerónimo azotado por los ángeles*; una escena de titiriteros; un apunte para el *Martirio de San Pedro*, *Un ermitaño* y unos tipos orientales que hacen pensar, por la indumentaria y el vigor ahincado del trazo, en Rembrandt.

De Berruguete hay una figura de gran energía factual y dos estudios miguelangelescos.

Alonso Cano está representado también por dos frailes dominicos, dos Inmaculadas, un San Pedro y un modelo de retablo.

Ocho dibujos de Carducho y otros tantos de Caxes completan los atractivos de estas primeras vitrinas, donde también hay originales de Cerezo, Conchilos, Claudio Coello, Herrera *el Viejo*, Pacheco, Navarrete *el Mudo*, etcétera.

Mención aparte merece la serie de seis composiciones de Valdés Leal, referentes al *Libro de los Reyes*, y la de Antonio del Castillo, con sus escenas agrícolas, cinegéticas y soldadescas de pintoresco realismo.

Importa no olvidar tampoco los tres estudios de figura firmados por Eduardo Rosales; los tres proyectos de retablos originales de Francisco Churriguera; el primer proyecto de reforma de fachada de la Academia, original de Diego Villa-



nueva, y el *San Jerónimo*, de Ribalta.

No menos nutrida de excelencias está la sección extranjera. Raro es el gran artista del Renacimiento que no esté aquí representado dignamente. Y aunqu predominan los pintores y dibujantes italianos de diversas categorías, tampoco faltan maestros flamencos, holandeses, franceses y alemanes.

De Leonardo de Vinci hay una interesantísima cabeza caricaturesca y tres estudios; de Miguel Angel, dos magníficas caricaturas y un modelo de candelabro monumental; de Rafael, un desnudo femenino, delicioso, y unos apuntes para un posible *Rapto de las Sabinas*. De Tiziano, un desnudo y dos paisajes, inconfundibles. Del *Perugino*, dos ángeles.

Se exhiben igualmente el apunte del Veronés para su cuadro *Hallazgo de Moisés*, y una arrogante figura jupiterina de Tintoretto.

Del *Bernini* hay un boceto de su *Constantino ecuestre* del Vaticano, así como de Luca Cambiasi un movido grupo de *Sátiro y ninfa*.

Altamente interesante es la colección de caricaturas del *Dominiquino* y sus dos grandes estudios de las pechinas de San Andrea della Valle, en Roma.

Un autorretrato de Guido Reni; las graciosas composiciones *Niños vendimiadores* y *Danza con flores en la mano*, de Guercino; la *Asunción*, de Palma el Viejo, y otros dibujos de Caravaggio, Castello Bergamasco, Pinturricchio y no pocos de los Marattas completan, la serie italiana.

Copioso el conjunto de los flamencos, presidido por los cuatro ó cinco Rubens, desde la ya mencionada gran

«Jacob y el Angel»,
dibujo de Murillo



«Muchacho», dibujo de Teniers



«Estudio», dibujo de Ana Menga

composición del *Juicio Final*, con lápices negro y rojo y aguada (de 1,43 por 0,96 metros), hasta el retrato de Infante español. Y en esa serie de dibujos flamencos no faltan Van Dyck, Teniers y Felipe de Campaña; como tampoco, en los holandeses, Rembrandt, Antonio Moro y Lucas de Leyden.

De Alberto Durero hay *El ángel vengador del Apocalipsis*, y entre los franceses, Poussin con *Baco y sátiros*, y el estudio de Van Loo para su retrato de la *Familia de Felipe V*, que se conserva en el Museo del Prado.

Tal es, á grandes rasgos descrita, la colección de dibujos que posee la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de la que legítimamente se enorgullece como valioso complemento de su magnífica pinacoteca, y á la que sólo falta el buen catálogo,

seguramente atinado de juicios y doctrina, que prepara don Luis Menéndez Pidal para cumplir del todo su verdadera eficacia.

Porque en esta salita, tan parca de dimensiones como atesorada de bellezas, encontramos calidad y esencia de perdurabilidad elocuente. Nada de cuanto allí hay nos desinteresa. Aun los dibujos que pudieran ser ajenos á nuestra sensibilidad acusan su personal existencia, su decoro y dignidad profesionales.

Absortos en la contemplación de las infinitas, de las innumerables revelaciones lineales que contienen, hemos pensado en la fuerza de su didascalia estética, en su grato consejo de retorno á las normas clásicas ofrecido á las miradas modernas.

SILVIO LAGO



«La Virgen y el Niño», dibujo de Bergamasco



«Estudio», dibujo de Eduardo Rosales
(Reproducciones fotográficas de Cortés)

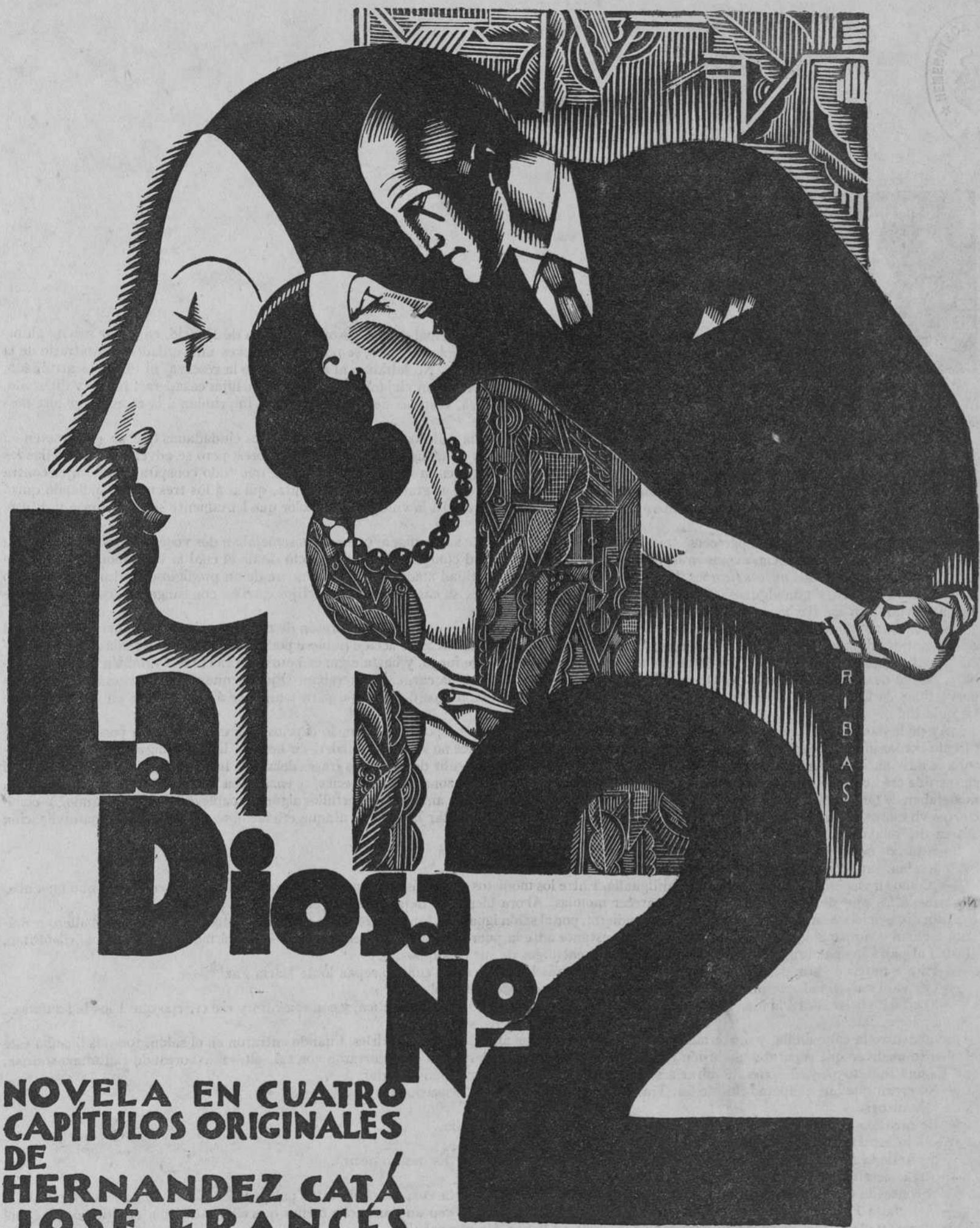


«Triunfo de David», dibujo de Alenza

La Esfera



NATALIA
Cuadro de Julio Moisés



NOVELA EN CUATRO
CAPÍTULOS ORIGINALES
DE
HERNANDEZ CATÁ
JOSÉ FRANCÉS
CONCHA ESPINA
Y ALBERTO INSÚA

CAPITULO PRIMERO



VIVÍAN las hermanas Aldecoa en el piso principal de una casona heráldica de Madrid, en cuyo salón, alumbrado por arañas de cristal envueltas en gasas verdes, se reunía los jueves un verdadero muestrario de la fauna cortesana á partir de la clase media. No faltaban ni el general de la reserva, ni el noble arruinado, ni la madre que exhibe afanosamente, como un viajante de matrimonios, hijas casaderas; ni el ex diputado, ni el ex gobernador. Y estos *ex*, unidos á la vetustez de las dueñas de la casa, vestidas siempre de obscuro, imprimían á la reunión ese aire descontento de lo que ya se está separando del presente camino del pasado.

El gran caricaturista Tiempo no había hecho todavía de Julia y Regina Aldecoa dos de esas euménides ciudadanas que se entrometen en todas las casas sacudidas por la adversidad para llorar, so capa de filantropía, sus propios oscuros dolores; pero se advertían ya en ellas los primeros trazos de su lápiz cruel. Nunca habían sido bellas. Sin embargo, en la época primaveral en que todo conspira en la mujer contra la libertad del hombre, Regina logró casarse con un burócrata, atraído por sus gracias y por su renta, quien á los tres meses, hallando quizá ambas insuficientes, se fué al otro mundo embarcado en una pulmonía, y dejó á la viuda con un dolor que lentamente se tornó agrio y difuso, y que nadie quiso consolar.

Con los años, su viudez llegó á parecerse tanto á la virginidad militar de su hermana, que ambas semejaban dos voces de una misma virtud, propicia en todo á la tolerancia, menos en los pecados de la carne. Virtud comparable á un reducto desde el cual la vieja moral arremetiese contra la corrupción de los *nuevos tiempos*. Eran las inspectoras de la castidad madrileña, y sirviéndose de un prodigioso instinto—el aguzado instinto de la envidia, según algunos—, descifraban, sin moverse apenas de su casa, todos los acertijos escritos con sangre de corazones sobre pieles febriles, por las flechas estilográficas de Cupido.

No había cambiado de miradas en el Retiro, misa profanada por un mensaje epitalámico, apretón de manos furtivo, carta amorosa, veleidad de los sentidos ó flaqueza de la resistencia femenil que escapase á su vigilancia. Si su acción hubiese podido extenderse más allá de la resonancia de sus palabras, no habría existido deseo extramatrimonial sin lluvia de fuego, y hasta algunos besos sacramentales también hubiesen recibido, por su deseo, castigo ejemplar. De todo lo relativo á los desmanes de la carne se enteraban. Dijérase que misteriosas ondas, hermanas perversas de las que animaban su aparato radiofónico, traspasasen los muros del caserón para mantener á sus dueñas en un estado de sagrada ira.

¡Ay de la dama que diese un mal paso, ó del caballero que se aventurase á poner un anuncio capcioso ó á emprender un paseo en coche de Círculo por las afueras! Era inútil pretender ocultarse: «Sólo lo que no se hace no se sabe», solían decir las dos. Donde fallase el espionaje, empezaba la adivinación. No calumniaban jamás; cuidaban siempre de no dejar salir de los labios frases delatorias hasta estar muy seguras; de aquí su terrible crédito. Pero cada jueves, cuando después de la merienda, muy sazónada con especias, se enzarzaba la conversación, Regina ó Julia no dejaban de tener una frase no menos ardorosa que los manjares para señalar ante sus contertulios algún culpable del pecado nefando. Y como ciertos virtuosos preludian en el instrumento vagos arpeggios antes de comenzar la obra, el ataque era siempre precedido por una divagación acerca del relajamiento de las costumbres.

—Estamos en vísperas de la disolución del hogar—empezó aquel día Julia.

Y Regina, que había visto disuelto el suyo por la Muerte, protestó:

—¿Cómo en vísperas? El hogar es ya una antigualla. Entre los modistos y los músicos negros han terminado con el poco recato que quedaba. Nosotros, á los ojos de los jóvenes, debemos parecer momias. Ahora bien: que dejemos consignada nuestra protesta.

Esta divagación y esta protesta previas se expandieron por el salón igual que tantas tardes, un momento antes de que cierto caballero asmático, á quien acompañaba su mujer, se detuviese un instante ante la puerta á nivelar su respiración y dijera á modo de chiste madrileñísimo, alusivo al par á las palabras de Regina y á los escalones enemigos de sus bronquios:

—Para este par de brujas, el principal es el sexto. ¡Ya verás la que se arma cuando sepan lo de María Paz!

—Les va á caer igual que una bomba. ¡Con lo que la han odiado siempre!

—El odio de la sombra á la luz. Por supuesto, que bastante se le importa á la otra. Rica, y con esa cara y ese cuerpo que Dios le ha dado... Ea, ya puedes llamar.

Sonó dentro la campanilla, y una criada, vieja lo mismo que sus amas, acudió á abrirles. Cuando entraron en el salón, todavía llenaba éste el silencio medroso que separaba la alusión general del flechazo particular. Pero ellos entraron con tal soltura, saboreando tan ufana sonrisa, que Regina se detuvo, y, después de mirar á su hermana, se dirigió á los recién llegados:

—No crean que nos chupamos los dedos. Traen ustedes alguna noticia sensacional.

—¿Nosotros?...

—De otro modo no habrían entrado así. Nos conocemos—completó Julia.

El viejo asmático hizo una profunda inspiración y dijo:

—En lo de la noticia sí han adivinado; ahora que en lo de sensacional... Es mucho decir...

—Vaya, desembuche—ordenó Regina.

Y entonces la esposa del asmático, con matices de actriz consumada en la voz, desgranó estas palabras:

—Que María Paz Terry se casa. Ha sido un verdadero flechazo. Se casa con un muchacho menor que ella, sabio, matemático ó no sé qué según dicen, y claro que pobre. Los preparativos de boda se llevan á mata caballos.

Un rumor acogió la noticia: rumor de los contertulios, porque Regina y Julia quedaron en silencio, con los rostros de un verde ictérico que no debía nada al verde de las gasas que envolvían las lámparas.

Aquel odio, como tantos otros, nació de un amor abortado. Regina y Julia Aldecoa habían sido compañeras de colegio de la madre de María Paz. Durante su permanencia con las monjas nunca se fueron simpáticas; pero al encontrarse algún tiempo después, ya fuera del colegio, cayeron en la tentación de sublimar los recuerdos del internado, y ensayaron una amistad íntima que primero impurificó el casamiento de la condiscípula con un francés llamado Terry, y la muerte cortó el segundo parto, cuatro años más tarde.

Aquellos cuatro años de violenta felicidad gozados por la compañera habrían bastado para sembrar en las almas de Regina y de Julia, ya entonces sombrías, cizaña capaz de roer las raíces de la intimidad más honda. Cuidaron á la enferma abnegadamente, día y noche; pero es seguro que si en vez de morir se hubiese salvado, una especie de misterioso rencor habría impedido á la amistad reflorar. La cuidaron en calidad de agonizante, no de enferma. Y cuando le cerraron los párpados, Julia dijo en voz baja, mientras Regina asentía en silencio:

—Era buenísima, buenísima. Su único defecto estaba en que no sabía ser feliz con modestia. Tenía una alegría grosera, una especie de sensualidad que daba vergüenza... Pero era buenísima. Ojalá que su hija no vaya á sacar sus defectos.

Siguió vivo el trato entre las Aldecoa y el viudo. Y no faltó quien supiese que una de las dos, so pretexto de no dejar sin maternales cuidados á la niña, pretendió llevar á monsieur Terry desde el negro del luto á los azahares de una nueva boda; pero el francés se escurrió suavemente, y un día, en lugar de las nupcias relativamente justas á que aspiraba Julia, llevó á su casa, también con el pretexto de los cuidados precisos á la niña, á una compatriota apetecible. El furor de las dos hermanas fué enorme. A duras penas se retenían ante el francés, que continuaba visitándolas:

—¿Usted es católico, señor Terry?

—Un poco, sí.

—Pues por poco que sea, tenga cuidado; hay una vida eterna y usted se la está jugando de mal modo. Créanos.

—Sin duda ustedes saben mucho de eso. Ya tendré cuidado cuando ponga el alma en el tapete verde, para no perder.

—Es que en ese juego no valen trampas, señor Terry.

—De todos modos, les agradezco el consejo, y tendré cuidado. No irán ustedes á crearme jugador de ventaja, señoras.

La boca del francés no se contraía ni un punto para dejar pasar la sonrisa; pero sus palabras fluían empapadas de burla.

Le habría sido fácil romper con ellas, porque su posición era independiente y los negocios le iban cada día mejor. Pero quién sabe si por pereza, por gusto de excitar con su zumbonería aquella ira ó por no privar á su hija de un cariño que se manifestaba en besos, en promesas y en ropitas cosidas con primor, siguió tratándolas, hasta que un día, cuando ya tenía María Paz ocho años, por ingenuas palabras de ésta comprendió que las dos hermanas la adiestraban en contra suya, y entonces se puso su chaquet, una absurda corbata de lacito y se fué á verlas. Así había soñado Julia verlo llegar un día á pedir su mano. ¡Quién le hubiera dicho que llegaba á quitarles la manecita débil y llena de hoyuelos que hubiera podido aún tirar de ellas hacia la fecundidad!

—Vengo á reñir con ustedes—le dijo sin alterar la voz.

—¿Con nosotras?

—Y para siempre, sí, señoras. Han abusado ustedes de la confianza que he tenido dejándolas á María Paz, y han cometido la indelicadeza de hablarle de ciertas cosas y de intentar ponerla á mal con su padre. El abuso de confianza de la infancia es el peor pecado; peor aun que hacer trampas en el juego de la vida eterna, no lo duden. Esto no debe hacerse, es una vergüenza, y para que no se repita, hoy mismo pongo á la niña interna y rompo con ustedes toda relación. *Voilà.*

Las hermanas se encresparon. Arguyeron que la niña les pertenecía casi de derecho, y atribuyeron á la muerta frases que no había pronunciado nunca. «Si él quería perderse, era indigno que arrastrase á «aquel angelito» al infierno.» El francés, sin descomponerse, se puso en pie y echó á andar hacia la puerta. Y cerca de ella dijo sus últimas palabras:

—Por lo visto, ustedes quieren á mi hija demasiado y yo muy poco. Ambas cosas serían por igual antinaturales á ser verdaderas. Lo mejor es romper hoy para no tener que cortar mañana. Yo no sé si arrastraré á María Paz al Infierno; pero lo que es al Colegio, esta misma tarde. Muy buenas.

Y se fué. Las dos hermanas cayeron en tal cólera, que enfermaron, y un ex diputado, amigo del marido de Regina, recibió la comisión de buscar un medio legal de arrancar á la niña de las manos de aquel hereje. Todo fué inútil. Ni consiguieron ablandar al francés, ni que la directora del colegio les consintiera comunicarse con la niña.

Así pasaron otros nueve años. Ya Regina había enviado; ya las dos dictaminaban cada jueves desde el estrado de su salón acerca de ese gran enemigo de la Humanidad que con el Mundo y el Demonio obtiene de nuestra insensatez el cambiar por unas horas efímeras de delicia lágrimas que brotan ó que nos corren por dentro, y la amenaza de una condenación sin fin.

Pero el tiempo no menguaba en las dos hermanas la nostalgia de María Paz. Condenada una al celibato y otra á las añoranzas más estériles, comprendían subconscientemente que una vida joven habría entre ellas dulcificado todas las amarguras. Y por las noches, cuando el Guadarrama helaba á Madrid con su aliento invernal, en la alcoba, que habría sido ascética sin el exceso de imágenes sagradas, Regina y Julia suspiraban antes de dormir y susurraban:

—¡Qué distinta sería nuestra vida si hubiéramos podido tener desde pequeñita á María Paz!

—Sería como una hija... La hija que tú no pudiste tener.

—Me la negó Dios. No fué mi culpa, Julia.

—Ni te digo yo que lo sea. Pero sí es culpa de ese franchute maldito el que hayamos vivido tan solas. ¡Tiene que condenarse!

No supieron nunca si se había condenado, porque con el más allá no valen investigaciones; mas sí tardaron otros tres años en saber que estaba en trances de comparecer ante quien había de juzgarle, y que en aquel tiempo sus negocios habían transformado en fortuna cuantiosa lo que desde mucho tiempo antes era holgado pasar. Cuando vieron la esquila de defunción en el periódico, las dos se quedaron atónitas y decidieron escribirle enseguida á María Paz. Fué una carta al par efusiva y seca, donde el recuerdo de la madre pretendía apagar los cirios que todavía alumbraban los despojos de monsieur Terry. María Paz, que iba á cumplir diez y siete años, leyó la misiva entre lágrimas, con las naricitas de vez en cuando dilatadas por el hálito de las flores que llenaban el cuarto fúnebre.



Y desde la primera entrevista surgió entre ellas un bloque transparente de imposibilidad que las permitía verse, mas no acercarse; que quitaba á los abrazos el poder de fusión que las hermanas hubiesen querido infundirles. Por lo pronto, el francés había guardado en la separación de tantos años el recuerdo de Regina y de Julia, pues en el testamento prevenía al albacea contra ellas, y en carta privada recomendaba á su hija el que no se dejase absorber ni consintiese á nadie marchitar en su corazón una memoria que él había tratado de cultivar con generosidad y fragancia, rociadas hasta en los casos más extremos con la razón y con la sonrisa. No era menester la recomendación, porque ninguno más antagónico que el de María Paz al carácter de las dos hermanas. Acaso éstas creyeron, por estar ellas conservadas en el vacío de sus vidas, que el tiempo debía también detener fuera las consecuencias de su marcha: la primera sorpresa que María Paz les produjo fué por su figura. Al verla entrar alta y túrgida, con pasos que hicieron vibrar todos los cristales del salón, quedaron atónitas. ¿Esperaban recobrar á la niña de ocho años que la energía zumbona de monsieur Terry les arrebatara? ¡Quién sabe! A veces el raciocinio puede menos que el fondo del ser cuando éste se aferra á la esperanza de un milagro.

Y un milagro, el milagro contrario al esperado por ellas, era María Paz. En su juventud resucitaba la madre, pero con una belleza más pujante aún, con una sensualidad de mayor insolencia. Todo, desde la nerviosa punta del pie hasta el pelo de cobrizos cambiantes, sugería en ella imágenes del pecado que las dos hermanas execraban. La piel de linfática palidez, las facciones carnosas, la boca de un rojo lumínico, con dientes grandes y labios de fruta, y sobre todo los ojos, sin color real: ojos de coloquio, de entrega, que tomaban el color del interlocutor; ojos bajo los cuales la nariz respingada—herencia francesa—parecía abrirse á perfumes vitandos y descubrir con descarada impertinencia la respuesta desdeñosa que quizá no se atreviese á proferir la boca cuando Regina y Julia empezaban á desgranar el obscuro rosario de consejos.

La entrevista fué muy cordial, muy llena de abrazos y proyectos; pero cuando la muchacha se fué, acompañada de la francesa semiviuda de Terry, las hermanas se quedaron mirándose, reprobadoras.

—No creo que Dios haya escuchado lo que le pedimos con tanto fervor junto al cadáver de su madre.

—No. Hace tiempo que no nos escucha. Me ha parecido una diablesa, una tentación viva. ¡Y qué manera de vestirse! ¿Qué va á ser de ella en esa casa, en compañía de esa mujer?

—Eso me pregunto yo. Quiera Dios que nuestra María Paz no se convierta en María Guerra.

—¡Ah, si la hubieran dejado desde pequeña con nosotras!...

Querían decir que sus severos vestidos de cuerpo y de alma habrían impedido á la carne modelarse tan paganamente y al carácter tender cual girasol hacia cuanto fuese risa, júbilo, flor, luz, franqueza, hombre joven, vitalidad germinativa. En la casa, en el salón sombrío que tenía algo de sala de audiencia, María Paz sintióse desde el primer minuto á disgusto. Por el recuerdo tan invocado de su madre trató de resistir, de acomodarse. No le fué posible. Sus sacrificios dejaban descontentas á Regina y á Julia, sin contentarla á ella tampoco. La menor mirada, la más inofensiva alusión, el leal reconocimiento de que un muchacho era bien parecido, merecían reconvenciones acres. Por boca de Regina y de Julia las llamas del Infierno amenazaban cada seis ó siete días con asolar aquella pradera juvenil llena de amapolas silvestres. Y poco á poco María Paz se retrajo.

—Ya hace una semana que no aparece por aquí.

—¡Qué se le va á hacer! A nadie le gusta oír la voz de su conciencia.

La conciencia para nada intervenía en el asunto. María Paz necesitaba expansión. Tenía dinero, y quería lucir trajes, gozar de las mañanas del Retiro, pasear en coche, asistir á teatros, á conciertos, á tes; mezclarse en todas las palpitaciones del espectáculo de la ciudad. Había heredado de su madre la sensualidad, y de su padre la firmeza risueña; así que las gestiones y estratagemas de Regina y de Julia se estrellaron contra su propósito de no dejarse secuestrar la juventud. Ya las dos hermanas la consideraban carne del diablo y la llamaban María Guerra en sus conversaciones íntimas. Nada decían públicamente, porque, fiscales íntegros, tenían el prurito de no calumniar nunca. Pero cuando María Paz regresó del viaje al Extranjero, tras el cual redujo sus visitas á dos ó tres anuales, á lo sumo, Regina y Julia se pusieron á esperar su caída y á vigilarla, valiéndose de todos los medios.

Tal vez si María Paz hubiese caído enseguida, el odio, en vez de consolidarse, se habría bifurcado en el cauce de la piedad y en el de la vanidad de haber profetizado. Pero transcurrieron los años, y nada concreto pudieron imputarle. O era muy astuta ó su coquetería y su risa le servían de derivativos. Cierto que no había fiesta de caridad sin ella, que iba á los toros y las carreras de caballos, que jugaba al tenis, que sus piernas y su escote se ofrecían á la gula de cuantos ojos quisieran devorarlos, y que resplandecía donde quiera que el tedio y el ansia de goces reuniese á los privilegiados de la fortuna. Pero esto no era bastante. Ellas estaban seguras de verla caer, de verla perderse. No se podía jugar con fuego así. Como una máquina no resiste ciertas vibraciones sin que sus remaches se suelten, la Naturaleza humana no podía resistir aquella vida, aquellos bailes negros sobre todo, sin que la virtud se agrietara. Y á modo de perros de presa mantenían trabadas las mandíbulas de su atención, sin cuidarse del tiempo, sin ceder á las languideces del olvido ni al señuelo de otras curiosidades. En María Paz se polarizaba su vida íntegra. El primer beso definitivo que diese María Paz habría de resonar en el caserón heráldico como un trueno.

Cada año que pasaba, al hacer inventario de las horas mancilladas por Eros, Regina y Julia se decían: «¡Quién sabe si el año que viene sea el de María Guerra.» Y María Guerra, incólume, seguía pacíficamente su vida de sensualidades difusas, prometiéndose por la sonrisa, por los deportes, por las danzas voluptuosas, sin comprometerse, sin darse ó sin que nadie pudiese comprobar que se daba. Hartas de esperar, las hermanas tenían ganas de gritarle: «¿Hasta cuándo? ¿Crees que no sabemos que esperas á cumplir los veintisiete ó los veintiocho para casarte por tu dinero y hacer después, con editor responsable, lo que ahora no haces por cálculo y por fastidiarnos? ¡No nos engañas!»

Y como si esta vez la profecía fuera á cumplirse, he aquí que el caballero asmático y su esposa venían á anunciar que María Paz iba á casarse con un muchacho de veintidós años, y sabio por añadidura. «¡Ah, María Paz, María Paz, tu madre nos engañó, tu padre nos deshizo la vida con su sonrisita y su mano fuerte, y tú, ahora, porque tienes veintiocho años y nosotras sesenta, crees que vas á irte sin pagar la deuda! No, María Guerra; conocemos las armas que el demonio te ha dado y estamos seguras de que la muerte no vendrá por nosotras antes de que te veamos caer!»

María Paz Terry continuaba entretanto sus preparativos de boda sin cuidarse de sus enemigas. Ella, que había flirteado tanto, que había estado al borde de tantas aventuras, había recibido la flecha de Cupido una tarde, en el paraíso de un teatro. Su vida social, tan intensa, le hizo olvidar el retener un palco, como siempre, y á última hora, por no faltar al concierto del violinista ilustre, había decidido ir con otras amigas á entrada general, las únicas ya disponibles. Y allí, donde ella no había ido jamás y donde él iba siempre, se conocieron.

Hablaron en el intermedio. El la conocía de vista. Sabía quién era. Y tuvo por única vez en su vida frases jocosas.

—Hoy es día de milagros. El que una diosa suba al paraíso es prodigio digno de Jehová. ¡Si viera usted las veces que yo la he visto desde aquí!... En todos los conciertos. Y me decía: He ahí á María Paz Terry; le llaman así por no asustar á las gentes, pero su nombre es otro: Diosa. Para mí ha sido usted siempre *la diosa número uno*. No le extrañe á usted que esté un poco entontecido y asustado. Los milagros asustan.

Había en la pretendida ligereza de sus palabras una seriedad algo zurda. Y ella, por contraste con los jóvenes vanos y mundanos que estaba habituada á tratar, se interesó por él. Hablaron mucho, hasta merecer los siseos furibundos de unos cuantos melómanos. El era pobre, matemático y de gran porvenir, según aseguraban, con todos los primeros premios de la carrera y ya unas cuantas citas en las revistas científicas del mundo; pero condenado á morir de hambre, mitad de aburrimiento, porque se sentía incapaz de descender de la matemática poética á la aritmética práctica que por medio de sumas, y sobre todo de restas, procura el sustento. Tenía veintidós años. ¿Ella veintiocho? Podía decirlo con aquella boca risueña, porque no los representaba. Los dos eran aficionados á la música. Bueno, él no á toda la música: á la verdadera nada más. Para que viese que no trataba de adularla le confesaba que los *blues* y los *fox* no le parecían música... Qué novelesca era la vida. ¿Verdad? La tenía allí, á su lado, sintiéndola respirar, respirándola, y aún dudaba. ¿No se trataría de una burla del destino? Era triste que las conveniencias sociales no le permitiesen imitar á Santo Tomás para comprobar si lo que estaba allí, á su lado, era la diosa número uno en carne y hueso ó su sombra, su cuerpo astral, atraído por una complicidad de la música con la admiración. María Paz sonreía feliz.

Se le antojaba que por primera vez sentía la presencia de un verdadero hombre. Había encontrado en su camino cien variedades de la especie: el hércúleo, el donjuanesco, el que presumía de su belleza igual que otra mujer, el cazador de dotes, el coleccionador de aventuras, el taimado, el hábil, el nulo... Y, sin embargo, aquella serenidad, aquel hablar de la propia pobreza y del propio talento sin cortedad y sin jactancia, la conquistaron. La misma juventud y desvalimiento de Jacinto Cienfuegos se le entraron corazón adelante por esa grieta maternal que se abre

en las mujeres apenas mitigado el fuego egolátrico de la primera juventud. Ella, toda voluptuosidad, toda movimiento, toda fruta jugosa destinada á dientes voraces, experimentaba ante el jovenzuelo una emoción no sentida jamás. Y si cuando salió del concierto y tomó por teléfono referencias impacientes le hubieran dicho que Jacinto no sabía nada, en lugar de asegurarle que era una de las más seguras realidades de la ciencia española, ya á Cupido le habría sido difícil curar la doble y placentera herida causada con su saeta.

Las relaciones se anudaron enseguida, y enseguida también entraron en el carril seguro que lleva á la parroquia y al Juzgado. Todavía Jacinto creía ser la víctima de un mal sueño.

—Echando á rodar el cálculo de probabilidades, antes hubiera hallado el choque de Saturno con la Tierra que el encuentro de nosotros dos. Tú no sabes las veces que yo te he admirado y mirado de lejos, como á un imposible tan absoluto que no permitía ni siquiera el deseo.

—Pues ya ves.

—Y ahora sí que quisiera ser sabio. Para merecerte, para dar tu nombre á una ecuación ó á un astro nuevo que te hiciera perpetua en el mundo.

—No digas *perpetua*, que esa palabra yo la tengo siempre unida á la palabra cadena, y no quiero ser traba para ti.

—¿Traba? Pues lo has de ser. Ya puedes preparar los brazos. Como no me abracés muy fuerte... Te abrazaré yo, que á pesar de ser tan delgado y tan sabio, según tú dices, también sé abrazar.

Fué uno de esos idilios que suprimen, por intensos, el resto del mundo, sin tener necesidad de ocultarse. Los asiduos al paseo de coches los vieron dar vueltas y vueltas ante la rosaleda, con las manos cogidas; los vecinos los vieron ir por la casa, ante la mirada de la anciana francesa, enlazados cual si fuesen á bailar al compás de una música sólo oída por ellos, y hasta los aficionados al espectáculo del cambio de guardia en Palacio pudieron contemplarlos en la luz velazqueña de los soporales que miran al Campo del Moro, ajenos á la belicosa solemnidad de tropas, clarines y tambores, cien veces más dichosos que los Monarcas del Alcázar y casi tanto como los pajarillos que de tiempo en tiempo dejaban las ramas de los árboles para venir á posarse en la balaustrada de piedra.

En cuatro meses todos los obstáculos fueron allanados por el dinero y la voluntad. No hubo un solo amigo de ambos que no expresase á otros así mismo su temor ante aquella unión. En el salón de las Aldecoa los augurios eran terribles. Se hablaba de que el matemático había resuelto el no tener que ocuparse de la cuenta de la cocinera, y hasta un militar, con gracia de cuartel, aludió al cuerno de la abundancia, sin que Julia y Regina se ofendiesen. María Paz y Jacinto no escuchaban ninguna voz del mundo y seguían con venturosa ceguedad el camino que les separaba de la completa dicha. Y una mañana, al compás de la marcha nupcial de Mendelssohn, avanzaron por la iglesia de los Jerónimos, entre dos filas de curiosos, hacia el altar engalanado. Ella iba del brazo del padrino, radiante. Una leve miopía realizaba la paradoja que sus ojos tan bellos de ver no viesan bien, y para mirar entornaba un poquito los párpados, comparables á manos de dedos sutiles que quisieran aprisionar y acariciar todas las cosas. El, muy serio, irradiaba también contento; pero un contento tímido, científico. Cuando subieron los peldaños del altar se hablaron un instante mientras salía de la sacristía el sacerdote.

—Ha sido un paso difícil, á pesar de las alfombras—dijo Jacinto.



—El paso de la malicia y el de la envidia—respondió ella—. Ojalá que lo pisemos siempre.

Después, en cuanto empezó la ceremonia, María Paz puso un ahinco del alma en penetrar cada una de las palabras rituales y en poner su voluntad en las promesas y afirmativas contestaciones. Jacinto estaba emocionado también; pero, por hábito, se puso á calcular ciertas combinaciones de las luces y las curvas azules del incensario. Al volver al coche por entre el doble cordón de enhorabuenas, vieron en la penumbra, junto á una pila de agua bendita, los cuatro ojos de las Aldecoa. Pero la dicha epitalámica era tan fuerte, que los dos sonrieron cual si desafiásen á un mal presagio.

El viaje de novios duró seis meses, y fué fructífero para la ciencia. En París, en Londres, en Florencia, en Venecia, en Brujas, á la sombra de todos los cuartos de hotel, pero sobre todo á la sombra de María Paz, la imaginación de Jacinto trabajó alegre. Fué entonces cuando presentó á la Academia su memoria sobre el cálculo Vectorial, que repercutió en todo el mundo.

En los primeros tiempos María Paz se sentaba á su lado, y de rato en rato se levantaba para abrazarle, mirando estupefacta las hojas de papel sobre las cuales signos extraños y *Ves* monstruosas, que protegían con sus aspas números y letras pequeñísimos, le daban una impresión de superior é inútil sabiduría. Y en el fondo de su ser pensaba así: «Cuánto lo quiero y qué talento tiene! ¿Pero por qué no será un poquitito menos sabio y me hablará siempre como me habló en el teatro aquella tarde?»

Al poco tiempo de regresar, la felicidad de los dos había tomado cauces de sosiego. El trabajaba de continuo; atendía con algo menos de la mitad de su atención á las frivolidades de María Paz, en tanto que con el resto, igual que en la iglesia, seguía dedicado á sus lucubraciones. Y sólo era por completo de ella á la hora penumbrosa de las caricias.

La seguía adorando. María Paz era siempre para él la diosa número 1, ante cuya imagen superior era preciso prosternarse. A su lado ó en el efluvio de su recuerdo, todo adquiría para Jacinto inexactitud deleitosa, algo de día de fiesta, de irresponsabilidad, de orgiástico imposible de resistir á todas horas y todos los días sin un quebranto de las normas de trabajo y de la salud física también. Mirarla lo deslumbraba; pensar en ella dábale escalofríos y se afinaba hasta lo infinito su capacidad táctil. Por ninguna otra mujer habría él separado el mirar del mínimo pedacito de su carne, del mínimo chispeo de sus ojos... Pero otra deidad difusa, sin forma, serena é imperativa, sin embargo, se había desposado antes con él: la Ciencia. «Nada, por fortuna—decíase Jacinto con manifiesto error—las hace incompatibles.» Su misma dignidad de hombre exigiale el trabajo constante. Aceptar la vida de diversión á que el alegre paganismo de su mujer lo hubiese impelido, habría sido culpable. Una extraña inversión de tendencias los separaba: ella propendía á la dispersión, al dinamismo, y él á lo doméstico. Salían juntos, sobre todo á conciertos. Pero cuando el espectáculo era de otra índole, él prefería quedarse en el despacho é ir después á recoger.

Al terminar el primer año de matrimonio una nube única empañaba el cielo de Jacinto y María Paz: no llegaba el hijo esperado, el hijo que suele ser en los coloquios desiguales la válvula necesaria sin la cual la presión pasional estalla ó busca escapes imprevistos. Poco á poco los caracteres habían relajado ese abrazo de fusión, que es todo amor, para rescatar un poquito de libertad individual. A pesar de la diferencia de años, él era el más viejo. Ella, pagana, juvenil, voluptuosa, necesitaba una actividad que Jacinto únicamente apetecía para el cerebro. Cuando estaban juntos el amor los unía, pero al separarse ningún recelo ni ningún celo los aguijoneaba. ¡Estaban tan seguros el uno del otro!

Por no contrariarle, María Paz había dejado el tenis, las reuniones con muchachos y muchachas... Pero Jacinto, en vez de aprovecharse de este homenaje, lo impugnaba diciéndole: «Nada de sacrificios inútiles... Las diosas pierden majestad al inclinarse demasiado ante sus criaturas. O aprendes matemáticas, lo que no te aconsejo, ó sigues siendo la misma de antes... Porque eras como eras te quise... Ea, déjame con mis patitas de mosca y vete á dar una vuelta en el coche... A decorar Madrid. Tú eres la inexactitud y yo cultivo las ciencias exactas. Por eso nos entendemos tan bien.»

A cada nuevo honor científico, á cada nueva invitación á Congresos, el alma de la esposa reaccionaba con orgullo, pero su vida cotidiana no podía plegarse á la aspiración semiclaustal de Jacinto. Sin luz, sin diversiones, sin coquetería, sin irradiar la potencia seductora de su ser y recibir la sensualidad multiforme de la existencia, ella hubiera sido una pobre diosa embalsamada nada más... Adoraba á su esposo; hubiera querido retenerle siempre junto á su pecho y junto á su boca. Eso no era posible, y lentamente empezó á considerarlo como un ser superior á quien era necesario rodear de una atmósfera propicia al esfuerzo solemne para que había sido marcado por el Destino. El era un gran matemático y ella nada más una mujer.

No podía decir de él que fuese un dios, pero sí un santo. ¡No lo había más bueno en el mundo! Cuando lo veía inclinado sobre la mesa, le parecía que era muy viejecito ya, cargado de honores... Y no se daba cuenta de que esta imagen y aquella bondad excesiva atribuída á Jacinto era una subconsciente reivindicación de la parte frutal de su ser; porque las mujeres quieren, sin duda, á los hombres buenos, pero se pierden por esos otros que tienen por atributo la gracia y la fuerza, y por toda ley la de las aves rapaces...

De haber puesto ella leyes, habría vinculado el honor femenino en mil cosas y no en una sola. Si Jacinto se enfermara ella lo cuidaría; por el temor de desagradarlo había renunciado á los deportes y al trato de los muchachos frívolos y deliciosos cuya gracia única era no servir para nada más que para el flirteo. A veces pensaba en que el gusto de la sensualidad debiera regirse por igual forma que el del paladar. ¿Por qué un manjar ha de excluir el sabor de otros? De aquí á la infidelidad de pensamiento no había más que un fácil plano inclinado, y las curvas suavísimas de su pensamiento y de su carne se deslizaron por él, sin que su adoración por Jacinto y su placer cuando, derrotando á la frígida deidad Ciencia, ella volvía á ser la diosa número 1 del viaje de novios, sufrieran disminución alguna.

Una tarde, con ocasión del debut como bailarín de un muchacho de buena sociedad, que luego de haber dilapidado su herencia y rodado por medio mundo, intentaba explotar á su familia con una especie de *chantage* coreográfico, María Paz consiguió que Jacinto la llevase al teatro. Sin saber por qué había deseado ir á aquel espectáculo con tal viveza, que por vez única Jacinto vió lágrimas en sus ojos. «Iremos, mujer, ¡no faltaba más!» «Déjalo, déjalo», respondía ella, sabiendo que ya estaba la partida ganada... Quería ir, y también hubiese querido que un acto de energía de Jacinto frustrase su deseo. La carne tiene sus presentimientos también...

Sentado en segundo plano, cerca del antepalco, casi de espaldas á la escena, él calculaba igual que en el templo, en tanto ella se daba á la admiración de la multitud. Al aparecer el bailarín, María Paz sintió un latido semejante al que sintiera en la entrada general del otro teatro al conocer á su esposo, pero más vivo, más eléctrico, no hecho de simpatía y de dulzura casi maternas, sino de áspero ardor. Desde el escenario la cara granuja del bailarín se volvió hacia ella y las dos miradas se cruzaron en un profundo instante. Y las dos manos formadas por los párpados y las pestañas se entornaron para acariciar la imagen viril.

Si Regina y Julia Aldecoa hubieran podido ver la humedad de sus ojos y el palpitar de su busto, sin necesidad de conocer sus pensamientos de tantas noches mientras Jacinto sembraba signos y cifras bajo la serena luz de la pantalla, se hubieran dicho con maligna certeza:

—¡Al fin te llegó la hora, María Guerra! Ya nos podemos morir tranquilas.



CAPITULO SEGUNDO



T

ARDARON en hallarse frente á frente, cerca las miradas, en contacto las manos y sabiendo cada uno á cómo sonaba la voz del otro.

Pero desde tiempo ya no se ignoraban la mutua atracción. María Paz quiso luchar al principio contra el dominio invasor de aquel hombre en sus ideas despiertas y en sus deseos soñados. Era una presencia cálida, envolvente, que la escandecía toda, que la ruborizaba, como un delito ya consumado, ante los ojos devotos de Jacinto. No podía sustraerse al afán de ver, desde la sombra discreta de un palco—á la que acudía algunas tardes con el temor y la precaución de á una cita clandestina—, moverse rítmico, elástico, el cuerpo de Tino Uría, acusado por la luz persecutora de los reflectores.

En los brazos del bailarín, la pareja—una francesita menuda, dúctil, en cuyo rostro el maquillado tenía algo de trágica máscara—parecía uno de esos muñecos de tisú, blandos de brazos y piernas flotantes, de cuerpos sin solidez, que el capricho subalterno de tantos cogen ó abandonan sobre las camas turcas y los sillones. Nada de ella, ni aún para los hombres, importaba. Era sólo él, Tino Uría, quien colmaba el teatrillo céntrico y cumplía sobre el escenario la promesa de los carteles esparcidos por todo Madrid del bailarín con silueta de galán argentino y su rostro de pilluelo pálido, desnuda la dentadura lobuna por una risa cínica.

No obstante, María Paz sentía malestar de aquel abandono sumiso de la francesita á la violencia voluptuosa del danzarín; envidiaba la floja y sumisa entrega, que la transformaba en un pelele reluciente con rostro de muerta de amor, y la enfurecía ver cómo á veces en él la expresión desdeñosa ó preocupada de no descomponer la línea ondulante de un vals, adquiría fugitivas simulaciones de avidez demasiado cerca de los labios bermellón de su *partenaire*.

Entonces perdía el miedo á ser vista, á ser deseada por desconocidos, contagiados del sortilegio erótico del baile, y avanzaba sobre la barandilla del palco en una violenta imploración que misteriosamente era correspondida. Porque Tino, sin dejar de tener en sus brazos al pretexto femenino, buscaba los otros labios lejanos, altos, inaccesibles, de la espectadora, y sus dientes de aventurero joven se apretaban al sonreír, como si mordieran su carnosa y roja pulpa de fruto. Ya las miradas del danzarín no dejaban de buscarla con tales audacia y persistencia que tiraban hacia ella las del público. Y María Paz, avergonzada y dichosa á un tiempo mismo, retrocedía, buscaba el frescor de la sombra y bajaba los dedos de los párpados lentamente, cariciosamente, para conservar en el pensamiento la integridad sensual de lo supuesto al choque de las miradas.

Luego, cada retorno á casa, al reentrar en aquella atmósfera de adoración tranquila y buena que cada vez Jacinto Cienfuegos iba poniendo entre él y su esposa, María Paz inventaba mentiras distintas.

—¿Dónde has estado?—preguntaba él sin desconfianza.

María Paz decía un nombre de amiga, un sitio acostumbrado en otras tardes, algún teatro.

—¿Lo has pasado bien? ¿Te has divertido?—volvía á preguntar Jacinto, la voz tranquila, los ojos serenos; sonriente y feliz ante la idea de que no pesaran sobre ella las horas de trabajo de él.

Y se disponía á escuchar sin perder del todo el contacto con las tareas recién dejadas, con las anticipaciones de la futura.

María Paz sufría el sofoco de esta mentira cotidiana, traducida en palabras, pero latente ya á todas horas en sus silencios largos, en sus arrobos súbitos, en los desencantos crecientes de la intimidad conyugal, donde buscaba asidero y defensa inútilmente contra la pasión, más fuerte que la gratitud y el respeto á Jacinto.

Pero éstos tampoco decrecían. Al contrario. El marido cobraba nueva grandeza, le descubría cualidades inéditas; se definían más y mejor otras ya conocidas y estimadas. Al tiempo que la enfebrecía una curiosidad malsana de hablar, de oír, de estar junto á Tino Uría, y mientras en la turbulencia involuntaria de los sueños, la traza de señorito granuja del danzarín acudía como un incubo, la otra forma viril y noble de Jacinto Cienfuegos se desmaterializaba y despojaba de apariencias terrenales para adquirir el valor de un símbolo y la belleza suprema de un dios.

Nada la llenaba, pues, de tanta confusión como oírle á él repetir, con la voz de los diálogos prenupciales, las alabanzas á la diosa que no dejaba de seguir viendo en ella.

Porque María Paz se sabía indigna de aquel culto, sentía deshacerse su orgullo de deidad concedido generosamente á las súplicas de un hombre, para no ser ya sino una pobre mujer ávida de las caricias de otro hombre, también á ras de tierra, también consumido de las mismas bajas lubricidades.

Habría creído gritarle al marido:

—No. No me llames ya tu diosa. Eres tú quien, sin saberlo, te alejas de mí para ser más que mi adorador y mi deudor de dicha. Tú, en quien veo ahora el dios de la bondad serena, del pensamiento elevado, del ideal especulativo.

Pero hubiera tenido que gritarlo con los ojos cerrados, porque viéndole delante de ella, sintiéndose codiciada por él, simplemente escuchándole hablar, le faltaba el valor para despertar sospechas en el alma existente sólo para el amor de ella y el culto de su ciencia. Y si cerraba los ojos y asordaba los oídos, surgía enseguida la figura de Tino Uría y sonaban las músicas que regulaban sus danzas, y entre los brazos del bailarín la frágil francesa de la cabecita trágicamente maquillada y los miembros laxos, deshuesados, con piel floja y brillante de tisú, se transformaba en ella misma, fuerte, maciza, arrogante, como una Juno caída en el frenesí de una bacante de tíaso dionisiaco.

Era así como creía estar ahora, ante los ojos de muchos, en la fiesta de caridad, donde no habían sido admitidas más que gentes alcurniadas ó de nombres que despertaban ecos en las crónicas de sociedad y en la política. Formaban, sin embargo, una pareja correcta entre las demás no tanto, que obedecían á las modulaciones gachonas y sensibleras de los tangos anteriores á la guerra. También con un embajador bailaba la gran cupletista, y con una condesa el gran barítono, ó la *partenaire* de Tino Uría enseñaba á no retorcerse demasiado al hijo del presidente del Consejo.

María Paz fué atraída por el anuncio de que el bailarín tomaría parte en la fiesta, además de otros artistas de circo. Tuvo el temor de que Cienfuegos la acompañase. Como aquel día, ya un poco lejano, en que por primera vez había de ver á Tino Uría, deseaba que el marido se negara á que fuesen los dos, ahora ansiaba ir sola con su amiga Conchita Valdés, ex compañera de colegio, un poco escritora, otro poco pintora, y divorciada del todo, después de una breve temporada conyugal.

No se atrevió á insistir, tremante de alegría, parca de palabras, para que él no descubriese el júbilo en su acento, cuando Jacinto mostró la resistencia de siempre á abandonar su cuarto de estudio y su biblioteca por el holgorio mundano.

—Si te empeñas iría... Pero sabes que prefiero esto... Yo me aburro en esos sitios... Además, no vas sola. Te acompaña Concha. ¿Eh? Y cogiéndola una mano, la buscaba el asentimiento ó la disconformidad en los ojos, dispuesto á sacrificarse.

—Bien... Bien... Sí. Lo comprendo... Como tú quieras.

Jacinto, con un leve tironcillo, la trajo hasta él. Iguales de estatura, sus bocas coincidían fácilmente. Sin embargo, María inclinó la cabeza sobre el pecho, y el beso de él encontró la frente en vez de los labios. Un beso largo, suave, casi paternal. «¡Si los pensamientos pudieran sorberse!», imaginó ella, aumentada su zozobra.

Luego, fácilmente, por la complicidad social, que aceptaba á Tino Uría, «muchacho de buena familia», tuteándose con no pocas honestas solteras y algunas menos honestas casadas de apellidos notorios, fueron presentados el uno al otro.

El bailarín, al darle la mano, fué como si tomara posesión de María Paz, que á través de las pestañas de sus párpados de miope le veía demasiado cerca los dientes lobunos, la sonrisa jactanciosa.

—Es curioso, señora. Diríase que nos conocíamos de antes.



Tenía la voz algo agria, lijada por el alcohol y las madrugadas crapulosas. A María Paz le desagradó. Raspaba en los oídos con sus aristas secas.

Concha Valdés intervino:

—La habrá visto usted desde el escenario. María y yo vamos bastante á verle bailar á usted.

—¡Ah!... Espere, espere... En un palco principal algunas veces, á la izquierda, el tercero, ¿no?

—Justo.

María Paz se atrevió entonces á decir:

—Sí; me gusta ver bailar... No es sólo á su teatro. Voy siempre donde sé que lo hacen bien. Llego á olvidarme de quién es el que baila...

Tino Uría se inclinó sonriendo.

—Claro... Claro... ¿Y usted cree que yo, en ese orden de impersonalización, no lo hago mal del todo?

—¡Oh, no! Baila usted muy bien, y su... pareja también. Se nota que llevan ustedes mucho tiempo juntos...

—No lo crea. Germaine es una compañera reciente. La traje de París cuando me decidí á debutar aquí. Lo que pasa es que se adapta bien á mi estilo.

—Sí. Se ve enseguida. Una identificación absoluta.

El rió levantando la cabeza, girando la mirada en torno suyo, como si quisiera cerciorarse de que no había gente cerca para oír lo que iba á contestar:

—Tampoco. Compañera de trabajo nada más. Eso es lo que hace de ella la *partenaire* excelente. La necesidad de cumplir con su obligación, de ganar su sueldo de sombra ó de eco. De otro modo, tendría rasgos propios, exigencias de destacarse que anularían mi trabajo. ¿Comprende?

María Paz comprendió más de lo que él quería dar á entender. Comprendió incluso que en aquel mozo esbelto, acostumbrado á derrochar el dinero y á cotizar su elegancia física y social, había un hombre temible, frío, egoísta, dispuesto siempre á los primeros planos. Y ello la desagradó tanto como la voz rota, chirriante. Pero entonces, ¿por qué no podía separar la mirada de la suya, hasta el punto de que el bailarín estaría en sus pupilas como en su propia alma? ¿Por qué sentía aquel frío en los dedos y una tibieza honda en las entrañas que dirfese elevaba hasta la garganta su vaho asfixiante? ¿Y por qué no tuvo valor para negarse cuando él, al oír que la orquesta empezaba un tango dulzón, como una de esas frutas tibias del trópico que perfuman la boca y tornan peguntosa la barbilla, abría los brazos invitándola:

—¿Querría usted hacerme el honor de bailar conmigo?

Concha Valdés la empujó discretamente.

Y se vió de pronto en medio de las otras parejas, que se apartaban, ingrátida, á pesar de su arrogancia carnal, pequeñita y dócil á la fortaleza languorosa del bailarín.

El la dirigía con mano segura y firme, pero con un respeto afectado y excesivo, que parecía el de un profesor. No sonreía; lo que quiere decir que ocultaba los dientes. No hablaba; lo que suponía borrar la impresión desagradable de su voz. Pero poco á poco, disipado el primer momento de curiosidad en los otros y confundidos ambos entre las demás parejas, María Paz notó que él acercaba suavemente la boca á su oído y murmuraba:

—Muchas gracias, señora... ¡Si supiera cómo deseaba este momento! Lo creía imposible. Siempre que salía á escena la buscaba á usted allá en lo alto y en lo oscuro del palco. ¿No lo advertía? Bailaba para usted nada más, para la mujer inaccesible. Y de pronto está usted aquí, en mis brazos. Es una cosa de milagro. Como una diosa que desciende hasta el mísero mortal. ¿Qué le pasa? ¿La molesto á usted?

—¡Oh, no!... Pero cálese...

La sobresaltó la coincidencia fatal, el retornelo de las otras palabras de Jacinto el día en que ella subió al paraíso, la realidad fascinadora de cuanto pensara de sí misma cayendo desde el hogar hacia Dios sabe qué encendidos abismos.

—¿Por qué?

—Es que me aturdo... No sé... La gente puede reírse de mi torpeza... Yo no soy una compañera como...

La interrumpió de nuevo la voz ronca, imperativa; pero á María de la Paz aquel murmullo caliente en sus mejillas ya no le sonaba mal, ni seco, ni áspero. Era una canturía arrullante, adormecedora.

Una tarde de Noviembre, á la hora vaga, imprecisa, cuando los contornos de los muebles comienzan á naufragar en la penumbra, y á través del esmeril lico de los cristales las luminarias de la ciudad encienden sus guiños, María de la Paz, refugiada ella contra sí misma, contra su voluntad, ganada por el otro, se levantó asustada al oír la voz del marido.

—¡María Paz! ¡María Paz! ¿Dónde estás?

Y bruscamente irrumpió en la habitación. Una mano hizo la luz. En la otra agitaba un papel.

Tan contento de lo que iba á decir, no advirtió enseguida el sobresalto de su mujer.

—Mira, mira... ¿Quieres ir á América?

—¡A América! ¿Yo?

Llegaba á punto la pregunta. Era más de un mes resistiéndose á la entrega. Dándose poco á poco en entrevistas furtivas, en paseatas lejanas por sitios solitarios, en cartas fatales que la aturdían y enardecían como perfumes demasiado fuertes. Y no sólo ella era la apasionada, la consumida en el afán del amor que cambiaba la arcilla cálida de su cuerpo en una de esas piezas que los hornos cerámicos esmaltan magníficamente á costa de resquebrajaduras como cicatrices de fuego, sino él también. Tino Uría notaba que nunca ninguna otra mujer le causó la bárbara codicia, el anhelo turbulento que María Paz. Y, sin embargo, nada irremediable entre ellos todavía. El piso que Tino Uría alquiló y amuebló en una calle de las afueras, donde Madrid pudo sonreír y se transformó en un desfiladero de edificios ingentes que muestran las muecas superpuestas de las dentaduras de sus ventanas, permanecía sin estrenar, aguardando las entrevistas futuras.

María de la Paz se escondía, se acurrucaba en su pasado, procuraba permanecer cerca del Protector inconsciente, se obstinaba en no salir muchas tardes, en no disculparse ni avisar al amigo, que la aguardaba horas y horas inútilmente... Impulsos la daban de caer á los pies de Jacinto y rogarle que la defendiera, que la arrebatara de aquella pasión en que iba á destruirse por completo la estatua immaculada que era el amor de ella en el espíritu de Jacinto. «Si nos fuéramos de España. ¡A América!», pensó más de una vez.

Y he aquí que, de pronto, el marido mismo venía á proponerle, iluminando bruscamente la habitación y la conciencia de María Paz.

—¿Eh? ¿Qué te parece? ¿Nos vamos? ¿Acepto?

Hablaba radiante de alegría, agitando el papel, con una prisa infantil.

—¡Mira! ¡Mira! El Gobierno de Chile me invita para un curso breve de conferencias y para fundar allí una Academia de Ciencias. Y... verás..., verás...

Leía atropelladamente la carta, gritaba casi la cuantía de la oferta, muchos miles de pesetas, que á su fantasía de sabio pobre era una suma fabulosa. Veía, además, algo semejante á la posible restitución, á la equivalencia de ingresos que la fortuna personal de María Paz no tuvo todavía en el presupuesto conyugal.

—¿Eh? ¿Qué dices? ¡Contesta! ¿Qué te pasa?

Sólo entonces se dió cuenta de que María Paz estaba llorando, de que la había sorprendido á obscuras, de que no contestó á sus llamadas.

—¿Qué tienes, mi vida? ¿Qué hacías aquí, callada, sola?

Súbitamente se sucedían las revelaciones. La veía de pronto más delgada, pálida, con oscuros livores en torno de los ojos, con un profundo rictus de amargura en sus labios de fruta.

—¿Tú no estás bien, María Paz? ¿Qué te pasa? .. Ya no sales como antes. No vas al teatro, no te diviertes. ¿Es esto, verdad? ¿Te aburres conmigo?

Se le nublabá de sollozos la voz. La miraba suplicante. Se dejó caer á los pies de ella, que estaba sentada. La abrazó las piernas y buscaba su rostro en una imploración infinita.

María Paz le pasó la mano por la cabeza.



—Pobre Cinto mío. No pienses en ello. No me pasa nada. Es que trabajas demasiado.

—¡Bah! No lo creas. Es un placer. Lo sabes bien. Por eso, tanto como el gozo de partir y de ganar dinero veo en esta proposición la perspectiva de ampliar mi labor y conquistar nuevos discípulos... Verás. Vamos á leer despacio.

Mientras él leía, María de la Paz ya no pensaba en salvarse de Tino Uría huyendo de él, sino en ser libremente suya, mientras Jacinto Cienfuegos, lejos de España, no sería ya el Acusador inconsciente, lleno de ternura y de solicitud...

¿Fué casualidad? ¿Consecuencia de pesquisas propias ó ajenas? ¿Encuentro provocado cuando ya ellas estaban seguras de no equivocarse? María Paz no lo supo nunca. Pero lo cierto es que, ya empezado Junio, transcurridos cerca de siete meses de la marcha de Jacinto Cienfuegos á Chile, María Paz las vió de nuevo erguidas, acusadoras, interviniendo en su vida.

Ellos iban descuidados de cuanto no fuera el gozo de pasáear en la claridad matinal por las cercanías de la casa donde cada día les ligaba más el uno al otro. María Paz, colgada del brazo de Tino, elevaba hacia él sus ojos húmedos, su boca insaciable, las finas aletas de la nariz respingona. Tropezaban al andar, más torpe ella por como el embarazo ya hacía más pesada, más indolente, su corpulencia. Sin embargo, más que en la apenas perceptible deformación del vientre y en el vago, lento anadeo, que podía confundirse con la sensual calma de las paseatas de amantes, se adivinaba, en aquella triunfal expresión de gratitud que María Paz ofrecía á la mirada del bailarín, la maternidad futura.

Largos silencios, palabras sueltas, ajenas á ellos mismos y á la gran inquietud de antes, adormecida, al fin, por la impunidad dichosa, recogían el encanto del momento. Ni aun los proyectos de otras horas, cuando se planeaba buscar fuera de España el sitio donde ella diese á luz. Ni las vagas alusiones al marido, que puntualmente, cada correo, escribía cartas, no leídas nunca del todo, y que prolongaba la estada en Santiago de Chile. Dirigía la Escuela de Ciencias fundada por él; preparaba una serie de conferencias, llamado por otros centros universitarios americanos...

¿Cómo había de pensar María Paz en las Aldecoa, en las remotas pretensiones tutelares que papá Terry cortó enérgicamente, arrelatándola al caserón del viejo Madrid?

Y, sin embargo, tuvo algo como un aviso telepático de su presencia, y volvió la cabeza, asustada.

—¿Qué miras?—preguntó Tino.

—Nada... No sé... Es raro... Era esa sensación de que alguien nos obliga á buscarle con los ojos.

Se echó á reír, se apretujó más contra él con felina coquetería.

—¡Qué bien, chico!... Este sol la dice á una ciertas cosas...

Prometedora avidez en las pupilas húmedas, que reflejaban el color de las del hombre, en los labios gordezuelos, repentinamente secos, insaciables.

El se burlaba, engallado, satisfecho.

—Parece mentira... ¡Casi una señora mamá!...

—¡Bah! Todavía...

Pero se le hizo mueca la sonrisa un poco boba del deseo, que precede á la estática, á la pálida seriedad. Tuvo como el presagio de que la maternidad les separase el día de mañana.

—¡Oh! ¿Qué has pensado tú?... Nada, ¿oyes?, nada quiero entre tú y yo. Ni esto que significa tanto. No me hagas que lo quiera mal antes de nacer. ¿Oyes? ¿Tú crees que perderé para ti después? Tengo miedo á no gustarte luego... Dímelo. ¡No te rías! ¡No te rías! ¡Mírame! Así, cara á cara...

Libertó su brazo del de Tino y se puso delante, deteniéndole, sujetándole por los hombros, sin cuidarse de que estaban en medio de la calle.

Tino reía.

—¡Mujer! ¡Qué locura!... Vamos, suelta, que puedes llamar la atención. Nos están mirando dos loros.

—¿Dos, nada menos?—bromeó ella—. ¿Dónde?

Y al volver la cabeza se encontró con Regina y Julia Aldecoa, que venían por la acera de enfrente, más flacas, más arrugadas, más feas, más de negro que nunca, pero erguidas todavía y con una feroz expresión de alegría en el rostro. No dejaron de mirarla hasta que llegaron á ellos. Entonces bajaron los párpados y, afectando desdén, pasaron de largo, sin saludar.

La misma tarde María Paz fué á casa de las Aldecoa. La impulsaba no un sentimiento de cobardía, sino de piedad hacia el marido.

Lo de menos era ella ni cuanto pudiera significar el desprecio de aquel pequeño mundo, cada día más reducido, que frecuentaba el salón de Regina y de Julia. Lo que importaba era que las euménides no se apresurasen á escribir á Jacinto Cienfuegos, á quien la distancia aun idealizaba y engrandecía más á los ojos de María Paz.

Inútiles las consideraciones, las advertencias de Tino, que no imaginaba tan desesperado el caso. Incluso aventuró la posibilidad de una ventaja. Más de una vez le había pasado por la imaginación la idea de que María Paz abandonara al marido y viniese á él con toda su fortuna.

—Después de todo..., ¿qué? ¿No decías que no quisieras que nada, ni nuestro hijo, nos separase?...

—Bien, sí. Pero Jacinto antes que tú y que yo.

—¿En ti misma?

María Paz se llevó las manos á las sienes y se las apretó fuertemente.

—No me preguntes... No me hagas sufrir más... Tú eres para mí una cosa. Jacinto, otra. No lo comprenderías nunca. Soy tuya, pero no podría nunca hacerme á la idea de verme despreciada por él, ni menos todavía á suponerle desgraciado por mi culpa. Y no hablemos de esto, Tino, te lo suplico. Me volvería loca... Es preciso, preciso, que yo hable á esas mujeres.

—Pero si no te recibirán. No han querido saludarte. Acaso están enteradas de todo hace tiempo.

—Déjame, Tino, déjame. Quiero convencerme por mí misma. ¡Y no puedes imaginarte lo que supone para mí volver á aquella casa!

Pero volvió. La parecía, al penetrar en las rúas estrechas, frescas, sombrías del antiguo Madrid—rumorosas á aquella hora crepuscular de una tarde de Junio, á voces infantiles que entonaban arcaicas canciones de corro y á campanas de conventos é iglesias de otros siglos—que caía en su propio pasado, que iba á renunciar á cuanto la vida podía ofrecerle aún.

Estuvo á punto de retroceder en el portal de la casona, oquedoso y obscuro, donde nada había cambiado, con el escudo de piedra carcomida, y con la puertecita de cristales, donde la silueta de la portera, mas vieja aún que las Aldecoa, insinuaba un borroso perfil de daguerreotipo.

Subió despacio, muy despacio, las escaleras, sintiendo en las plantas de los pies y ascenderle por las piernas un frío de panteón.

Todavía vaciló antes de llamar, hundiendo la mano en la cazoleta dorada de la campanilla. Y en un arranque súbito tiró del agarrador con tal violencia, que allá dentro debieron sobresaltarse los fatigados corazones de las dos viejas. Porque la campanilla sonaba otras veces con un goteo metálico que hacía pensar en sollozos, en quejidos de espectros en lo hondo de una casa encantada.

La acecharon por el ventanillo. Adivinó el rostro duro de la viuda.

—Abra usted, doña Regina. Soy yo...

Cerraron el ventanillo sin ruido, sin contestar.

Detrás de la puerta cuchicheaban las dos hermanas. Discutían, sin duda. Acaso no la recibieran. Pasó un rato, que á María Paz le pareció larguísimo, y cuando ya se disponía á llamar de nuevo, oyó la voz de Julia, que decía en voz demasiado alta:

—¡Chical! ¡Ramona! ¿No oíste la campanilla?

La criada la pasó al salón de las arañas envidadas de verde, de los muebles isabelinos, y los lienzos bituminosos y las consolas doradas, con relojes, parados hacía años, y fanales polvorientos que protegían flores de cera. Sus pasos no hicieron tintinear los cristales ni crujir la

madera del suelo. Avanzaba á tientas por entre las fantasmales formas de los sillones enfundados de blanco. Sólo una débil claridad de día muriente pasaba á través de las persianas caídas ante el barandal de hierro.

Una detrás de otra, sin ruido, sin prisa, entraron las dos hermanas. María de la Paz quiso abrazarlas; pero ellas suavemente lo evitaron.

—Siéntate, siéntate, María Guerra: ¿Qué te trae por aquí, después de...?

—De lo de hoy, ¿verdad?—interrumpió irreflexiva.

—No. Después de tantos años. ¿Seis, Julia? ¿Ocho?

—Siete largos, Regina, que esta chica se separó de nosotras. Y ¿para qué?... ¡Ay, María Guerra! ¡María Guerra! Ya ves cómo no nos hemos engañado. Tenías que acabar mal... Dios no ha querido evitarnos el dolor de esta vergüenza. Alabado sea su nombre, y acatemos su fallo. Pero es muy triste para nosotras, que te queríamos como una hija, verte así.

María Paz las dejaba hablar. Ellas se animaban poco á poco, se quitaban una á otra la palabra; añadían recuerdos, evocaban profecías, reprochaban antecedentes familiares. Por el salón isabelino, donde los

ex de cada jueves cambiaban sus murmuraciones, pasaron la sombra de los padres de María Paz: la garrida compañera de colegio de hacía treinta años, el francés con la absurda corbata de lacito y el chaqué; pasó también la otra figura de la semimadrastra francesa que las sustituyó á ellas, ¡á ellas!, en la educación de María Paz. Y, por último, Jacinto Cienfuegos, tan caballeroso, tan apasionado.

Entonces María Paz las interrumpió:

—Es por él por quien he venido...

Las hermanas se miraron estupefactas.

—¿Por él? ¿Aquí?

—Sí. Yo les suplico, las ruego en memoria de mi madre, en memoria de los años que viví aquí con ustedes, que procuren no decirle nunca nada, que lo ignore todo.

—¿Pero...!

—¿Que nosotras, te...?

Fué una imploración humillada, desgarradora; un clamor desde los profundos en que las Aldecoa pintaron había caído; una ratificación—extraña para el simplicismo sentimental de las dos viejas—de aquel amor limpio de toda concupiscencia que María Paz conservaba á su marido.

—¿Pero tú sabes lo que nos pides?

—¿Ser tu cómplice?...

—¿Por quién nos tomas?

—¿Por unas pérdidas como tú?

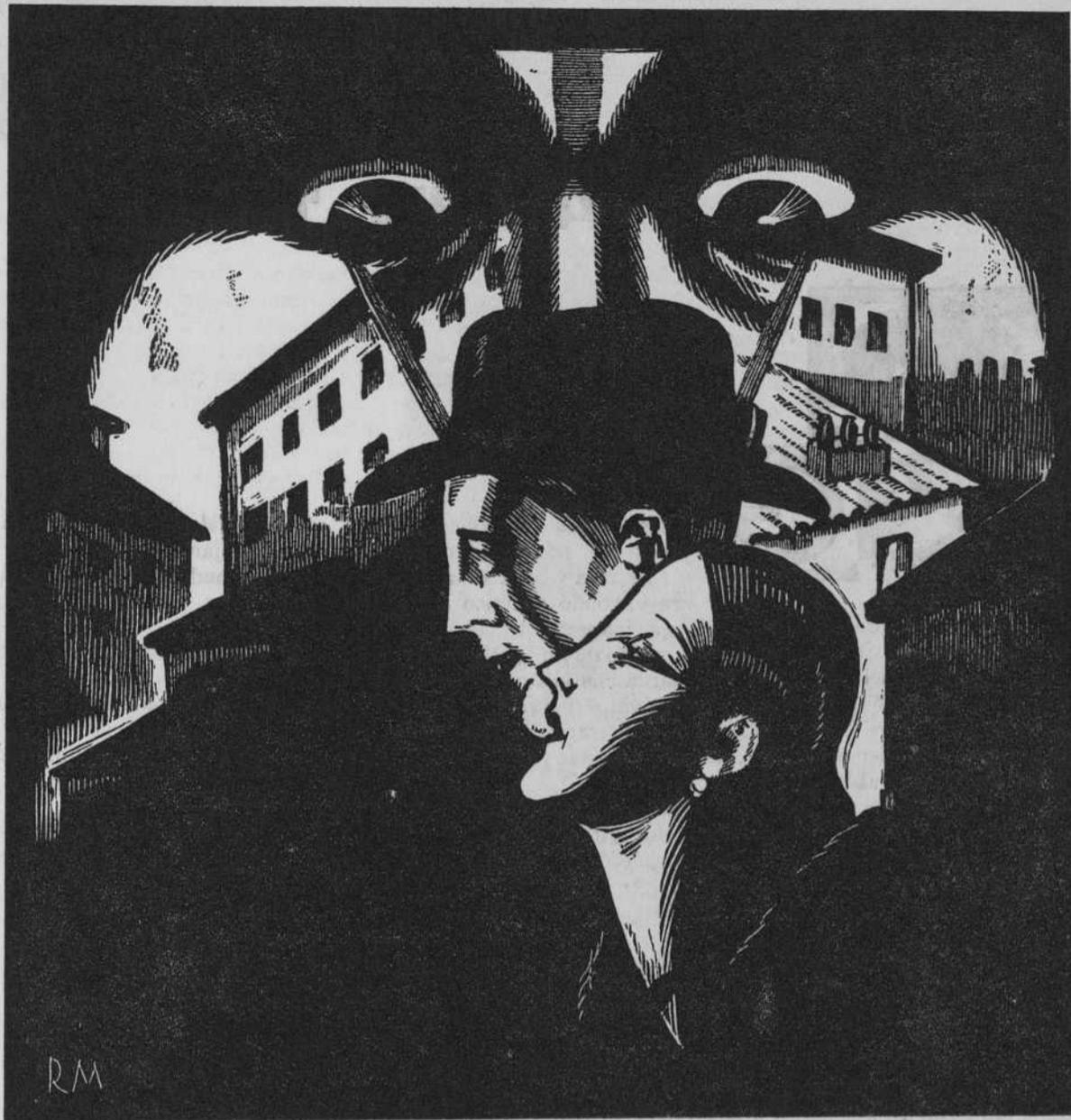
María Paz entonces, fuera de sí, añadió un nuevo motivo para la lástima hacia ella y de respeto á Jacinto. Insinuó la posibilidad del hijo...

Julia y Regina se levantaron á un tiempo. La cogieron entre las dos, la llevaron hacia la luz; la palpaban, la miraban de cerca el rostro barnizado de lágrimas... Una mezcla de esperanza de sus fallidos instintos maternos de otrora y de malsana curiosidad sexual las estremecía.

—¿Pero estás segura?

—¿Y si fuera una niña?

María Paz estaba arrepentida ya de haber dejado escapar el secreto. Presentía que nuevamente las Aldecoa soñaban con apoderarse de otra María Paz, chiquita, moldeable á sus caprichos y sin que un padre legítimo pudiera arrebatársela...



CAPITULO TERCERO



RACIAS, gracias—insiste en alta voz, empañado el acento, moldeadas las letras con íntima gratitud. Sorprendente, porque la mujer habla con un pájaro.

Le mira y goza al hallarle tan liviano, menudo y feliz dentro de su enorme cantar, un trino raudó, grave, hondo, patético en su misteriosa belleza. Y agradece el sobrehumano don como una compañía sublime, una dulzura balsámica y fresca, inapreciable.

La muchacha, casi niña, sola en el cuarto de un hotel madrileño, lo mismo que cuando sale donde bulle el gentío y parece imposible la soledad, está impaciente, nerviosa; aguarda una visita de mucha transcendencia, una revelación casi de ultratumba, á juzgar por los avisos, las precauciones, los detalles oscuros y pávidos que rodean la solicitud. Le pidieron reiteradas veces aquella entrevista, por teléfono, por cartas, y, al fin, por la mediación de su empresario, Tirso Vidal, que paternalmente le ha dicho:

—Oye, nena: tienes que ver á esa bruja que te ronda y que ya nos trae locos. Para mí es una obsesión, un fastidio: me persegue con una tenacidad insoportable.

—Es que me da miedo ir á su casa.

—¿Miedo, á ti? .. ¡Vamos!—sonrió don Tirso, incrédulo

—Me han contado que vive en un caserón antiquísimo, lleno de miasmas, punto menos que ancestrales; con un gato negro, una lechuza y una baraja «echadora».

—¿Lo crees?

—Lo dudo

—Y tú, que eres tan moderna, poco aficionada á las antigüedades...

—Sí, señor; modernísima, en cuanto á la higiene del cuerpo... y del alma.

—¡Incorruptible!

—Hasta ahora...

—Y hasta después; un caso excepcional. Hija de un bailarín tronera y malviviente y de una...

Pero la muchacha le interrumpió, enérgica y triste:

—No tiene usted derecho á recordarme culpas que no he cometido.

—Es verdad. Ni tuve esa intención; quise más bien alabar en ti el ejemplo, realmente admirable.

—Deje usted eso... Ibamos en lo de la bruja; doña..., ¿quién?

—Regina Aldecoa. Un carcamal, convertido en demonio. Dice que fué amiga de tu abuela, que posee noticias fundamentales de tu niñez... Y las relaciona de un modo siniestro con tu día presente.

Como la joven inclinase la cabeza en muda actitud, le allanó don Tirso dos soluciones, á escoger:

—O la recibes y se aclara ese enigma, ó la denuncio para que nos deje tranquilos. Es de muy mal efecto su aparición sistemática en el teatro á la hora de la tertulia, cuando sabe que estoy allí con amigos y asuntos de interés. Se nos presenta como un fantasma diabólico, un presagio maligno que nos cohibe y repugna. Y está dando que decir.

—¿Tan atroz es su aspecto?—preguntó la muchacha, llena de curiosidad.

Y el empresario repuso, entre mitólogo y aprensivo:

—Una verdadera Erinia: la Furia clásica. Hace ya muchos años que ella, más otra consorte y rival, hermana suya, actuaban en Madrid como arpías nacionales, especie de agitadoras del remordimiento en los delitos amorosos, con aptitudes de infernal adivinación. Las conocía todo el mundo, y eran á veces causa de enfermizas diversiones y mordaces apuestas, porque no escapaba á sus ojos de lince ni un solo amago de caída femenil en la zona de sus amistades, muchas y aun distinguidas, que así es la «buena sociedad» de contradictoria y cruel. Hasta que se llevó la trampa á una de las viejas, y por algún tiempo desapareció la otra de la circulación. Había entorpecido su puerta con una rendija zahorí, por donde ahora sale, augural y matusalén como nunca. Por lo visto, le seduce tu juventud, preciosa en la tierra y en el arte, los antecedentes novelescos de tu vida, y sobre todo la extraña coincidencia de haberse enamorado de ti, entre muchos, el único hombre que no te podía enamorar.

—¡Calle usted!... El no sabe...

—Sí. A menudo se repite aquello de: *Todo Madrid lo sabía, todo Madrid menos él...*

Este discurso del empresario fué habilidoso. Tendieron sus palabras, finas y sagaces, á esclarecer el dramático destino de Blanca Uría, entrar en su velada conciencia y percibirle allí el hervor de los pensamientos. Siempre con respetuoso cuidado. Aquella mujer no se le parecía á ninguna cliente, de tantas y diversas como había conocido en su alternativa industrial.

Desde muchas distancias del planeta se vinieron á las manos de don Tirso multitud de artistas interesantes. Supo de numerosas condiciones humanas, criaturas grandes y pequeñas en lo físico y en lo moral. Pero no recordaba una expresión, un rostro y un carácter como el de esta pianista de diez y nueve años, seria y dulce, fuerte y señorial, dominadora extraordinaria de su profesión, dueña de singulares resortes artísticos y de un temperamento radioso y sensible, desconcertante. Porque detrás de la moza no quedaba ningún episodio de amor: ni un noviazgo, ni unas relaciones de asidua galantería, ni un simple *flirt*.

Y sus éxitos musicales magníficos, su atrayente hermosura, el encanto de su misma soledad bajo la penumbra de un origen escandaloso, atraían sobre ella innumerables pretendientes, toda una corte de homenajes y solicitudes; logreros que buscan la ocasión y la ventaja; hombres prácticos y generosos que ofrecen una renta á cambio de una exclusiva, con cierta honradez elemental; galanes más espléndidos aún, que «piden la mano» y arrumban á la Vicaría llenos de arrestado frenesí.

Cualquiera astucia de la sensualidad ó el amor parecía lógica cerca de la muchacha inexperta y débil, cuya presentación en Madrid tuvo una fortuna sensacional. Y su empresario llegó á sentirse herido en el orgullo ante el desdén con que la pianista famosa daba, con la pasión caliente de sus ojos, el hielo puro de sus negativas. Don Tirso Vidal no se podía lucir, fuera del público escenario con la belleza de Blanca, ni hallaba excusa para ejercer sus paternos desvelos junto á la niña independiente, á quien ningún apoyo le era preciso.

El día que hablaron de Regina Aldecoa fué para Vidal casi un triunfo el ver á la muchacha irresoluta y endable. Ella, de continuo tan decidida, ignorante de vacilaciones y de incertidumbres, se detuvo á pensar, dudosa, y obligada á decir algo, pronunció, transigiendo:

—A casa de esa señora no voy, de ninguna manera. Pero la recibiré en el Hotel, mañana por la tarde.
—Si tienes reparo en estar sola, si me necesitas...
—No, muchas gracias. Precisamente la entrevista que me pide es secreta.

Blanca había encontrado de nuevo su valiente energía; pero don Tirso, gran observador, creyó verla desfallecer un poco, debajo de las apariencias gentiles.

Y el canario es una llama crepitante, una lumbre amarilla que vuela y modula, un ser divino que se apasiona, febril.

¡Cuánto agradece la joven el calor celestial de los trinos y saltos que su compañero le prodiga!

Ella siente frío, está inerte, y el pájaro le da una excelsa impresión de fuego y de inquietud. Aquello es vivir y arder fuera de la responsable humanidad, con la sagrada calentura de los dioses.

Ha oído Blanca decir que á estas avecillas enamoradas y locas se les suele romper el corazón en los éxtasis de su música. Y piensa con celos recónditos: «¡Qué suerte vivir cantando y morir del propio inmenso cantar!...»

Una racha desapacible ha entrado en esta habitación del Hotel Florida, alegre, no obstante, y bien puesta en lo más céntrico de Madrid. No es raro que se enfrien los mejores gabinetes de alquiler si los ocupa un solo viajero entristecido.

La tarde, corta y decembrina, colorada de sol, aun relumbra fuera del cinto cortesano. Y Blanca la presiente enarbolada todavía sobre el torso azul de la sierra Vetónica. Desde allí vienen estos últimos resplandores que se extinguen en los cristales del balcón: hora de melancolía para la doble jaula donde tiemblan un pájaro y una mujer...

Pero alguien ha murmurado á la puerta:

—¿La señorita Blanca Uría?

Es una voz cavernosa. La muchacha palidece y se pone de pie.

—Adelante.

Queda una ráfaga obscura en el pasillo después que entra la visita. Se oye un andar menudo y el sordo taque de una muleta.

—Es la sirvienta, que me acompaña—dice Regina Aldecoa—; necesito que me den el brazo; ¡no puedo más!... Gracias á Dios que me recibes. Aquí estoy—se apoya en un bastón que tiene en el puño modelada una víbora, y se yergue todo lo posible, dominante, amenazadora—. Conque, ¿no me querías ver? ¿También tú me huyes, como «las demás»?...—no espera que la contesten y prosigue:—Te he conocido de lejos; eres guapa, aunque no tanto como tu madre; ahora, de cerca, te conoceré mejor. Vamos, ponte de cara á la luz, ¡así!

La niña, que parece muda, rehuye de verdad el contacto de unos dedos huesudos que se le posan en el hombro, y obedece, colocándose frente al balcón.

—Sí, sí; menos carne; menos campo de tentaciones; menos belleza. Pero tal vez más espíritu—prorrumpie la Erinia!

Su morbosa inclinación al castigo del pecado amoroso constituye una enfermedad progresiva, una más exaltada furia, con accesos de mentes. La desaparición de su hermana y socia contribuye á darle una crecida actividad contra los violadores de la sagrada Pureza. Es como un doble derecho que debe ejercer en memoria de Julia, prototipo de candor, arcángel de la castidad. Y tan llena de locura vive en las agonías de su vejez, que se encuentra con ánimos de perseguir, hasta en los infiernos, á los culpables del excesivo amor; igual que una verdadera hija de Aqueronte.

Se enrostra con la muchacha; le escudriña con voracidad toda la esbelta figura. Talle flexible y delgado, líneas muy sobrias, de adolescente; piel tostada por el aire y el sol, boca sensual, pálida sin el barniz químico; melena oscura, grandes pupilas incoloras, como las tuvo su madre; pero no miopes, al contrario. Ojos de esos que se multiplican en las cosas que ven, se bañan en los matices reflejados, se apropian la emoción y la luz de todas las vidas palpitantes, y á veces se quedan vacíos, vueltos á la misma substancia de su limpidez natural, que nada contiene, materia física de eclipse.

Ahora brillan atónitos sobre la negrura creciente de Regina Aldecoa y la claridad que disminuye en el cielo.

—¡María Paz, María Paz!—susurra la vieja con avidez—. Aquí tienes el fruto maligno de tu crimen, la señal escandalosa de tus liviandades, la continuación de una herencia maldita...

De pronto Blanca se aburre de tantos aspavientos y requisitorias, y especialmente de los insultos lastimeros de la arpía.

—¿A eso ha venido usted?—pregunta—. Siéntese—invita con hastío—, si tiene algo serio que decirme...

Era el pájaro un ovillo de oro, una flor jadeante, el ascua viva de un cantar; se había dormido en su columpio.

La bruja, sentada, con las manos encima del bastón, que se clava en el suelo, desenvuelve su retahíla.

—Sí; vengo á decirte cosas muy serias, por el bien de tu alma, hija mía; para que tomes un buen camino y te salves. Acaso estés á tiempo; eres muy joven, y pareces así, á primera vista, menos... menos... lúbrica, en comparación...

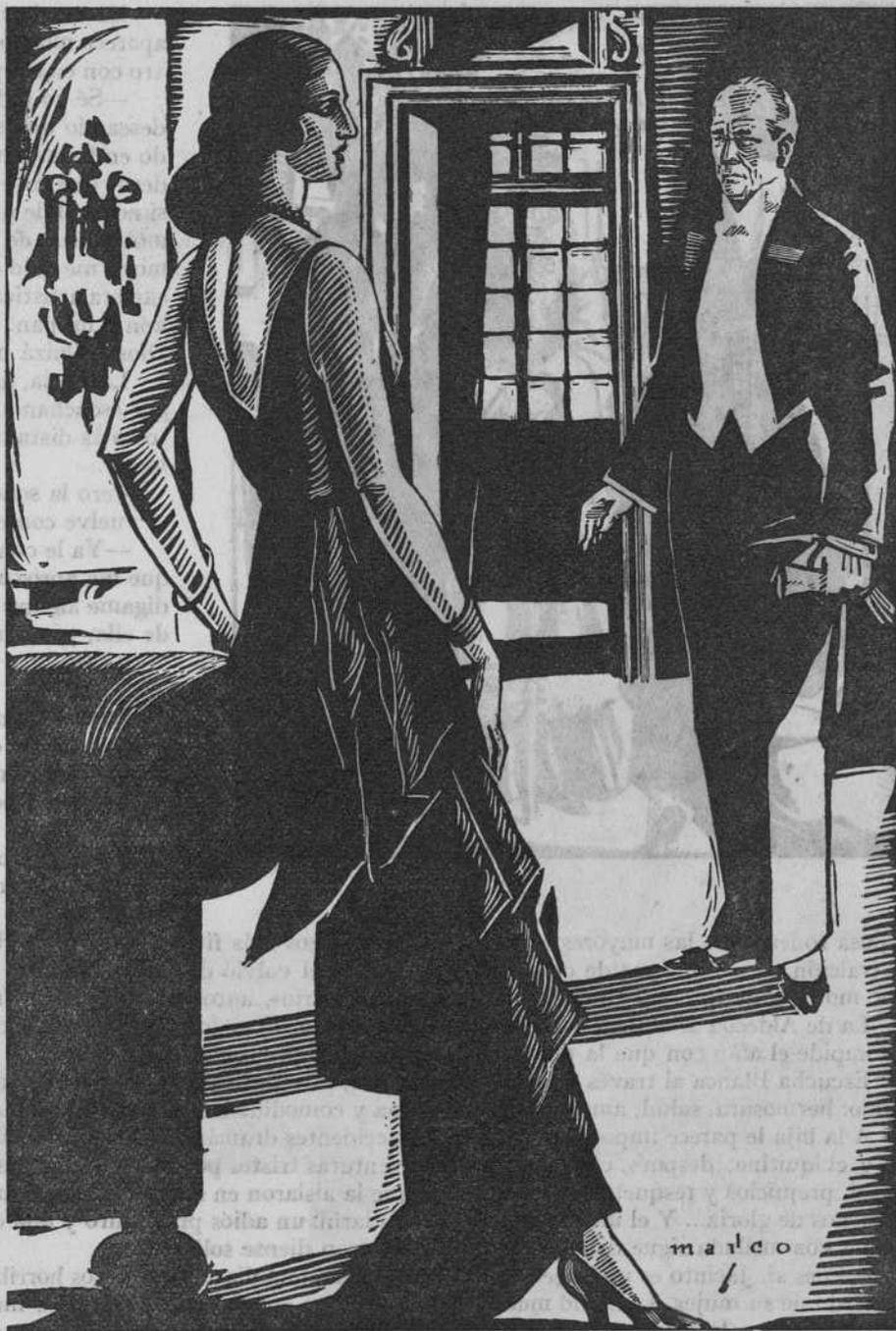
—Abrevie usted—interrumpe la moza, inclinado el perfil aguileño, un poco merovingio, atesada la voz, que á Regina le suena, con escándalo, maravillosamente.

—Pues verás. Tú naciste en París; que á tu madre le tiraba la tierra del papá, un señor á quien debéis parte de vuestra deshonra...

—Si usted me descubre el lugar de mi nacimiento y otras novedades por el estilo me voy á divertir.

—¡Niña, niña, aguarda; no te dispares con tanta rapidez!

—No puedo aguardar—decide Blanca, mientras la vieja tose y escupe, solmenando su vestidura, medrosa como un ramaje nocturno. Se cansa demasiado, hizo un esfuerzo terrible por conseguir la actual entrevista con largos trámites de persecución.





esposa rodeada de las mayores ternuras, de los halagos más finos y generosos. Hasta se dejó engañar, ciego de fe, extraño en absoluto á la traición, acaso incapaz de concebirla... Cuando él volvió de Chile, ya María Paz había regresado de París, viaje fácilmente explicado por motivos de interés. Todavía, desde «el otro barrio», autorizaba el abuelo franchute los trances ilegítimos.

La de Aldecoa se detiene fatigada. Su elocuencia surte en los portillos de la dentadura y se deshila gangosa, muy desagradable. Lo que no impide el afán con que la muchacha sorprende cada pormenor del relato.

Escucha Blanca al través de toda su presencia, y reconstruye, con envidia y ardor, el hogar feliz de su madre, que todo lo había conseguido: hermosura, salud, amor y honra, fortuna y comodidades, agasajos y admiraciones... ¿Cómo pudo no ser buena?

A la hija le parece imposible. Memora los accidentes dramáticos de su infancia: el colegio pobre, más bien un asilo benéfico, cuando era muy chiquitina; después, con su padre, las aventuras tristes por mar y tierra; las temporadas sin recursos, cerca del hambre; el abandono social, prejuicios y resquemores de la gente, que la aislaron en sus desdichas; el amancer tímido y precoz de su alma, codiciosa de arte; sus ensueños de gloria... Y el último traspiés del bailarín: un adiós prematuro y una desolada orfandad...

La voz mellada sigue diciendo al filo de un gran diente solitario:

—Pues sí, Jacinto es un ángel. Por él hemos callado Julia y yo secretos horribles, cosas atroces; y gracias á nosotras conserva un precioso recuerdo de su mujer. La cuidó muchísimo en su larga enfermedad y sintió su muerte como algo irreparable. Era un calto el que guardaba á su memoria... Digo *era* porque desde que tú llegaste á Madrid..., ¡vamos, que está desconocido! Se viste, se compone, se rejuvenece. Viejo no lo es, y hasta disimula bastante la edad; como si en esas encerronas de la sabiduría y el estudio no hallase el tiempo un resquicio por donde colarse... Y sucede, ¡claro!, que todo el mundo se ocupa de su enamoramiento. No se habla de otra cosa. Figúrate que, el inocente, descubre por ahí, con entusiasmo, su intención de pedirte en matrimonio... Estos sabios, hija mía, son una calamidad, y le ponen á uno en situaciones espantosas, porque yo...

Blanca le interrumpe otra vez.

—Espere. No me diga más.

Toda la noche está en los ojos de la moza. Le sube desde el corazón una tiniebla horrible que también le empaña el acento; sombra de rencores invencibles hacia la que malogró para ella un tesoro de exquisita felicidad.

Porque Blanca, en su aislamiento, con la experiencia trágica de su niñez, con la vida entera por delante, no concibe mejor refugio ni más solvente gozo que la posibilidad de su boda con el doctor Cienfuegos. Irse con él, habitar como dueña legítima la casa mancillada, el templo ilustre donde María Paz Terry hizo burla del amor, del honor y de los altos deberes maternos.

Ahora, de pronto, junto á la realidad de lo que debe perder, á la niña le parece doblemente suyo cuanto su madre profanó: el apellido, el hogar, el alma, la gloria y los brazos de Jacinto Cienfuegos. Le conoció cuando vino á Madrid, ya sabedora de que el engaño matrimonial había sido para él misericordioso. Le tuvo que agradecer flores, aplausos y homenajes desde su primer concierto, y desde aquel día le tendió la mano con respeto y beatitud, mediante una cierta afinidad de situaciones, como si existiera algún parentesco entre sus destinos. ¿No habían sido sacrificados los dos, impunemente, por una misma crueldad? ¿Y no pudiera obedecer á una predestinación de venganza el encuentro y las atracciones mutuas de las víctimas?

Blanca se estremece bajo el alcance que toma aquel oscuro designio de su vida. Le era menester cambiar el rumbo de los sentimientos. Y le asusta la idea de otra dirección. Más fácil le parecía retroceder y desandar los años en busca del no haber nacido. La rebeldía se levanta en su pecho como una interna fatalidad. Y deja caer las manos unidas en una crispatura lo mismo que si aprisionaran un dolor estéril.

—Yo—repite la Erinia, cansada de esperar licencia para hacer el resumen de sus propósitos—vengo á preguntarte: ¿evitas de una manera rotunda las pretensiones de Cienfuegos ó me veo precisada á enseñarle, por caridad, el abismo que se abre entre él y tú?

De un salto la niña enciende su lámpara, vuelve á sentarse y responde:

—Usted no le dirá ni una sola palabra de mí á ese señor.

La estatura de Blanca le ha parecido á doña Regina muy considerable en este momento. Su traza infantil se robustece con el aplomo de una criatura mayor. Está más bonita que nunca.

—Soy yo persona—dice—para resolver mis asuntos. Y no se apure, que no hay semejante abismo entre *ese hombre* y *esta mujer*.

Ha subrayado las frases; los labios, descoloridos, se le encienden con los fulgores de la expresión; le reluce la materia quemante de los ojos.

De pie la bruja, se le aproxima estupefacta:

—Conque, ¿otra que tal?... ¡Yo que te creí una mansa cordera!—y la huele, ventora como un perro cazador; le sorbe la frescura del aliento, el aroma de la piel, el largo suspiro vital de la juventud. Otea el gabinete por todos los rincones; busca el secreto perfume del pecado con una gula senil, delirante, y balbucea, torpe, enloquecida:—¿Decente y casta?... ¡Era mucho suponer!

Blanca Uría, que reconoce una mortal dolencia en la de Aldecoa, siente de nuevo lástima y terror viéndola así, en el morboso ataque de su iniquidad. Y como ya sabe algo que deseaba saber, toma del brazo, suavemente, á su visita:

La muchacha, de súbito, reacciona ante aquella ruína espantable; desaparece mucho de su indignación; su noble juventud se dirige al espectro con cierta piedad, y explica:

—Sé yo todo eso que usted pretende saber, y algo más. Y está usted deseando que se lo cuente... Es cierto que he nacido en París; me he criado en todas partes, sin educarme en ninguna. Mi padre me llevó consigo desde que tuve cinco años, bien ó mal, como pudo. Me dió su nombre, que si no es el de un santo, no es tampoco el de un infame; á él le debo mis remotas ideas de una familia y de un hogar. Y no permito que se le injurie. Al morir me dejó en las manos un testimonio de mi origen, y empezada una carrera artística que luego ha sido y es mi escudo, mi aristocracia, mi rebelión y mi pan. No debo nada á nadie; no tengo más creencia que una: en Dios... Quizá un poco de otra, en mí misma...

La Furia, amansada, extrañamente deshecha su movilidad de reptil, sigue escuchando, aunque Blanca se ha detenido, absorta en sus pensamientos más distantes, como estirando la memoria, de puntillas, para recordar mejor.

Pero la solicitada imagen se resiste y no acude. Entonces la muchacha se vuelve con dolorosa humildad á Regina.

—Ya le conté mi breve historia. No puedo insistir en pormenores sin que me aproxime á una angustia anterior... En cambio de mi confianza, dígame alguna cosa de mi madre. Usted la ha conocido mucho; hábleme de ella, ¡sin acusarla más!

Es casi de noche, pero Blanca no se cuida de prender la luz, y la Gorgona moderna da principio á una minuciosa relación, en la cual procura, complaciente, ofender apenas á los muertos.

Es que, á pesar suyo, se sugestiona bajo la rara entereza de la niña. Diríase que la teme, según se propone obedecerla.

Y sus palabras discurren por caminos de exaltación, ponderando la ventura de María Paz en compañía del doctor Cienfuegos, el hombre mejor del mundo, un caballero, un sabio, un amigo incomparable, que tuvo á su

—Vaya, señora, es tarde para usted y para mí—y la conduce con blandura hasta el ascensor. Doña Regina es demasiado vieja para resistirse á un despido tan brioso y terminante. Mientras rezonga, la niña le pondera: —No se queje; mire que le estoy dando la última satisfacción de su vida: llévele un poquito á su hermana... Buenas noches...

Tarde solemne en el Teatro de la Comedia. Se despide Blanca Uría del público musical madrileño.

El programa de la fiesta corresponde á la insigne virtuosa, cuyo talento juvenil es un asombro. En la primera parte está la *Gran sonata* de Liszt, uno de los fundamentos en la literatura vastísima del piano, para que Blanca dé un relieve especial á las cualidades interpretativas que la pieza requiere: intuición aguda de la voluntad del autor y del significado espiritual de la obra; pero también un fuerte conocimiento del estilo y sentido en la construcción de la misma. Ventajas que ayudan á la intérprete mientras dice su recital con hondo misticismo.

Un éxito caluroso le llega en esta cumbre de la inspiración humana. Y ya el magnífico Pleyel del escenario no esconde secretos para la genial artista, que derrocha sus habilidades con el exaltado lirismo de Chopin, en su *Estudio número dos*, maravillosa melodía del dolor noble y augusto.

Bajo los rendidos aplausos encuentra Blanca las palmas y los ojos de Cienfuegos, batientes, con agitadora pasión. Ella se inclina como de costumbre para agradecer; pero, en realidad, sólo recoge en su alma vigilante los parabienes del sabio. Y le sirven de estímulo, de recompensa y de esperanza, más que nunca, sin saber por qué.

Sigue ejecutando con sentimiento ardoroso la *Balada en «la» bemol*, la famosa *Berceuse* y el *Improntum ob 29*, siempre festejada por el público...

Es la hora del último entreacto. El doctor Cienfuegos consigue llegar hasta la pianista, y una mala oficiosidad, con semblante discreto, les hace en torno el vacío.

Se fascinaba el matemático todavía con los acordes del *Estudio número dos*; iba sumando una embriaguez de emociones, de escalas y de arpeggios. Y de repente calentó una frase en el horno de su conciencia. «El número dos—se dijo—, sí; esa es mi cifra, mi ápice. Ella es mi diosa número dos.»

Ya la muchacha le sonríe trémulamente; se dan la mano con invencible cariño.

—Sí, Blanquita—pronuncia él, como si continuase una conversación—; yo no he tenido más que dos amores: el de mi esposa y este que le consagro á usted.

La niña se inmuta, con un profundo temblor en lo más secreto de su espíritu.

—Me ofrece usted—balbuce ingenua y dolorida—sólo una segunda parte.

—No; la suma, el compendio, mi doble caudal enamorado. Es usted para mí diosa dos veces: la suprema divinidad—. Y añade el ilustre profesor, poniendo la vida en sus palabras:—Soy rico, gano mucho dinero; tengo, además, un poco de gloria, unos laureles que, sin querer, he cosechado por el mundo arriba, de una manera pura. Todo me sobra sin usted... Acepte mi nombre y mi corazón, Blanca, hágame usted feliz.

La muchacha se hunde en el calor de aquella mirada centelleante. Su turbia codicia de un desquite, su fatal impulso de venganza y rencor se detienen á la vera de un miedo religioso. Porque se le arriman, desnudos en toda su integridad, los deseos del hombre. Comprende que lo que en ella es un dulce afecto aproximativo, la nostalgia del buen apoyo y la bienhechora ternura, significa para él una pasión de plenitud, colmada de vitalidad y de grandeza... Y ¡aquel abismo!...

Los ojos de Regina Aldecoa, redondos como los de un buho detrás de las gafas negras, se hincan delatores en la imaginación de Blanca. Y con transcendencia pavorosa, porque don Tirso le acaba de contar que la bruja se ha muerto.

La voz enamorada aún insiste al oído de la joven:

—Milagrosamente he venido á saber que hasta los dioses se quedan más acá del Amor, aunque lleguen más allá de todas las cosas...

Es tarde. En el escenario reclaman á la artista. Y cuando Cienfuegos le pregunta: «¿Aceptaré usted mi coche para que la lleve al Hotel?», contesta, vacilante, un pálido «Sí».

—Mandaré que le llenen de flores.

—Ya tengo aquí muchas de usted.

—Si quisiera venir á mi casa, tan suya, todas las rosas de Madrid le irían á esperar.

Blanca no tiene tiempo de responder. Sonríe.

Y nunca se ha mostrado tan mozo como hoy el doctor Jacinto Cienfuegos; ágil, fuerte y membrudo, levantando con arrogancia su prócer estatura sobre los chismes del saloncillo.

Corre para ver á la concertista avanzar ante el público, vestida de azul, lo mismo que un sueño de abril, cándida y valerosa como él la quiere. Y con aquel extraño parecido á María Paz.

Así le ha dado una ilusión de vida recobrada; pero más intensa, más saludable y madura que la otra, con suma de misterios y de hechizos.

Porque tal vez un ligero brote de las canas sirve de abono y fertilidad á la mies del corazón. Como la nieve á los frutos de la Tierra.



CAPITULO CUARTO



AQUELLA noche, la meditación de Jacinto ante el retrato de María Paz fué menos devota y más rápida que de costumbre. Paulatinamente, desde que conoció á Blanca y no pudo ni quiso oponerse á los sentimientos que le producía; desde que advirtió, gozoso, que estaba enamorado de ella, su culto por la «otra»—que no había sido nunca enfermizo—hacíase cada vez más débil, perdía intensidad y patetismo, no suscitaba en su carne nostalgias de un placer ya imposible, ni transformaba en su imaginación cada recuerdo de su felicidad, ineluctablemente deshecha, en una tortura. Tan cruel, en ocasiones, que le obligaba á huir de la casa á horas extravagantes y buscar en el gran silencio y soledad de Madrid dormido una distracción filosófica y un como un oreo ó sacudida de sus músculos entumecidos por un dolor del alma, que otras veces, junto al retrato de María Paz, hacíale recurrir al consuelo efímero de una copa de alcohol, y también—más útil remedio—á la lectura de algún pasaje de Séneca ó Marco Aurelio, que inclinaba su espíritu á la aceptación resignada de su viudez; de su vida sin sabor de amor: vida triste.

No siempre. Tenía ráfagas de gozo. Pues la tristeza de los sabios es noble y dúctil, y acierta á replegarse sobre sí misma, hasta convertirse en placer puro y profundo. Es el gran secreto, el don envidiable de los místicos... Así, ciertas noches, la visita á la alcoba de María Paz, antes de acogerse á la suya, infundíale un bienestar exquisito, una quietud de todas sus potencias espirituales y sensoriales, una deshumanización tan perfecta, que el sueño acudía á él sin sombras, sin ideas, sin esas llamadas de lo subconsciente que suelen agitarlo en un tumulto más dramático y angustioso que el de la vida real.

Aparte su alcoba, de una sobriedad cenobítica, y de su despacho, invadido por los libros, separado del mundo profano, y aun de sus pasiones de hombre, por las murallas de la ciencia, toda la casa tenía el acento y el perfume de María Paz. Era una de esas casas donde pueden morir los seres, no las cosas, que siguen impregnadas de ellos, que «los llaman» y consiguen producir la ilusión de su presencia... He aquí, en el *boudoir* de María Paz, el espejo de tres lunas donde ella se contemplaba siempre, golosa de sí misma, insaciable de su hermosura. Narciso femenino. En un mueble de laca sus novelas, sus álbumes de autógrafos. En los armarios: sus ropas interiores, sus pieles, sus vestidos de calle y de *soirée*, galas fragantes que manos previsoras regaron de naftalina, sin llegar á disolver su aroma... Por todas partes, en el salón azul, en el gabinete Imperio—tendido de damasco rojo—, en el comedor, tan rico en cristales y cerámicas de diverso origen, pululan los recuerdos, las imágenes de María Paz... La casa es como un templo para un solo culto. Retratos de todas sus épocas—de niña, de colegiala, de mujer—y de todas las materias con que el arte los produce. Una iconografía numerosa, caudalosa, de María Paz... Su busto en bronce, de un escultor glorioso... Su estatuilla en talla policromada de otro escultor... Su cabeza en mármol, olímpica, «de diosa». Su retrato al pastel, diluido y vaporoso, de un artista frívolo. Este apunte al lápiz de Sorolla. Esta María Paz, al sol, entre flores, que parece un Renoir. Esta María Paz, *diabolizada* por un pintor morboso de París, que á él no le gusta... Y, por fin, en el salón azul, el retrato de su predilección y de sus éxtasis. Un retrato de cuerpo entero. El suele decir «de vida entera». Porque el pintor «ha entendido» á María Paz, ha captado su espíritu y su forma, ha puesto en su pintura—de una substancia velazqueña, pero de una elegancia en la *pose* á lo Reynolds—tal exactitud en la fisonomía del modelo y tal penetración de su carácter, que un mínimo de fantasía es suficiente en Cienfuegos para imaginar que el cuadro es una ventana desde donde María Paz le sonríe con sus labios frutales y sus ojos indefinibles, que cambian de color como los de Minerva, y le hace buscar la rosa invisible que tiene estremecida su nariz apicarada, lo único que rectificaría Praxiteles en su semblante olímpico.

El adora á su diosa. La adoraba, más bien. Aquella noche, sugestionado por la visión de Blanca, viva en sus nervios y en su mente la imagen de su nueva diosa, el retrato de María Paz no es sino pintura helada y dibujo académico. Ya no es una ventana: es una puerta que se va entornando hasta cerrarse... Se parecen, es verdad, la primera y la segunda diosa. Blanca es quizá menos pagana; hay en sus ojos claros y su boca pálida una expresión de martirio ideológico, de tortura sentimental, que la primera nunca tuvo ú ocultó maravillosamente bajo una máscara de placer. La seriedad de Blanca y su aire pensativo le enamoran. Esta es la compañera absoluta, la «otra mitad» del sabio, la que no sentirá en la casa el rumor de las fiestas del mundo y, vistiendo sus mejores galas, vendrá á decirle al despacho, donde él piensa y crea: «Jacinto, me voy.»

La casa ha cambiado. Perdió su atmósfera mística. Ya no es un templo. Ya no exalta ni deprime su ánimo la evocación de María Paz. Por primera vez no ha entrado en su alcoba. Por primera vez la casa, con la numerosa iconografía de la difunta, le produce la sensación de un pequeño museo familiar de un valor artístico dudoso. El mismo retrato del salón azul es una obra mediocre... ¡Oh realidad y luz de fuera, que han entrado á disipar las sombras; á sustituir las febles imágenes de la nostalgia y del recuerdo con robustos seres impelidos á reunirse por una recia pasión!

Y Jacinto Cienfuegos, en su alcoba de cartujo, se adormece feliz, en una plenitud de esperanza, con el bienestar anímico y corpóreo del hombre que en el viaje tempestuoso de la vida ha encontrado la ruta serena, la corriente apacible...

Blanca va á venir.

Ha logrado persuadirla en un diálogo telefónico. La dulce promesa, formulada en una voz tan grave, le tiene enardecido, le ha puesto en un estado de gozo juvenil, casi pueril, que le hace andar y desandar muchas veces la casa, dando órdenes á los criados, contradiciéndose, interviniendo él mismo en la disposición de las flores, de «todas las rosas de Madrid» con que quiere embalsamarla. Todo pormenor le ocupa. Ha comprado él mismo las golosinas del *lunch*. Ha hecho cambiar de sitio algunos muebles y establecer orden en su despacho. Ha seguido la tarea del afinador. ¡Tanto tiempo mudo aquel piano en que María Paz tocaba piezas ligeras: ecos del *cabaret!*... Blanca le ha prometido un pequeño recital, «para él sólo»: Mozart, Chopin... Divaga. Se anticipa al instante venturoso. Presume su emoción. Prepara sus frases y conceptos. Más aún: receloso de no parecerle joven, de que los hilos de plata de sus sienes y la austeridad de su semblante de sabio le oculten á Blanca su jovialidad interna y su salud magnífica, se contempla en los espejos con una preocupación que pronto se traduce en optimismo. No representa más de cuarenta años. El traje claro, la camisa de seda, la corbata «alegre» que ha escogido para recibirla, concluirán de darle la apariencia de un galán. ¡Y cuántos galanes de teatro envidiarían su cuerpo de discóbolo! Ha hecho flexiones después de la ducha. Y le ha sonreído á la Naturaleza, madre generosa con él.

Jacinto Cienfuegos es «otro hombre». Sus colegas de la Academia, sus discípulos y admiradores, cuantos le consideran un cerebral sólo

prendado de su ciencia, asombraríanse de verle vivir aquellas horas que preceden á la visita de Blanca. Cienfuegos ha leído algunas novelas las mejores. Y ahora comprende que no son inventadas la impaciencia febril, la angustia voluptuosa de los enamorados, el desajuste de las tres facultades que origina la punzada de la pasión. Su memoria se resiste á todo recuerdo, su inteligencia á toda idea y su voluntad á cualquier acto que no se contraiga á la persona y á la vida de Blanca.

Va á venir esta tarde, á las seis. A pesar de una conversación por teléfono, en que ella le ha prometido «ser exacta», él sufre los temores más absurdos: teme que «se arrepienta á última hora» y, si suena el timbre de la puerta ó el del teléfono, supone que es para comunicarle la negativa de Blanca.

Respira al comprobar su engaño. Calma su ansiedad asomándose con frecuencia al balcón. La calle, arbolada y ancha, está llena de resplandores y de sombras. Se detiene un automóvil. ¿Ella? Del coche emergen la cabeza, los brazos, el cuerpo entero de un hombre. Pero, ¡si faltan quince minutos para las seis!



Alumbra toda la casa. ¡Cómo brilla el retrato de María Paz! ¡Cómo esplenden las rosas! Es tan intensa su fragancia, que convendrá que uno de los balcones permanezca entreabierto. Va á su despacho para abrir el balcón. Y los rumores de la calle le envuelven, le ensordecen y le impiden escuchar el sonido del timbre de la puerta, empujado por un dedo trémulo de Blanca.

Las primeras palabras del sabio son incoherentes, entrecortadas por la emoción.

—Blanquita... ¿Usted? No la sentí llamar...

Ella sonríe, pálida. Y aprovecha el sobresalto de Jacinto para disimular el suyo. Pregunta:

—¿He llegado demasiado pronto? ¿He venido á interrumpirle?

El le toma ambas manos, las oprime con involuntaria violencia y, por fin, las besa, respetuoso.

—¡Si no hacía más que esperarla! ¿No sabe? Temí que no fuera á venir.

—¿Por qué?

—El temor de que tanta ventura...

—¿Fuese ilusoria?

—Justo.

—¿No le di mi palabra?

—Es cierto.

Y ríen los dos, con una burla recíproca é ingenua: ríen de su turbación, de su asombro de encontrarse juntos, sin testigos, sin espectadores, libres sus miradas y sus almas. El propone:

—Siéntese, Blanquita. Lo primero vamos á tomar el te.

Ella contempla el saloncito, sigue los pasos y ademanes de Cienfuegos, que aproxima á los sillones el velador donde están las tazas y los dulces.

—¡Cuántas rosas!

—Ya se lo dije.

—¿Luego me enseñará la casa?

—Sí.

—¿Hasta el *sancta sanctorum*, su despacho?

—Que para usted no tiene velos, ni es el laboratorio de ningún alquimista. ¿Mi despacho? Una mesa, un butacón, muchos libros... ¡Ah! Y todos mis diplomas, enrollados, en el fondo de un anaquel.

Entra una criada. Cienfuegos le quita de las manos la bandeja, y, á un gesto suyo, desaparece.

—Voy á servirle.

—Es más propio de mí—dice Blanca.

Y, levantándose, pone el azúcar, vierte la infusión, realiza con graciosa soltura el acto de servir el te.

—Diríase...—comienza á decir Jacinto.

Pero se detiene.

—¿Diríase?...—le insta ella.

—Que ya estamos casados.

Blanca concluye de saborear un dulce.

—¿Pero usted insiste, Cienfuegos?

—¡No he de insistir! A menos que usted, con una sola palabra, con un monosílabo, se niegue...

—Yo no me niego. Sólo que una boda tan súbita me asusta. ¿No sería mejor que á la vuelta de mi *tournée*?... Ya sabe que dentro de dos días salgo para Berlín.

—Yo la sigo á Berlín. O usted renuncia á Berlín.

—¿Romper un contrato?

—Yo abonaría la indemnización.

—Tenga usted paciencia.

—Imposible. Nosotros no necesitamos cumplir ese rito de las relaciones, ni pedir consejo. Usted es huérfana, libre. Yo, se lo decía la otra tarde en la Comedia, soy rico. Y se lo repito ahora, no para deslumbrarla, sino para hacerle comprender que los obstáculos materiales de nuestra boda, todos esos trámites de la curia eclesiástica, se allanarán enseguida. En menos de una semana podríamos casarnos. Si no está usted saturada de los viajes, iremos á Italia, á Grecia, á Egipto, adonde usted quiera, que para mí la presencia de usted transforma en Paraíso cualquier punto del planeta. Si no quiere viajar, nos quedaremos en Madrid, en esta casa, ó en otra que busquemos juntos... ¿Por qué no me responde? ¿Acaso me equivoco al suponerla libre?

—No se equivoca usted—murmura Blanca.

Pero su voz es tan tenue, y tan triste su expresión al formular esta frase, que Cienfuegos se levanta, la toma el rostro por la barbilla y busca en su mirada, turbia entonces, la diaphanidad de su pensamiento.

—¿Qué hay, Blanquita? Por favor, hábleme claro. Mire que no soy hombre que se asuste de nada. ¿Ha tenido amores?

—Ninguno.

Y se yergue para repetir:

—¡Ninguno!

—¿Entonces? ¿Acaso nuestra diferencia de edades?...

—Tampoco.

Vuelve á abatirse en su asiento. Ha visto realizarse el augurio de la Erinia. Ve los ojos maléficos de Regina Aldecoa. Y aún le parece que la gorgona, cobrando estatura y fuerzas de cíclope, escarba y excava con sus manos la tierra, hasta producir *aquel abismo* que la separa de Cienfuegos. Ella no es una diosa—como él le dice—, sino una pobre criatura humana, que ha de someterse á la moral de los hombres. Se doblega, vencida.

El balbuce:

—No la comprendo, no la comprendo.

Pausa dolorosa. Y la voz de Jacinto, tremante de tristeza:

—Me ha de revelar su enigma. ¿Vamos á visitar la casa?

Ella se levanta. Con laxitud y abatimiento. Lívida. El la sostiene con un brazo y la conduce hacia el salón azul.

—Aquí la tiene usted—le dice ante el retrato de María Paz—; ¡mírela, explíquese mi pasión! El parecido... ¿No es asombroso? Pero yo no creo en los milagros. No es sino la casualidad que dos seres humanos se parezcan. Y yo sé que las semejanzas concluyen en la superficie. Yo la querré, la quiero á usted ya, por usted misma.

Blanca contempla el retrato de María Paz, su madre. Fascinada. Y no es ahora la Erinia, con los ojos de buho y las garras de buitre, quien produce el abismo. Es la dama del cuadro, tan bella, tan segura del poder de su sonrisa voluptuosa y de su gracia y su malicia inmanentes. Sofócale el pecho un impulso de venganza, de odio, de desquite. Esta mujer no es su madre, porque no *la hizo* moralmente, porque, apenas la separó de sus entrañas, la abandonó á la corriente del mundo. Una mala mujer. Una gran pecadora. Una egoísta. Y, apartando los ojos del retrato, le sonríe á Jacinto.

—Sí, nos parecemos un poco. La Naturaleza trabaja por series. Procedemos del mismo molde. Pero queda el matiz.

Estas palabras reavivan la ilusión del sabio.

—Es verdad. ¡Queda el matiz! En ella todo es paganía y sensualismo. En usted, Blanca, lo humano se dignifica, se sublima por los sentimientos superiores. Usted no es una resurrección de María Paz, sino su enmienda. Como si—vamos á admitir la hipótesis—el divino escultor de los seres hubiera querido rectificar, perfeccionar con la de Blanca la figura de María Paz. Fijémonos en los pormenores. Vea usted... De primera intención y á primera vista se parecen ustedes. Pero una segunda contemplación, un análisis de sus facciones respectivas, revelan los contrastes, la antítesis de sus caracteres... ¿Cierra usted los ojos? ¿No la quiere mirar?... Blanquita, mi vida—prosigue exaltándose—, concluya aquí esta conversación extravagante. Si *esa sombra* la molesta, si la irrita un pasado que usted ha venido á extinguir, no quedará en esta casa ningún recuerdo, ningún ídolo. Usted hace de mí otro hombre. En mi nueva pasión renazco. Soy suyo, nada más... Dígame, por fin, que me comprende, que me acepta.

Ella le mira apiadada, desconsolada. Fluctúa su ánimo entre el «sí», que sus sentidos y un ansia honda de desquite ponen á sus labios, y la revelación del secreto espantoso á que la impulsa su conciencia. La situación se le aparece inextricable. Todo la separa de aquel hombre. No hablará. No le producirá un dolor injusto y terrible. Su ingenio de mujer le dictará un ardíd cualquiera para disuadir á Jacinto. Mentirá, se calumniará diciéndole que es una simple aventurera, que le ha engañado, que tiene un amante. Pero esta solución teatral, este holocausto de su honra en el altar de las Aldecoa, la subleva y la exalta en una rebeldía fogosa de su corazón y de su mente: de todo su ser.

—Jacinto—habla estremecida—, el mundo es un infierno. La mentira y la infamia reinan en el mundo. María Paz... ¡Oh, me falta el valor! No puedo...

El se ha levantado. Y la sacude. Y exige, en una voz violenta:

—¡Hable usted!

Blanca, en un sollozo:

—¡María Paz era mi madre!

El permanece un instante atónito, petrificado por el estupor. ¿Qué ha oído? Blanca está loca. «¡María Paz era mi madre!»



—Repítame...

Ella tiene el semblante entre las manos. El se lo descubre, y ve en sus ojos cuajados de lágrimas, en la crispatura de su boca, en su lividez cadavérica, la confirmación de sus palabras. Al estupor sucede el hambre de la odiosa verdad.

—Dígame... ¿Hija de María Paz..., usted? Y... ¿de qué hombre? Y... ¿cuándo, dónde nació?... No tema... Vaya hasta el fin. Soy justo, y usted no es culpable. Ha hecho bien...; sí, ha hecho bien en decirlo. La verdad es siempre pura y fecunda.

Blanca dice toda la verdad. Narra los hechos que ella conoce en una forma esquemática, cronológica. La fecha en que nació en París... El punto y época de la muerte de su padre... Su vida pobre y nómada... La vergüenza de su origen y su propósito de dominarle con su clara conducta.

Jacinto ha seguido sin pestañear, en una tensión heroica de sus nervios, el relato horrible. Ha ido comprobando su exactitud. Coinciden las fechas de su estancia en Chile y del viaje de María Paz a París. Todo es cierto y claro: axiomático. ¿Y ahora? La verdad es siempre pura; pero esta verdad es demasiado ígnea. Le sofoca, le abrasa, destruye su vida entera, de raíz. Es hombre acabado. Y al peso de su gran dolor claudica en una crisis de lágrimas.

Blanca ya no llora. Permanece al lado de Jacinto, inmóvil, sin hablar, sorprendida de que la catástrofe de sus ilusiones no le haya sugerido contra ella, que es el fruto de la traición abominable, un apóstrofe iracundo, ni un ademán con que la repela y la obligue a abandonar la casa. Ella desaparecería para siempre, sin protestar, sin pretender que Jacinto admitiese lo inadmisibile... Lo que ella, ahora mismo, junto al retrato de su madre y frente a la figura de aquel hombre, estremecida y encorvada por el dolor, admite, sin horrorizarse, como si realmente fuera una

diosa y las costumbres y las leyes de la caterva humana no pudiesen tocarla. Hay en su semblante una frialdad marmórea. En sus ojos una luz de pensamientos nuevos, que no puede, entonces, advertir de dónde surgen, si de un fondo superior, sobrenatural de su ser, ó de los oscuros manantiales del instinto. Y se enfrenta con la efigie de María Paz, retándola. «Sí, le quiero á pesar tuyo; á pesar de todo, le quiero...»

Jacinto ha levantado los ojos; ha extendido hacia las suyas sus manos temblorosas y frías. Ella las acoge, las retiene: querría infundirles el calor de su sangre. Están así algún tiempo. Unidos, mirándose, en el asombro de no sentir hostilidad ni repulsión recíprocas, sino una misericordia mutua y profunda, que dilata y refresca sus corazones y los atrae y los funde en emoción idéntica.

El balbuceo:

—Pobres de nosotros... Víctimas de la maldad del mundo. Y de sus leyes. ¿Qué hacer sino resignarse y aceptar lo que no tiene remedio? Tú eras, en mi fantasía, una diosa. Y me imaginaba digno de ti. La realidad de nuestras vidas, lo triste y bajamente humano de nuestro caso, nos arroja de la cumbre olímpica creada por mi ilusión. Nada de ilusiones, Blanquita. Realidad y sólo realidad. Exactitud. He aquí la síntesis de todo: no podemos casarnos. Y lo demás, ¿qué importa?

—Lo demás—murmura ella—es lo que importa... Su vida..., tu vida rota. Mi vida otra vez sin rumbo. Un hombre y una mujer inocentes, condenados á expiar el crimen, la culpa, lo que fuera, de otros...

—Yo pienso que fuí el marido de tu madre y que tú eres la hija del pecado de mi mujer. Y me asusto de no odiarte. Y me sobrecoge el sentir que sólo en teoría mi amor por ti me parece monstruoso. ¿Es esto amoralidad, divinidad, simple locura?... No deberías estar aquí, y te retengo. Cuando más sufría, cuando mayor era mi dolor y más agudo, el sentirte á mi lado me producía un misterioso alivio. Te quiero, después de eso, y más que antes. ¿Por qué? ¿Existe, acaso, una justicia biológica superior á la otra? Tú y yo vamos á separarnos. Tú, para seguir tu vida; yo, para quitármela...

Ella da un grito. Y abrazándole, le ciñe contra su pecho, le hace levantar la cara, á golpes de la suya, y sus grandes pupilas incoloras flamean en una lumbre de rebelión.

—¡Matarte! ¡Tú, el santo, el sabio, el bueno! ¡Tú, mi vida! Desde esta hora no me aparto de ti, no me voy de esta casa... Matarte, tú..., tú... ¿Y por qué? ¿Y por quién? Por las Aldecoa... Por María Paz... ¡Por el fanatismo y por el vicio!

Ríe sarcástica.

—¿No me entiendes?... Ya te explicaré. Nada tiene importancia, sino tú, Jacinto.

El responde, desasiéndose con suavidad del abrazo:

—No temas. He tenido un momento de ofuscación. Siéntate, cálmate. No es preciso que te quedes en esta casa. Yo no sé mentir, y si te aseguro que no intentaré contra mi vida, puedes creerme. Ahora se trata de ver claro...

Y ella:

—Ten presente que yo seré para ti lo que tú quieras. Una hermana, una hija... Otra cosa... Lo que tú mandes.

—Mi mujer. Si nuestras vidas han de marchar juntas, tú serás mi mujer. No vale engañarse. La Naturaleza impone también sus leyes... Ahora, como si no hubiera pasado nada..., y tal vez no ha pasado nada...; yo te conduzco á tu hotel, en mi coche, tranquilamente. Yo estoy ya tranquilo. Lo haremos todo tranquilamente. Con exactitud. Resolveremos nuestro asunto como un problema. Y no los hay insolubles. ¿Quieres visitar la casa?...

* * *

Por la noche. Jacinto Cienfuegos no puede dormir. Pero su insomnio no es el de un hombre atormentado, el de una conciencia impura y un corazón en derrota. Sino el de un hombre fuerte que aparta las ruinas de su pasado y comienza la construcción de su futuro.

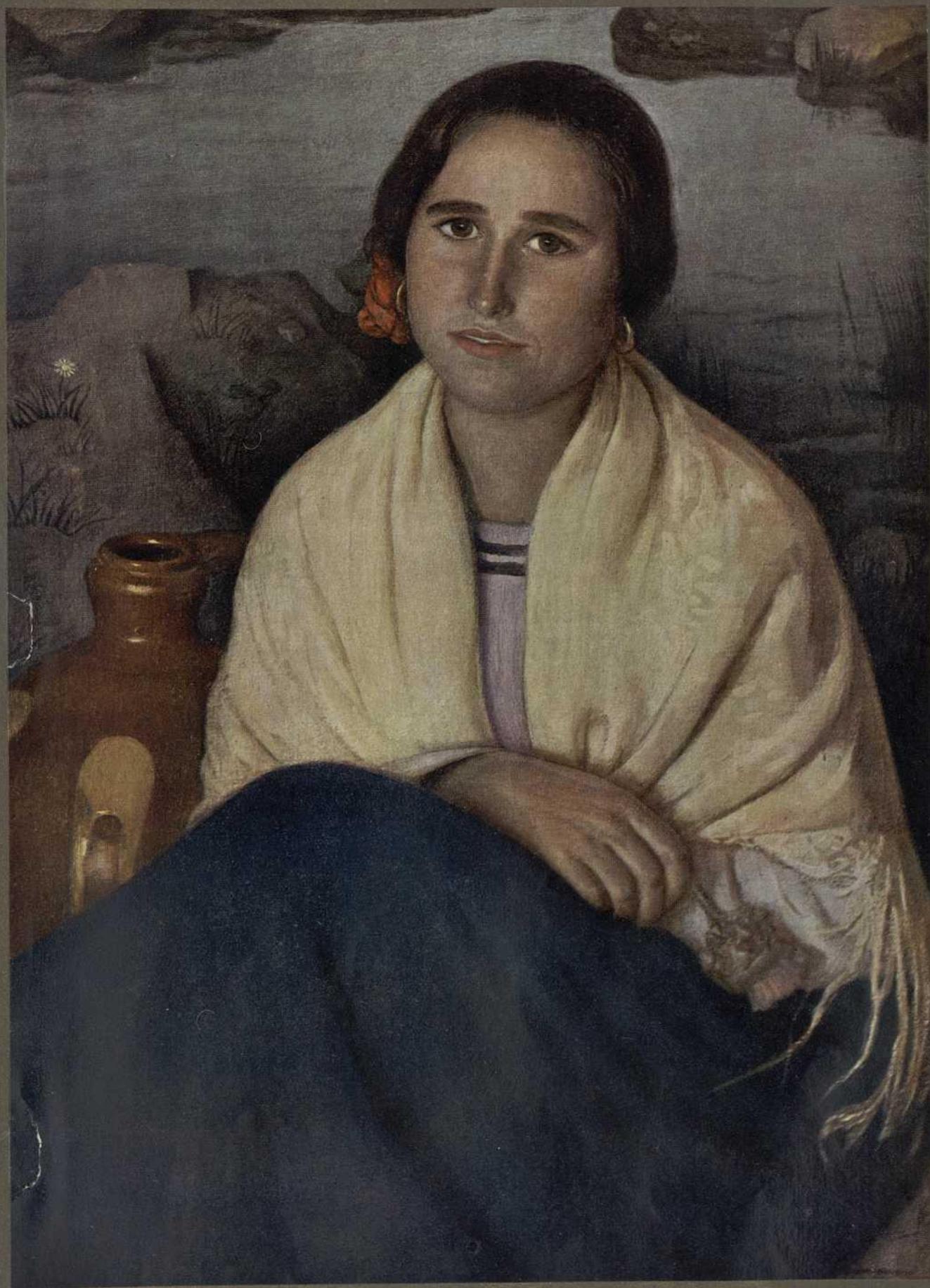
Blanca Uría tampoco puede dormir. Pero su insomnio no es el de una mujer angustiada, el de una conciencia en sombras y un corazón sin rumbo. Sino, simplemente, el de una mujer dichosa.

Jacinto, en su aposento casi monástico; ella, en su alcoba de hotel, meditan, calculan y sonríen, seguros de su verdad. Antes de acudir el sueño á sus ojos, una somnolencia deliciosa ha ido elevándoles á esa atmósfera olímpica adonde no alcanza el error ni la injusticia de los hombres.

A. HERNANDEZ-CATÁ JOSÉ FRANCÉS CONCHA ESPINA ALBERTO INSÚA

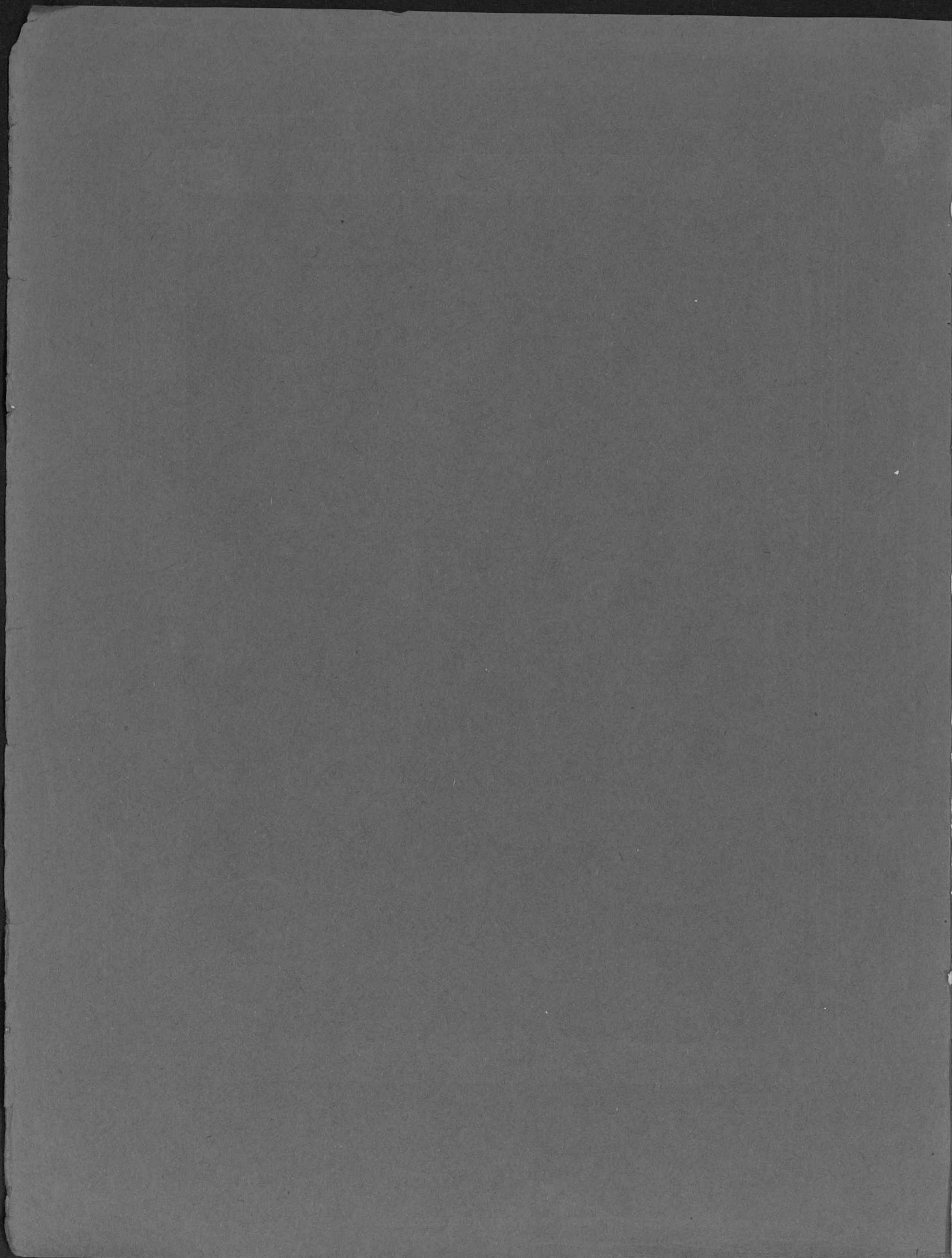
GRABADOS DE
RIBAS
MANCHÓN
MARCO
Y BENET





ALDEANA

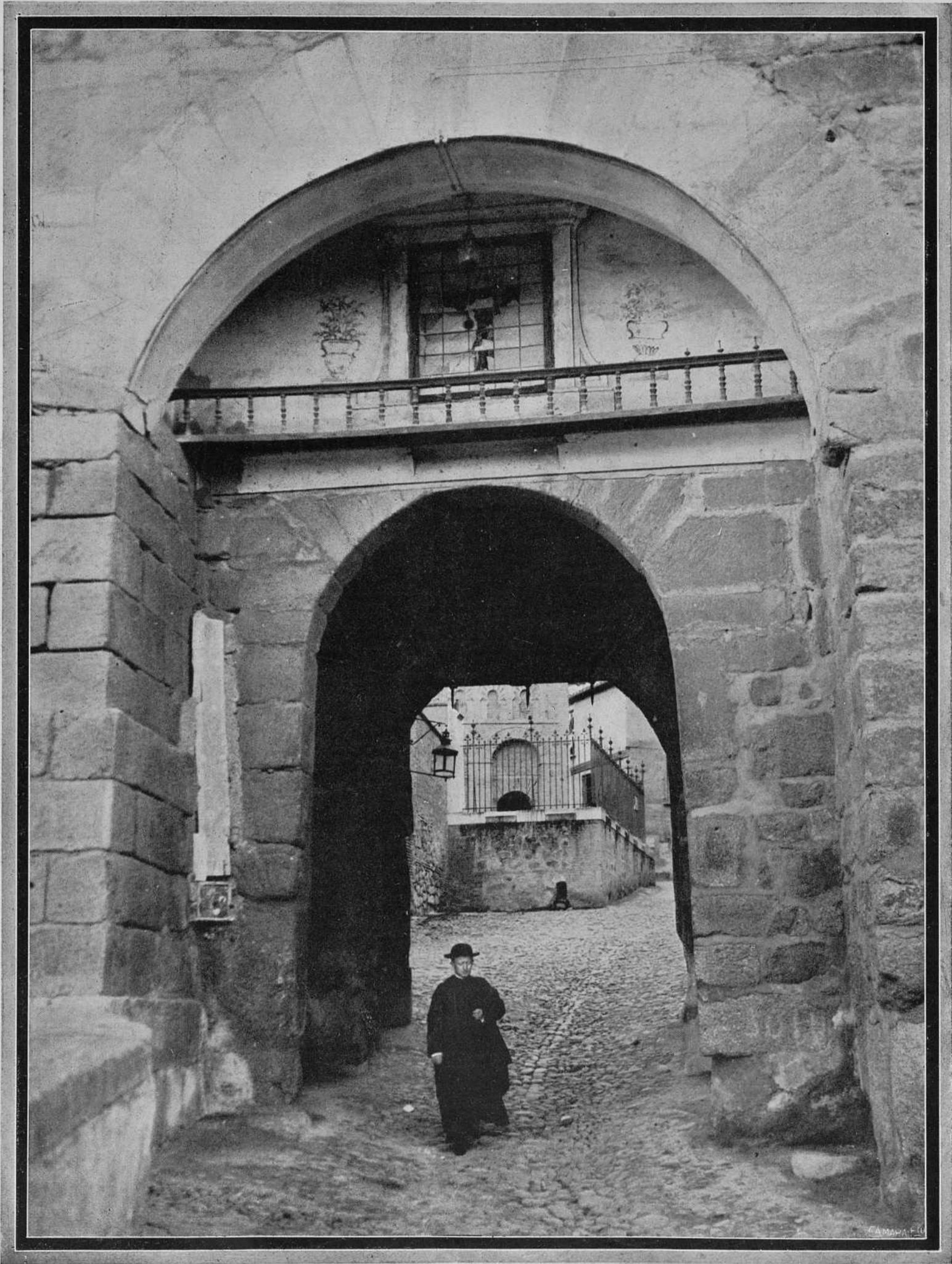
Cuadro de Eugenio Hermoso





Amor en el siglo XVIII. El siglo XVIII, conceptuoso, elegante, artificioso y frívolo, es el siglo de las curvas, de la línea ondulante en todo. Curva pomposa en los trajes; curva en la palabra, madrigalesca, rebuscada, recargada; curva en la actitud ceremoniosa, rendida. Y así, el amor de esos días, como el siglo en que nace y muere, es también de *línea curva*: galante, ondulante y literario. La marquesa tiene, inevitablemente, un gesto y una actitud de afectación ante ese amor de artificio con que la corteja «el abate joven de los madrigales».

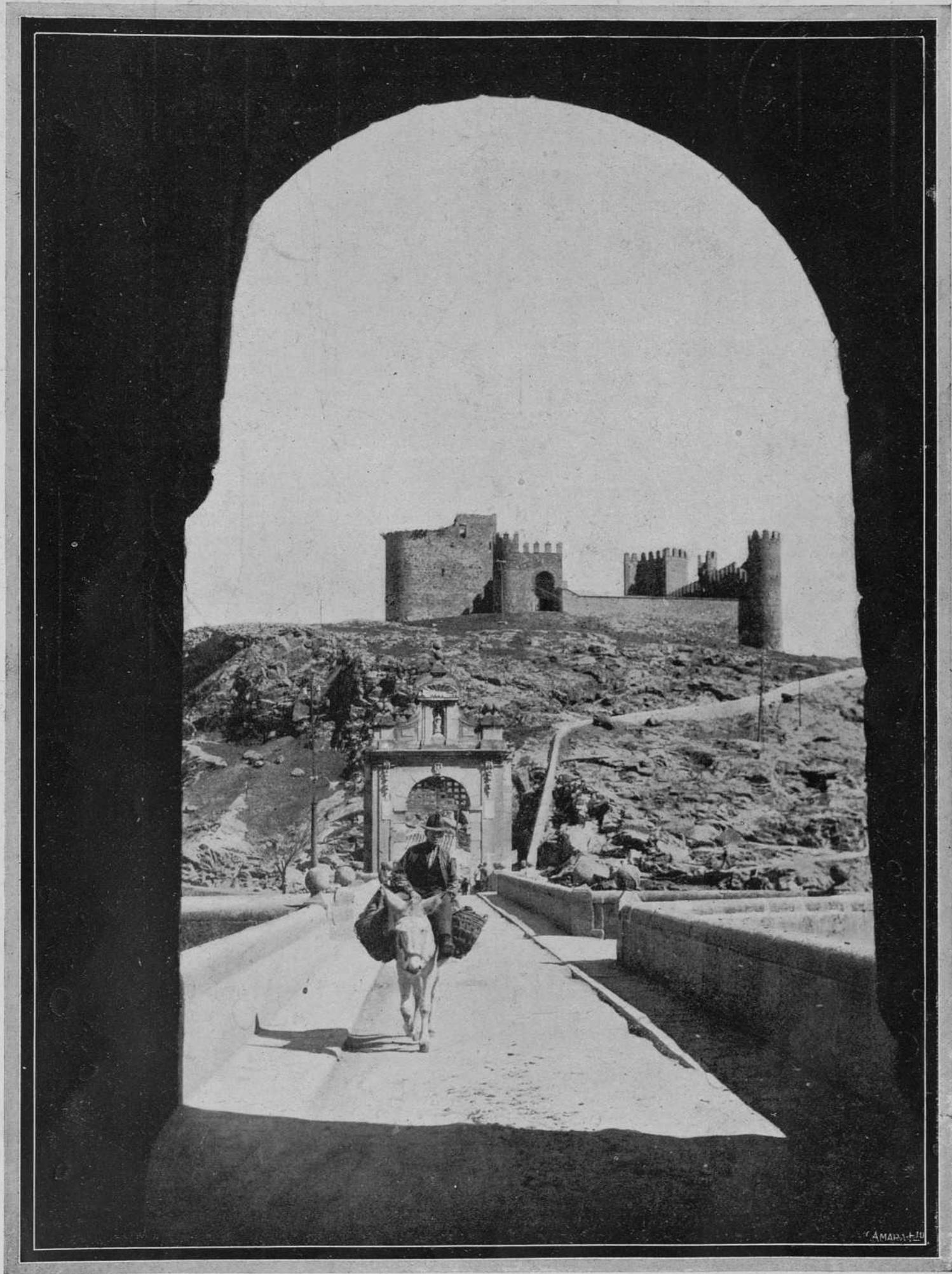
(Dibujo de Ferrer)



TOLEDO, LA CIUDAD
ROMÁNTICA Y EVOCADORA

Tienen las piedras toledanas tan fuerte poder evocador, que es imposible encontrar en la Ciudad Imperial un rincón que calle ante el espíritu que vivió de algún modo la leyenda y la tradición; un arco que se abre sobre una plaza luminosa y un convento al fondo traen á la memoria versos de Zorrilla, y el mismo farol que alumbrara parvamente tiene un bello perfil tradicional.

(Fot. Gaspar)



... ES SÓLO ¡TOLEDO! PARA
LAS ALMAS SENSIBLES

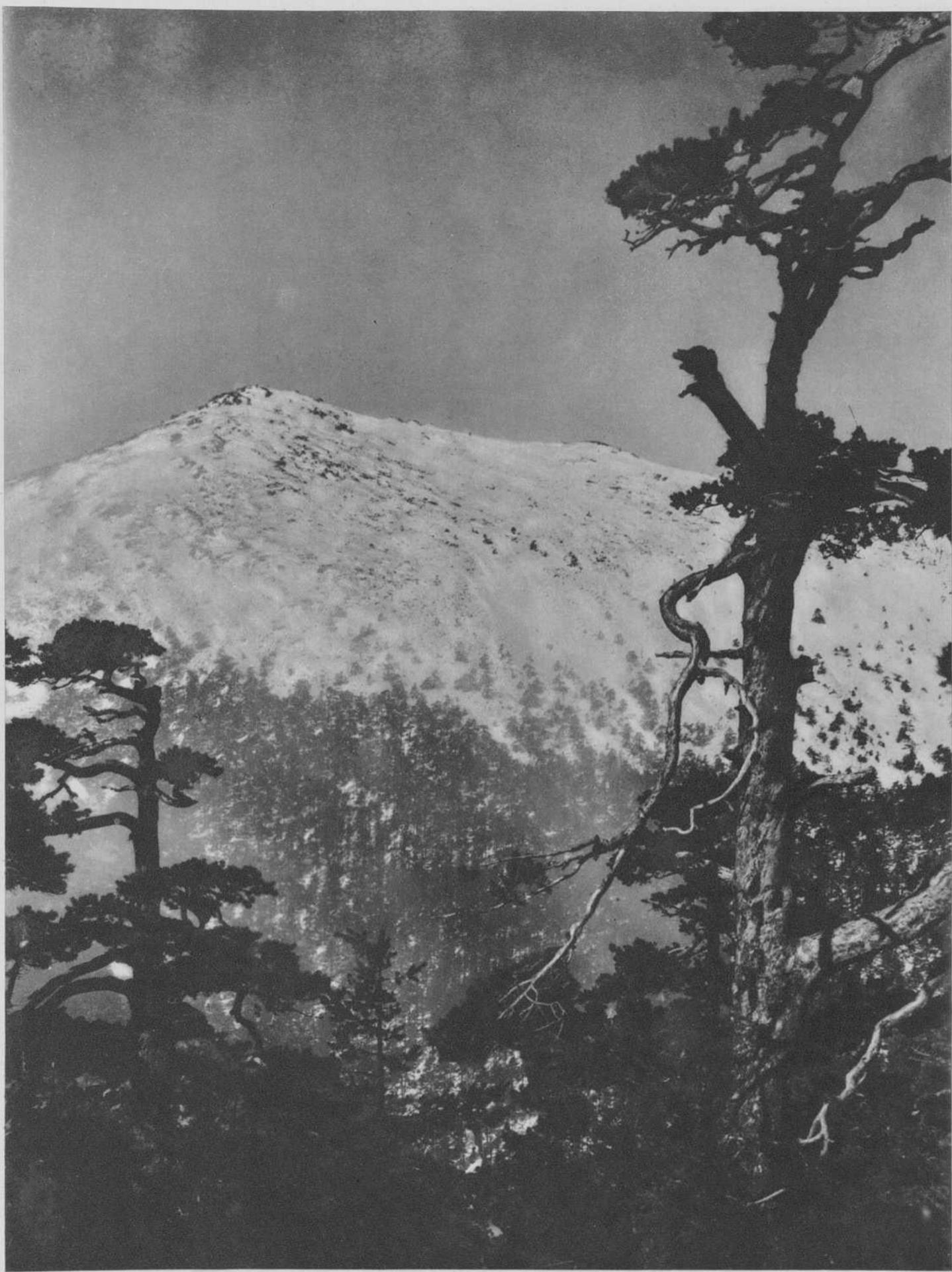
Pero las piedras de Toledo son calladas, mudas; nada pueden decir á los espíritus para los que la existencia está encerrada en el afán del día: cultivar la huerta, vender los productos en el mercado de Zocodover una mañana de martes, no mirar lejos, porque con poco horizonte basta. Para ellos, el puente de Alcántara no es sino un camino más y el mismo de siempre.

(Fot. Gaspar)



Dúo de España. Palabras de amor bajo la noche honda y azul, en el aire cargado de aromas de jazmín y de azahar. La reja, los claveles, la cercana guitarra que trae un último temblor de fandanguillo: *Mujeres tengo á millares,—y madre no hay más que una.* Dúo de España, pandereta de España. La andaluza y el bandido. Carmen y Diego Corrientes. La inquietud doble del amor y del peligro que acecha. Vieja hoja de folletín meridional. Entre los besos, alargados y suaves, puede sonar la seca emoción de un tiro...

(Dibujo de Ferrer)



«Montón de Trigo» en Guadarrama

(Fot. Wunderlich)

TIENEN las altas cumbres españolas, sobre el encanto supremo de la montaña, en que el Sol es el verdadero Sol, sin gasas de impureza, y el aire puro, como le describen los químicos, no es vehículo de muerte, el misterio atrayente de lo ignoto, del «más allá», aspiración suprema del hombre.

Desconocidas para los extranjeros, á quienes no atraen, como los Alpes, con relatos de tragedias cantadas con cuentos épicos, lo son también en gran parte para la mayoría de los españoles, que aún son muy recientes montañistas para aventurarse más allá del Guadarrama, tan bello y tan vario para quien tenga la sensibilidad necesaria para percibir diferencias sutiles de líneas y matices; pero que, con todo, no pueden encerrar en sí, completo y acabado, al alpinismo español.

EL SUPREMO ANHELO
 DE VIDA MEJOR

LAS CUMBRES
 DE ESPAÑA

El Guadarrama, al que puede llegarse aunque no con la indispensable comodidad, es como un paseo de Madrid, y para el alpinismo debería ser como una iniciación aperitiva que demostrase la posibilidad y acicatase el deseo de un montañismo más amplio y difícil. Parece, sin embargo, para muchos, como una etapa final de la afición alpina: á ella llegan, pero en ella se quedan. Y Sierra Nevada, Sierra Morena, los Picos de Europa, todos los tramos pirenaicos y tantas cumbres más, son aún, ó poco menos, regiones inexploradas, parajes de que sólo saben los montañeses que en ellos viven ó los pastores que, al cruzar, hacen en ellos estación.

Amada demasiado fiel, la montaña guarda sus encantos para los verdaderos amadores, que saben sen-



Picos de Europa. «Cabezo
lloroso», desde el Collado
de Vallejo
(Fot. Wunderlich)



Un rincón del
Pirineo en pleno
valle de Arán
(Fot. Merletti)

tirla y comprenderla; para los más, la voz de Antonio de Trueba, cuando dice:

*Que en los montes está el cielo
más cerca que en tierra llana...*

no señala un camino, sino una antítesis: la misma que tradujeron en tragedia el dramaturgo de *Tierra baja* y sus imitadores. Aún queda mucho para que en España sea un sentimiento general «el santo amor a la montaña».

Cada ocho días, el Guadarrama, acogedor, recibe en su seno numerosas caravanas madrileñas, y donde hace veinte años sólo deambulaban los aprendices de naturalista, con el martillo en la cintura, el saco a la espalda y la caja de herborizar en bandolera, apenas si queda peñasco que no haya sostenido, como pedestal espléndido, la airosa figura de una madrileña hermosa en traje de alpinista.

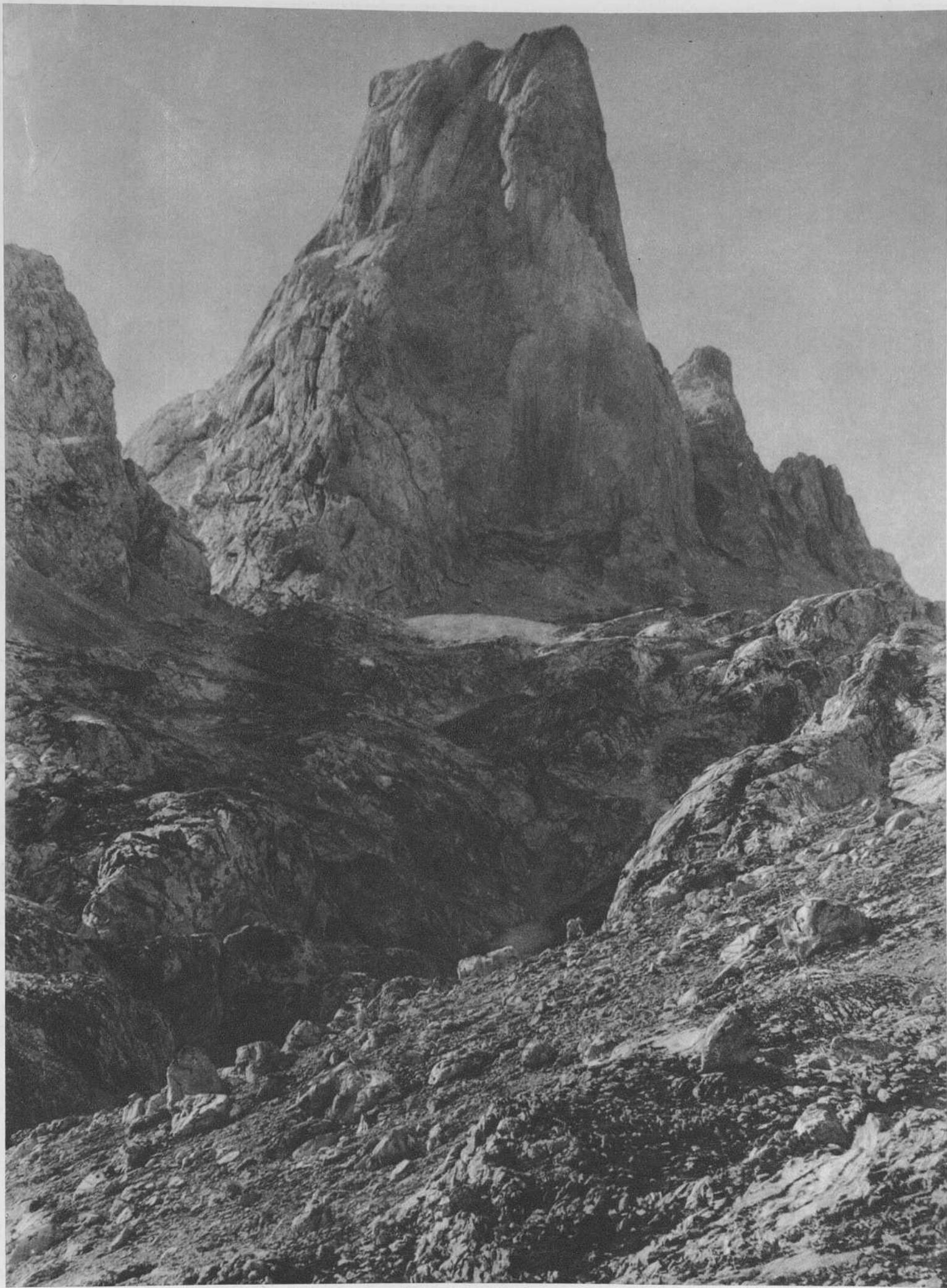
Pero eso no es sino empezar. El alpinismo tiene como verdadera característica la insaciabilidad, y no son verdaderos alpinistas los que no sienten ese anhelo que hace de cada cumbre escalada no una meta definitiva, sino un escalón para seguir subiendo.

Cada excursión de montaña ha de tener, cuando el santo amor es hondamente sentido, una consecuencia energética inmediata: la de dar al escalador confianza en sí mismo, deducida del conocimiento de sus propias fuerza y resistencia, y de nada

valdrían esa confianza y esa energía si no hubieran de servir para ir en busca de nue-



Circo de Gredos y Laguna grande
(Fot. Wunderlich)



El Naranjo de Bulnes, en los Picos de Europa

(Fot. Wunderlich)



Carretera de Busó (Huesca)
(Fot. Biniés)

sin importancia, en comparación con lo que les rodea. Sentirán la plena satisfacción engendradora de la fe en la fuerza del espíritu, apto siempre para dominar la materia.»

El primer triunfo sobre la materia y el que más pronto y con mayor eficacia logran los alpinistas es el propio: el auto-dominio, el triunfo del anhelo espiritual sobre las flaquezas de la materia, y el convencimiento, añe-

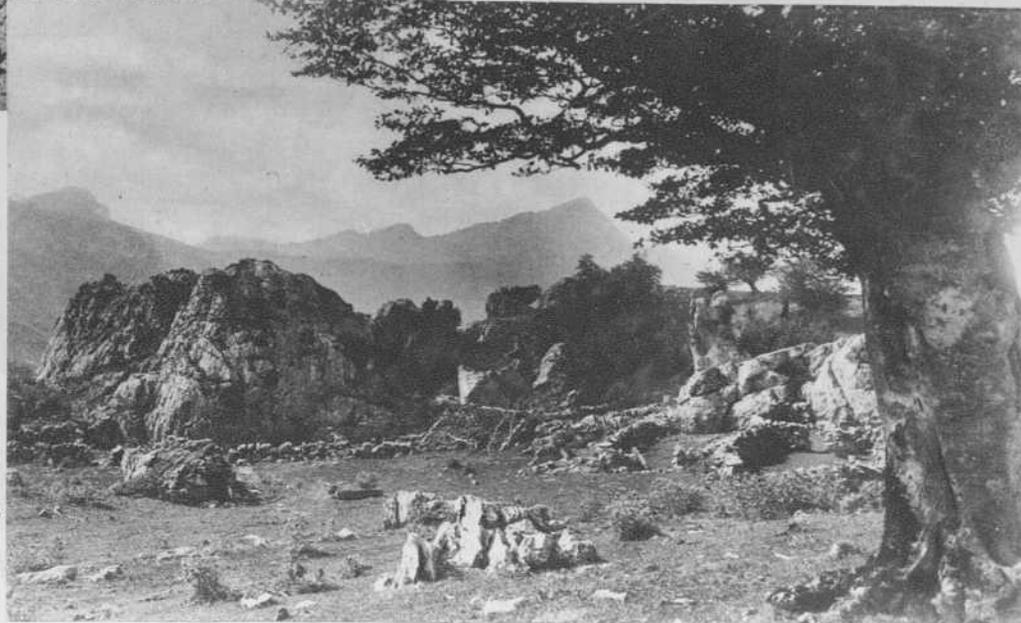
Pirineo aragonés. Al fondo, la Sierra de la Agulla
(Fot. Heras)

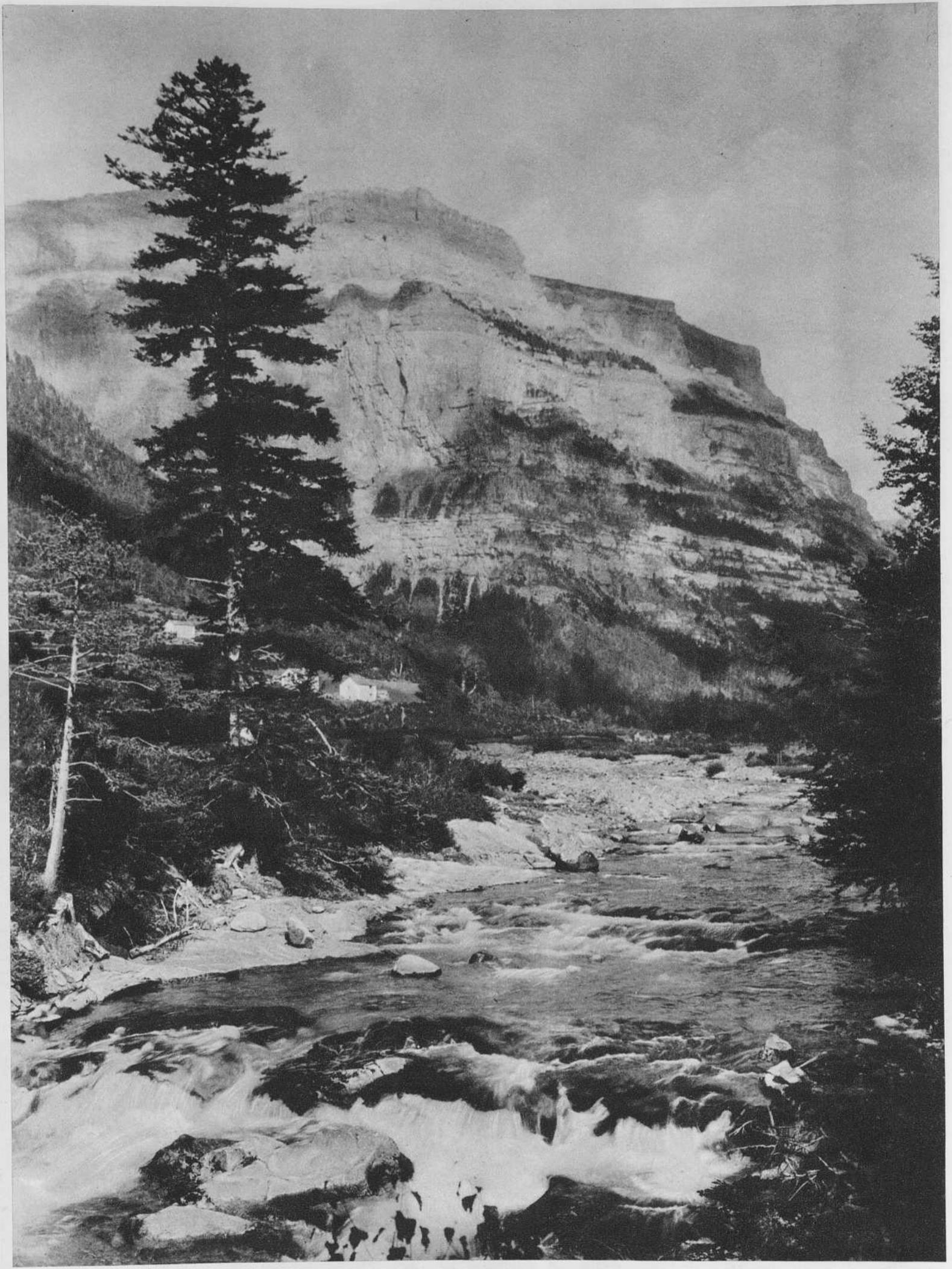
vos panoramas que brinlan con su misterio en mayores alturas.

Pero, además, de ese fin resultan otros más nobles y elevados aún, que el secretario de la Real Sociedad Geográfica de Londres ha expuesto en el prólogo á una obra de alpinismo, diciendo:

«La visión de los escaladores, que luchan para alcanzar el supremo pináculo, enseñará á los hombres á elevar sus miradas hacia la cumbre de las colinas, á no bajar la vista hacia el suelo y á contemplar, aunque sólo sea por un instante, algo puro y grandioso; á satisfacer ese sentimiento de aspiración hacia la luz que cada uno posee en el fondo de su alma. Cuando vean á los luchadores que ya han experimentado un fracaso intentar múltiples ataques hasta alcanzar la cumbre posteriora, se estremecerán de orgullo. Dejarán de sentirse obsesionados por la idea de que, al lado de la montaña, son todo lo más como meras hormigas.

Paísaje de Gorbéa. Al fondo, «Peña Lebranda»
(Fot. Ojanguren)





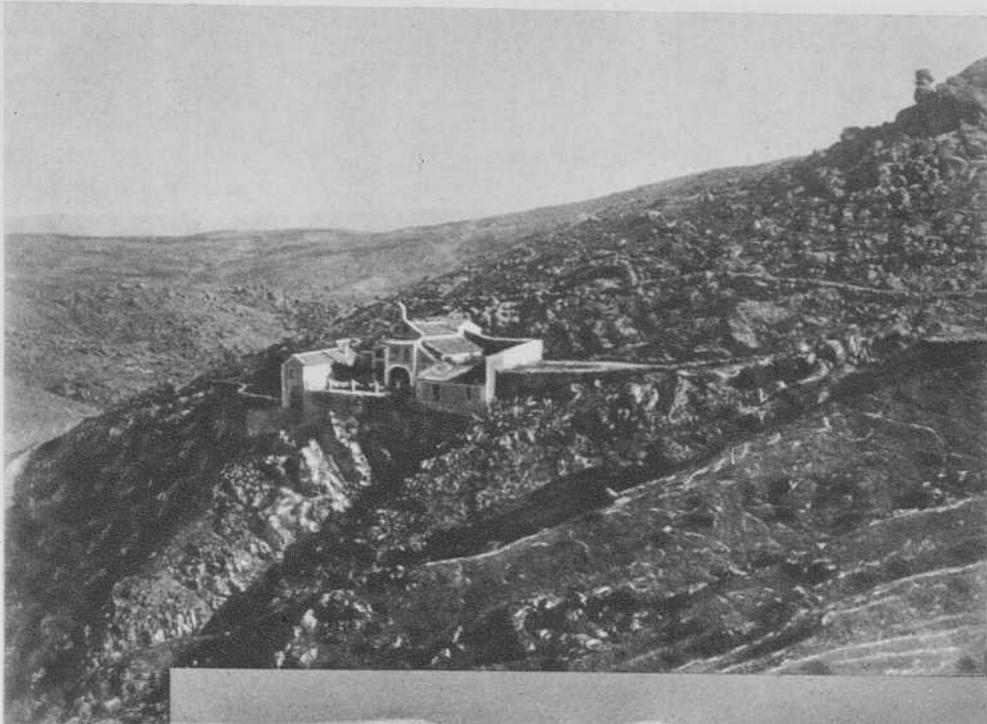
El Valle de Ordesa (Pirineos), con la Francaba al fondo

(Fot. Wunderlich)



El lago de Cragüença helado, en el grupo de la Maladetta (Pirineos)

(Fot. Wunderlich)



Sin llegar á esas elevaciones alpinas, hay en España cumbres y montes muy dignos de ser explorados: Sierra Morena y los montes de Toledo, de trágicos recuerdos en la historia del bandolerismo español, y desde hace tantos años apacibles, tranquilos y tanto más bellos cuanto menos conocidos, el Moncayo, rival de Peñalara y superior en altura á los otros picos del Guadarrama, salvo la Plaza del Moro Almanzor. Y para los que aún están en sus ascensiones á la mitad del camino de las cumbres guadrámicas, quedan aún tantas y tantas alturas que explorar, que una guía completa del alpinismo español habría de ser un volumen demasiado grueso para llevarlo en el merral.

Pero todas esas magníficas excursiones son aún demasiado difíciles y costosas para la mayoría.

El montañismo es aún afición y placer demasiado caros, y las mismas Sierras de Guadarrama, de Gredos, de Sierra Nevada y de los Pirineos, que tienen ya partes más accesibles y frecuentadas, no son aún goce abierto á todos.

Confiemos en que el camino está señalado y la orientación fijada, y aguardemos con fe un porvenir mejor para los grandes espectáculos de la Naturaleza.

Paisaje de los montes de Toledo

SANTIAGO HERRERA



Sierra Nevada

más, definitivamente dominador, de que la materia es más amenazadora que fuerte, y que, al cabo, se rinde con facilidad á los que realmente la desafían. Cuando se escala, la fatiga se teme más que se siente, y hay instantes en que una altura escalada significa más que un aniquilamiento, como un despertar de energías nuevas.

A nuevas energías, nuevos anhelos; porque el espíritu del hombre es, por bondad divina, insaciable. Siete Picos, la Serrota y aun Peñalara, con sus 2.400 metros, tienen aún, en el Mulhacen orgulloso y en la Veleta, de Sierra Nevada, y en los pirenaicos Montes Malditos, alturas que los superan en más de mil, y también los superan muchos más.

Sierra de Cazorla

(Fot. Cano)





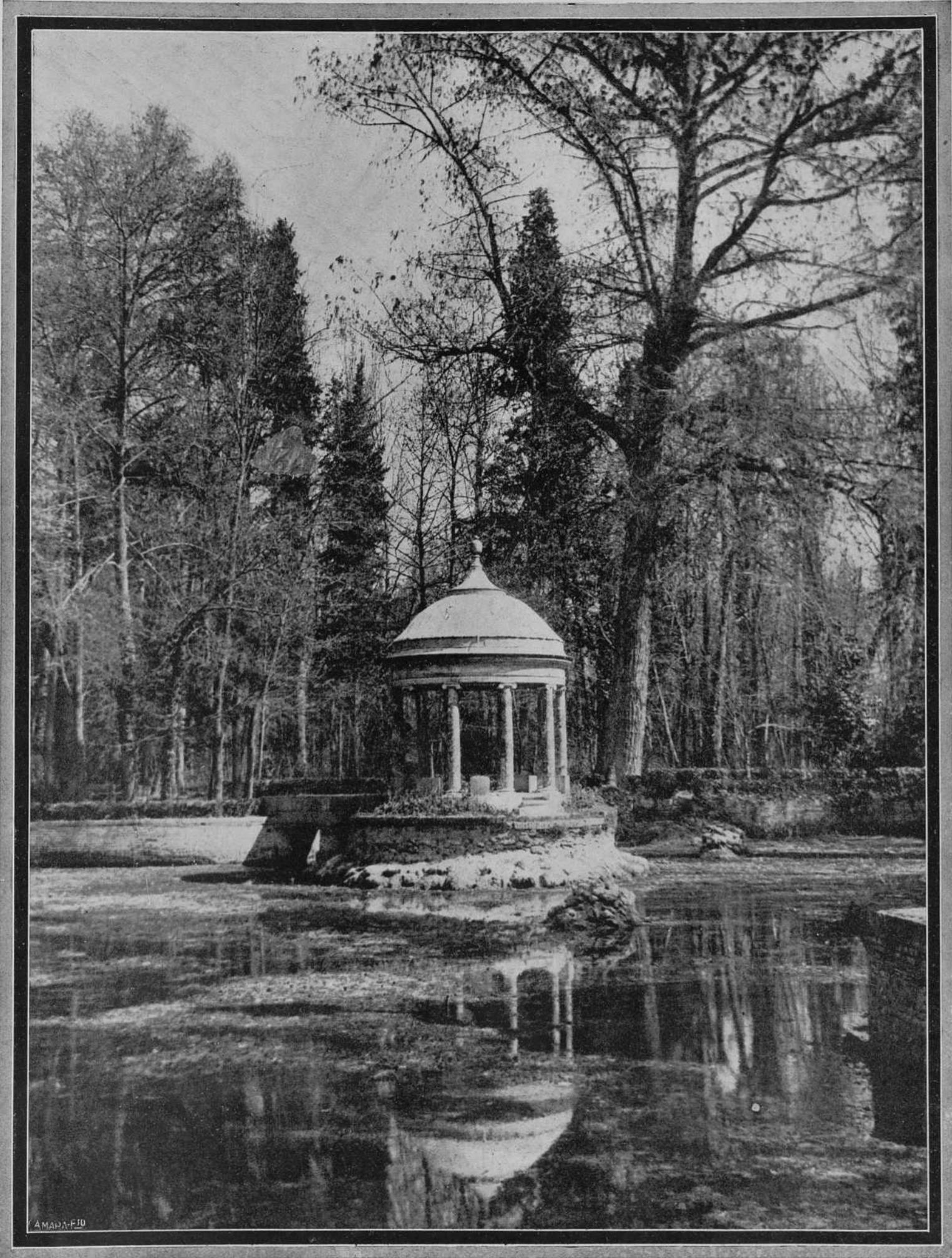
Era tradicional é inevitable, -en la pareja amorosa del siglo XIX, el galán de patilla y barba, de corbata de plastrón, de levita, de sombrero de copa. El galán que era eco de *Figaro*. Mas en esta pareja de hoy, junto á la damisela que pudo conocer á Espronceda y presenciar el estreno de *El trovador*, el galán perdió aquel viejo aire romántico, clásicamente enfermizo. Y así, de este modo, la pareja que era de drama, es aquí de opereta. La mujer y el soldado están en ese momento en que la orquesta toca los primeros compases para el dúo, que podrá tener, por ejemplo, música de Vives.

(Dibujo de Ferrer)



LOS BELLOS ALRE-
DEDORES DE MADRID

Cuando Madrid vivía encerrado entre la puerta de San Vicente y la de Santa Bárbara, y le rodeaban el cerrillo de San Blas, el cerrete del Polvorista, la Tela y el Campo del Tío Mereje, pudo tener merecida fama de villa alzada sobre un erial polvoriento y triste. El Prado era su único paseo, y la Castellana, la fuente famosa, su remoto lugar de excursión. Pero Madrid creció; derrocados los muros y francas sus puertas, desaparecidas ó transformadas en monumentos decorativos, el Guadarrama es su paseo; El Pardo, poco menos que una de sus calles, y Aranjuez—este admirable Aranjuez de nuestras fotografías—, su jardín. (Fot. Gaspar)



AMAPA-FIO

Bello jardín creado para recreo de Reyes, poblado de dioses mitológicos, pléticos de simbolismo, y modelos eternos de belleza humana. Salamanca le abrió a la admiración y al deleite de la Villa y Corte cuando creó el primer ferrocarril en nuestra tierra, y ahora, con trenes y automóviles de fácil empleo, es como una prolongación de la Castellana ó del Retiro. Prolongación bellísima que los Reyes hicieron para sí, y el pueblo puede gozar ahora, generosamente cedidos en nuestros tiempos de democracia. Los dos bellos momentos de los jardines que ilustran estas páginas son muestras de su interés estético. (Fot. Gaspar)

ARANJUEZ, JARDÍN
DE LA VILLA Y CORTE



Emilio
Ferrer

El siglo xvii es la severidad, la palabra rígida y dura, la expresión ceñuda, señorial. Siglo de líneas rectas, de caracteres inflexibles, de sentimientos—como el del honor—que tienen un espíritu de dureza y de crueldad. Aún parece que pesa sobre las almas la gran sombra de la Edad Media. El mismo amor—diablo burlón—ha de esconder sus piruetas y sus alegrías bajo un código de severidades. La misma ropa femenina—negros, morados—parece responder á aquel espíritu de pesadumbre, á aquella total sensación de penumbras y de condenaciones.

(Dibujo de Ferrer)



... Sus vértices proyectarían docenas de intensos haces luminosos cortando el espacio...



«SOÑEMOS, ALMA, SOÑEMOS»

La maravillosa isla flotante que España daría á los océanos

EN una noche tibia del otoño de 1929 había una viejecita sentada frente á la Fuente mágica de la Exposición de Barcelona. Era una viejecita menuda, vestida pobremente, llegada hasta allí después de Dios sabe cuántos sacrificios y desde no sé qué fondo de la Castilla árida. Tenía las manos cruzadas y el rostro extático, como ante un altar.

Por sus mejillas resbalaba el llanto manso, camino de la sonrisa absorta, perdiéndose y quedándose en las arrugas faciales.

Al lado de la viejecita, un adolescente, también con traza y ropas humildes, aparecía transfigurado, radiante, como si quisiera evadirse de sí mismo. Tenía la cabeza descubierta, y sonreía también apretando los dientes.

—¿Qué, buena mujer? ¿Le gusta?

—¿Qué, buena mujer? ¿Le gusta? Alguien se acercó á ellos, y luego de mirarlos sin que le vieran, preguntó:

—¿Qué, buena mujer? ¿Le gusta? Alguien se acercó á ellos, y luego de mirarlos sin que le vieran, preguntó:

—¿Qué, buena mujer? ¿Le gusta? Alguien se acercó á ellos, y luego de mirarlos sin que le vieran, preguntó:

—¿Qué, buena mujer? ¿Le gusta? Alguien se acercó á ellos, y luego de mirarlos sin que le vieran, preguntó:

Ciertamente—pensé entonces y recuerdo ahora—, he aquí una prodigiosa lección de grandes sueños, de deseos de superación espiritual: el espectáculo de las fuentes luminosas, el embrujamiento nocturno que durante un año hizo de Barcelona faro del mundo.

Feérico don de belleza y de ensoñación otorgaban cada noche á las gentes venidas de lejos y á las que cotidianamente acudían á sentirse infantilizados los ojos y el alma.

Agua, luz, color y cristal, puestos al servicio de una fantasía disciplinada por la ciencia y estimulada por el juvenil entusiasmo del animador, ofrecían la mayor fiesta de ilusión que les ha sido dado contemplar á los hombres en nuestra época.

Subir ó descender por aquellas regias escalinatas centrales; levantar la mirada hacia el armónico deslumbramiento de la fachada del Palacio Nacional y contemplar la pompa acaática viva y multiforme á sus pies; circular por el Jardín de Agua de la Plaza del Universo, equivalía á vivir por unos instantes la imaginaria existencia de unos personajes de cuento ó de leyenda. No ya superaba aquel buen milagro de la ciencia y del ingenio sensible á cuanto ingenieros y poetas concibieron y realizaron hasta entonces, sino que ensombrecía y disminuía la sugestión fulgurante de los relatos idealistas. Bengalas que se apagan en un cielo obscuro



Como en una Venecia de ensueño, las góndolas recorrerían los canales entre selvas de luz

ó en el agua quieta de los lagos y los estanques son, por ejemplo, los alardes orientales que hechizaron sucesivas generaciones. Aún se piensa, sin embargo, en *Las mil y una noches* por como era hasta ahora la meta de la fantasía.

Pero realmente aquellos artificios estaban al otro lado, y más allá también de lo que pintores apasionados esencialmente de la luz, y lo que dibujantes exaltados pudieron crear para alivio de espíritus fatigados y sedientos de irrealidad.

Era frecuente sorprender los éxtasis mudos, las lágrimas silenciosas y no avergonzadas de gratitud, como los de la viejecita y el adolescente; el arrobamiento común y contagioso que fraternizaba á desconocidos frente á las formas y los tonos cambiantes del agua y la luz, emperatrices de la Exposición. Los pedazos compactos de muchedumbre, las siluetas aisladas, las masas inmóviles extendidas á lo largo de los paseos radiales de las plazoletas ó en las plataformas sucesivas de la gradería, añadían el contraste negro, el color anónimo de su tributo admirativo.

Prolongaban en la verdad magnífica esa sensación de pequeñez comparativa que marcan las figuras humanas y los vehículos en los planos y proyectos arquitectónicos cuando se quiere mostrar la grandeza de las edificaciones. Millares de personas nada eran bajo la abrumadora, y al mismo tiempo sutil, magnitud de la obra mágica. El rumor del agua vencía los rumores de sus pisadas y de sus voces, como los juegos de luz aún hacían más opaca la vulgaridad cromática multitudinaria.

¡Cuán remotas, cuán fracasadas parecían las viejas iluminaciones á base de sustentáculos de focos lumínicos, de proyectores y reflectores que destiñen su luz sobre los transeúntes y no saben detenerse en los contornos arquitectónicos! Distantes y empobrecidos también los arcos silueteados de bombillas pintadas de un

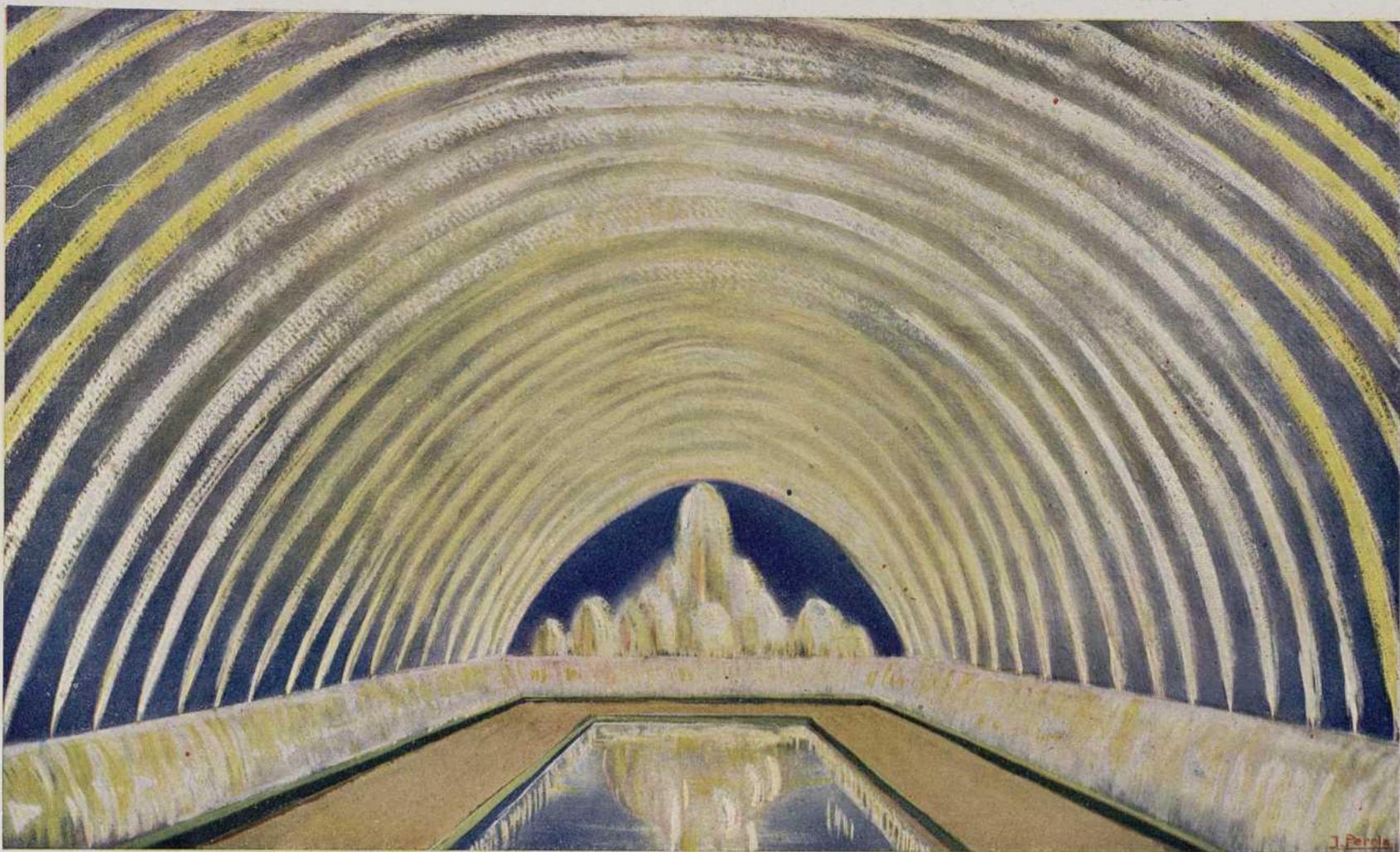
color único que «abotonaban» las noches con sus livideces cansadas y sus blancuras bobas.

Antes de la Exposición de Barcelona, los dos ejemplos de aplicación de la electricidad á juegos de luz y de agua, que se invocaban como de suprema magnificencia, eran el de la Exposición de San Francisco de California, en 1925, y el de las Fuentes Vedoveli de la Exposición de Artes Decorativas de París, en el mismo año.

Pero entre los puntos luminosos sobre postes, aun con el velado de telas policromadas, de la Exposición Iberoamericana, á los obeliscos y á los seiscientos motivos decorativos de cristal con sus combinaciones en la Exposición de Barcelona, y entre el caudal de agua, número de variaciones y disposición de tubos toberas y salidas de luz de las fuentes de París y el gran Surtidor de Barcelona, la comparación no podía ni siquiera suponerse posible de intentarla.

La virtud de ensañación de aquellos prodigios barceloneses estaba precisamente en su calidad de misterio triunfal, de audacia con resortes secretos é insospechadas mutaciones. No se sabía de dónde brotaba la luz y adónde se iba el agua después de desmelenarse en el aire y de mentir mantos sonoros de plata, de ópalos, de berilos, de amatistas, crisopacios y telones de áureos brocados. El Palacio Nacional, las balaustradas y minaretes de los palacios de Alfonso XIII y Reina Victoria se tornaban ingrátidos, quiméricos. Sin perder aquél sus líneas clásicamente españolas, la imponente majestad que acusan sus torres y cúpulas reminiscencias de templos venerados por la piedad y el arte de los siglos, adquiría súbitas y fugitivas apariencias de fantasmagoría.

Incluso no podía evitarse, á veces, contemplando de lejos los rayos culminan-

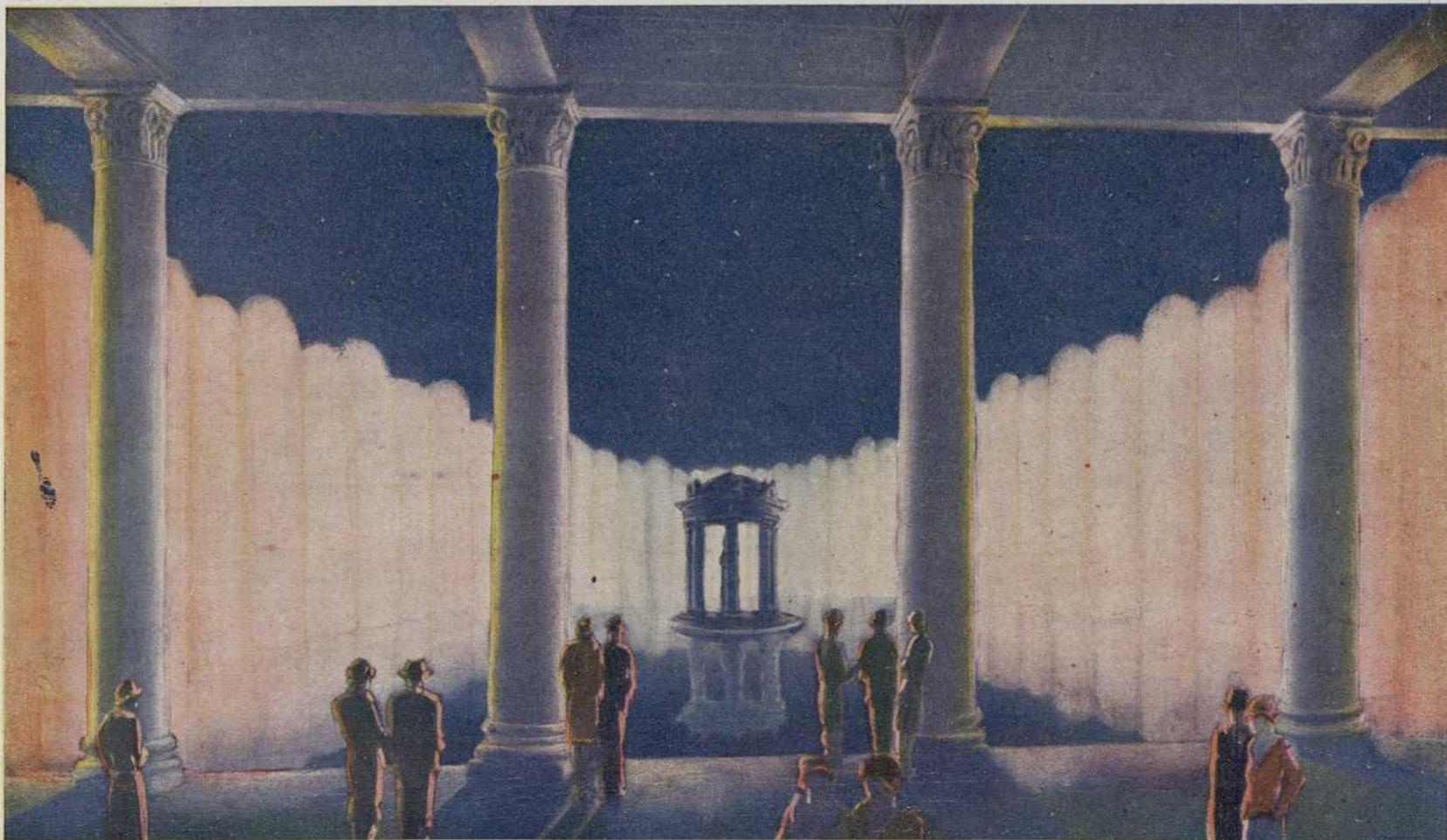


Bajo bóvedas vivas, palpitanes de agua y luz, quietos estanques como los que amaban los sultanes nazaritas

tes que surtían en abanico desde la torre central y tacleaban las sombras del cielo á muchos kilómetros de distancia, la idea de que algo divino descendía á bendecir la obra humana y á proteger los tesoros reunidos por primera y única vez en aquel Palacio, y procedente de las basílicas, los monasterios y los templos humildes de toda España.

—¡Difícil de superar todo esto!— dijimos otra noche al animador, á este Carlos Buhigas que realizó el milagro.

El tardó en contestar. Estábamos junto al «pupitre de contactos», en la tribuna del Palacio de la Fuerza Motriz, en aquella especie de torrecita de carillero flamenco ó de capitán de buque desde la cual el ingeniero artista y sus ayu-



Una amplia y alta columnata que sólo dejaría la visión despejada hacia el grupo central...

dantes tecleaban la maniobra fulguradora, timoneaban el navío empavesado que era la Exposición y lanzaban las armonías lumínicas como los sonidos el organista de los *beffoies* belgas; jugando con los cuatrocientos mil metros cuadrados de vidrio y coloraciones diferentes de los motivos decorativos; cambiando las coloraciones y las formas de los dos mil cuatrocientos cincuenta litros de agua por segundo que circulan en la cascada superior del Palacio Nacional; los dos mil seiscientos diez litros por segundo del gran surtidor luminoso en su estanque de sesenta y dos por cuarenta y nueve metros y sus cuarenta combinaciones diferentes; los mil cuatrocientos litros por segundo del Jardín de Agua de la Plaza del Universo; produciendo las fantásticas iluminaciones del Palacio Nacional por el empleo de reactancias que obraban sobre los diversos conjuntos de poderosos reflectores de lámparas tubulares.

—Difícil de superar todo esto, amigo mío—repetí.

—No lo crea. Esto no es nada para lo que quisiera hacer, para lo que se puede hacer—contestó Buhigas con su voz suave y su expresión envaguecida.

Buhigas es un hombre afable y tímido. Parece, aun después de saber cuanto lleva realizado y cuanto tiene por realizar todavía, un oficinista de los puntuales y sin medro personal, un comerciante de los que no serán nunca consocios ni conductores de la Casa donde preste sus servicios, un eterno novio de burguesita de ayer que no está seguro de ganar las oposiciones modestas que le consientan casarse. Se ruboriza cuando empieza a hablar, y las manos le tiemblan...

Pero poco a poco, el artista, el iluminado—porque también para expresar su



Los «geisers» de cien metros de altura dibujarían variadísimas formas caprichosas y brillantes

condición espiritual hay que evocar la idea de la luz interior ungida misteriosamente—se transfigura. Su voz adquiere modulaciones cantarinas de extraordinarias sonoridad y armonía. Sus ojos negros parece que dejan de verlo que está frente de él para mirar más allá todavía de las luces y las formas cambiantes por él creadas. Y entonces realmente lo conseguido ya no le importa. Está sediento de futuro, insaciado de una extraña inquietud apostólica.

Porque no la codicia del dinero y de la gloria mueven a este hombre, sino el afán de hacer distintas y cariciosas las noches a sus contemporáneos, de cambiar la ciudad y el campo, donde cada día la Humanidad sufre, trabaja y lucha, en lugares paradisiacos que le aníen el espíritu y le sosieguen el cuerpo. Imagina lo que serán los jardines de cristal y las selvas de agua cuidados por la poesía de la luz; imagina los conciertos hidráulicos, los órganos en cuya tubería, no el aire, sino el agua, produzca los sonidos, y la música responda a las gradaciones lumínicas.

Fué entonces cuando me habló por primera vez de su proyecto de la isla flotante y movable a través de los mares para mayor gloria de España:

—La Humanidad—decía—no demuestra mucha inventiva para crear nuevas y extraordinarias visiones. Si se excluye el cine, apenas si contamos con espectáculos que sean fundamentalmente originales respecto a los que se ofrecían algunos siglos atrás. Y como el hombre tiene un espíritu, son tanto ó más interesantes para su felicidad los medios de divertirse, de emocionarse estéticamente, que los progresos técnicoindustriales destinados a proporcionarle bienestar material. Por lo tanto, sería en este concepto de un alto valor humanitario el crear espectáculos



Ofrecería feéricos aspectos con sus caprichosos apliques de cristal luminoso en tonos insospechados y cambiantes



Podría circular el visitante entre las plantas de agua luminosa de un bosque quimérico

néditos é impresionantes, de los cuales pudiera disfrutar el mayor número de personas en el mayor número de países. La isla flotante, por ejemplo.

—¿Una isla flotante?

—Sí. Un conjunto grandioso de espectáculos y la inclusión de una completísima Exposición industrial y artística, representativa de la nación española en un buque enorme. Una construcción náutica de trescientos veinte metros de larga, por sesenta de ancho en la flotación y ochenta metros en la plataforma superior. Desde el muelle se ingresaría á ella por una escalinata-puente. Ya en su interior, y sobre las plazas superiores, nada se percibiría del mundo exterior.

En primer lugar, se pasaría por una plaza circular de sesenta metros de diámetro, bordeada de altas agujas de material brillante y cristal de treinta ó cuarenta metros de altura, coronadas por estrellas de vidrios. En el centro, otros obeliscos semejantes rodearían al obelisco central, de sesenta metros de alto. De noche brillarían estas agujas con claridades de tonos continuamente varios. Multitud de hilos de agua luminosa se deslizarían por entre ellas, y columnas de vapores luminiscentes ascenderían al cielo. Las estrellas cristalinas de sus vértices lucirían sus destellos de colores cambiantes. Súbitamente, estas luces se apagarían, y las estrellas y agujas quedarían aureoladas por una caprichosa red de chispas ó alforescencias luminosas, adquiriendo un fantástico aspecto de ingravidez. Y sus vértices proyectarían docenas de intensos haces luminosos, cortando el espacio.

Atravesada esta región, se ingresaría en una vasta plaza de doscientos veinte metros por ochenta, rodeada completamente por un conjunto armónico de muy altos y variadísimos juegos de agua luminosa, en constante mutación de forma

y color, siguiendo el ritmo musical de composiciones al efecto escritas. Este grandioso teatro de agua, luz y música envolvería por completo al espectador. En torno suyo, los *geisers* de cien metros de altura dibujarían infinitas formas caprichosas, los pebeteros dejarían escapar sus vapores lumínicos, las plantas y flores estilizadas de cristal irradiarían suaves resplandores, los obeliscos incandescentes recortarían sus definidas siluetas, mientras que lenguas de fuego y multitud de columnas de luz oscilantes, formando variadas composiciones, según su inclinación y número, completarían la visión alucinante.

—Pero entonces—interrumpió—las fuentes luminosas de Barcelona...

—Las fuentes de Barcelona no serían nada al lado de este espectáculo—contestó Buhigas.

Y con su acento adormecedor y sus miradas errabundas, continuó:

—En la parte posterior de esta plaza, detrás de una plataforma escenario, donde se representarían danzas clásicas cuyos ritmos se armonizarían con la combinada sintonía de agua, luz y música, podría circular el visitante por entre las plantas de agua luminosa de un bosque quimérico. Periódicamente, simultáneamente, cambiarían de forma y de color estas plantas de agua. Ora serían verdes palmeras, que se convertirían en morados cipreses; ora aplanadas flores rojas, que se transformarían en ramilletes de lirios blancos, y así indefinidamente en constante metamorfosis. Atravesada esta plaza por debajo de la zona de juegos de agua, se ingresaría en una plazoleta rodeada de una amplia y elevada columnata, que sólo dejaría la visión despejada hacia el grupo central de surtidores y cascadas, constituyendo un grandioso anfiteatro, con restaurantes y miradores para contemplar de



Visiones del «Mundo perdido», de Conán Doyle; del «Viaje al centro de la Tierra», de Julio Verne

cerca y bien enmarcado el conjunto de agua y luz más notable y variado que se realizó jamás en el mundo.

Bajo cubierta estarían las galerías de Exposición de Arte é Industrias Nacionales, y podría, además, el visitante realizar un ilusorio viaje alrededor de España.

Por un descensor bajaría hasta un andén, y allí tomaría asiento en la plataforma-vagoneta de un convencional y simbólico tren. Este se pondría en marcha, y penetraría en un túnel. De pronto se iluminaría el espacio, apareciendo á su vista un panorama, por ejemplo, de las rías de Galicia, visto bajo una arboleda. Este panorama, como los demás, sería animado: las nubes proyectadas sobre el cielo por él se desplazarían, el viento agitaría los árboles, y los buques navegarían sobre el agua, de superficie rizada, formando olas de proporcional tamaño. Gradualmente obscurecería, y una claridad crepuscular precedería á la visión nocturna,

con las luces de las naves y poblaciones costeras reflejadas en la superficie del mar. Luego de apagadas totalmente las luces, cubriría nuevamente el simbólico túnel la plataforma del tren mágico, y éste emprendería de nuevo su camino para irse deteniendo sucesivamente en los más diversos y característicos panoramas de Asturias, Andalucía, Castilla, Cataluña, Extremadura, Levante...

Pero el más importante viaje, la más importante de las atracciones, sería la expedición al País del Ensueño. Esta fantástica atracción ocuparía más de la cuarta parte de la capacidad de la isla. Imposible describirla con palabras. Todo cuanto pueda dar de sí la técnica al servicio de la más desbordada potencia imaginativa se aplicaría para producir alucinante impresión sobre el espectador. Grutas maravillosas, palacios de ilusión, con mutaciones hasta el infinito; pasos por el interior de nubes de vapores luminiscentes; visiones del *Mundo perdido*, de Conán



El visitante podría después realizar un ilusorio viaje alrededor de España

Doyle; del *Viaje al centro de la Tierra*, de Julio Verne; de los *Viajes de Dante* en la *Divina Comedia*, interpretados por una fantasía estilizadora y realizados con inaudito derroche de riqueza en los materiales y perfección en los procedimientos, utilizando profusamente grandes espejos para multiplicar las perspectivas, y dotando

de la máxima mutabilidad los efectos escénicos, para conseguir emociones imborrables y visiones que nunca se olvidarían...

—Pero todo esto—interrumpo—costaría muchísimo dinero.

—Costaría mucho, y produciría muchísimo más todavía. He calculado el coste



Periódicamente y simultáneamente cambiarían de color todas estas plantas de agua



Los juegos de agua y luces de la Exposición de Barcelona nada serían al lado de este espectáculo

de la construcción naval propiamente dicha, incluyendo la propulsión y servicios auxiliares, en mil pesetas por tonelada de registro total. Este precio es más que suficiente, considerando que el precio por tonelada de construcción de buques de carga oscila entre 650 y 900 pesetas, y la índole de nuestra construcción, por lo que se refiere al casco y propulsión, es comparable a la de los cargos. Aplicando este precio a las 110.000 toneladas de registro bruto de la isla, obtendremos un importe de 110 millones. Y, por último, el coste total de las atracciones, espectáculos, decoraciones, etcétera, etc., unos cincuenta millones. Pero, en cambio, el ingreso anual por explotación en el Extranjero de la Isla Flotante sería de *ciento veintidós millones*. Si de esta cantidad se deducen quince millones



Quedarían aureoladas por una caprichosa red de chispas, adquiriendo un irreal aspecto de ingravidez y de dinámico deslumbramiento

(Bocetos originales de Carlos Buhigas)

á que puede ascender la parte de los gastos de explotación, cuyo importe iría al Extranjero, queda en 107 millones de pesetas la cifra de ingreso anual en España, cantidad nada despreciable, ni en valor absoluto ni en relación con el desnivel de la balanza comercial.

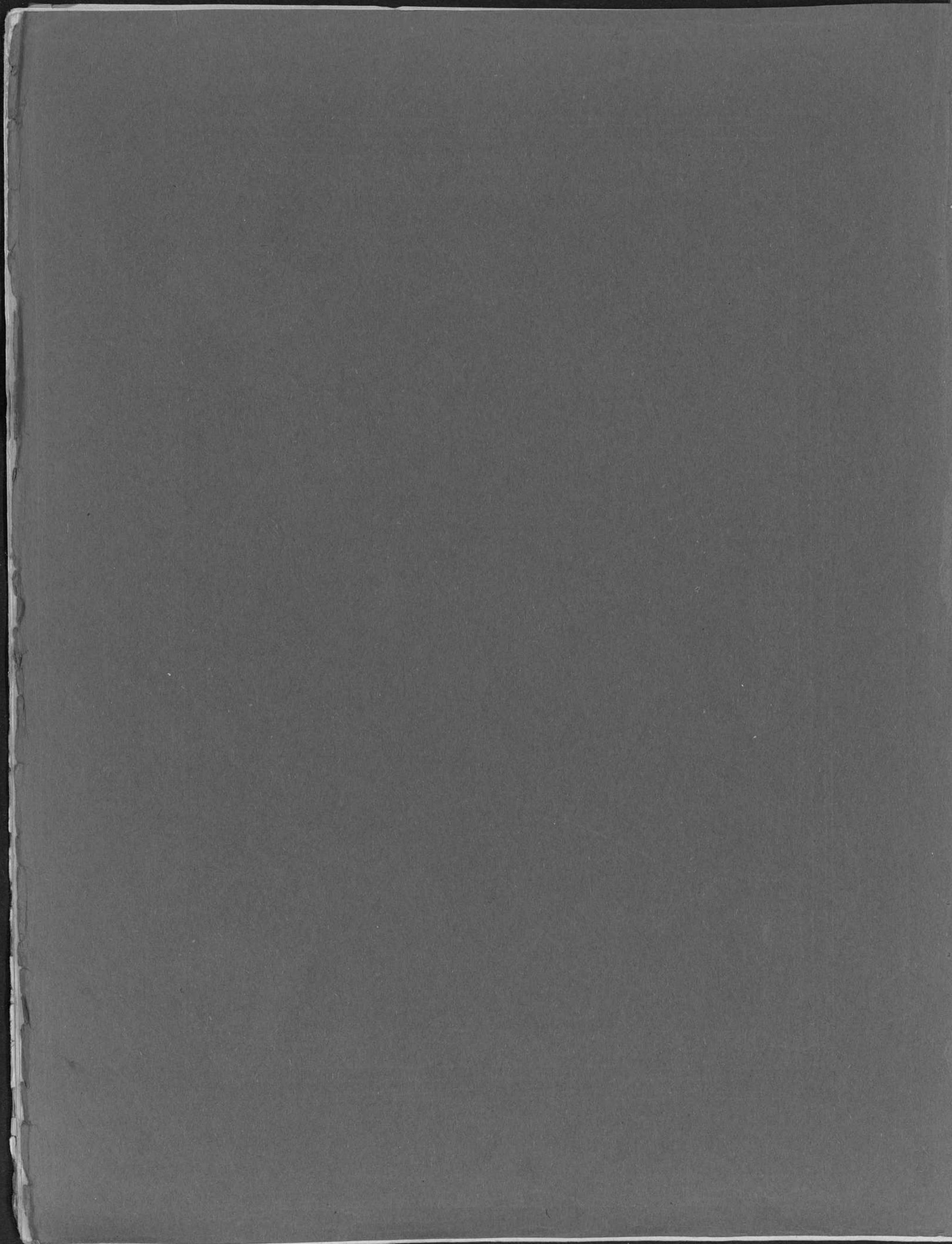
Mientras así hablaba Carlos Buhigas, yo recordaba la viejecita y el adolescente que viera una noche del otoño anterior absortos ante la fuente mágica de Barcelona. «He aquí, viejecita—pensé—un espectáculo que tú ya no alcanzarás, pero que tu nieto podrá vivir y sentir en torno suyo, como el símbolo esplendoroso del alma nueva de España, cumpliendo su destino á la lumbrada sonora y dinámica del sueño que embrujaría todas las playas y los puertos del mundo...»

FORTUNIO



MODISTILLAS MADRILEÑAS

Cuadro de Pedro Antonio



VERITAS



ESTO
ES LO DIFICIL



Ese pedacito de cara, quita el sueño a muchas mujeres. Los puntos negros lo invaden todo como una pesadilla. Pero con Heno de Pravia desaparecen. Está hecho a base de aceite de oliva y todos sus ingredientes aseguran la pureza y la eficacia necesarias.



Haga una espuma bien espesa con agua muy caliente y aplíquela generosamente a la parte atacada por los puntos negros. Insista en un masaje suave durante varios minutos, renovando con espuma bien caliente la espuma ya fría. Enjúguese, sin aclarar, con la toalla: los puntos negros saldrán con una ligera presión. Aclárese con agua casi helada para cerrar los poros, y proceda a su «toilette». Esta sencilla operación, realizada a diario, mantendrá ese «pedacito difícil» tan igual y tan terso como sus mejillas.



PERFUMERIA
GAL
MADRID BUENOS AIRES

JABON HENO
DE PRAVIA

PASTILLA 1'25



LA CREACIÓN

OCASO

Cuando habló el Creador
por vez primera á Adán,
besándole en los ojos,
le dijo: «Mira el mundo.»

El cielo sonreía en la primera aurora
que ante el hombre lucía,
y estrenaban sus cantos el gallo y la canora
alondra.

Iba á nacer el huevo de luz, y en su arrebol
cacareó la aurora mientras ponía un sol...

Adán no comprendía
la sublime importancia
de la más bella hora del día.
Su pensamiento estaba sumido en la ignorancia.

No sentía su alma tristeza ni alegría.
Nació hecho ya hombre.
¡Extraño primer hombre, sin madre y sin infancia!,
desnudo de experiencia,
sin ciencia ni consciencia...

Pero cuando llegaron las postreras del día
y se incendió el ocaso en una inmensa hoguera,
Adán volvió los ojos á Dios por vez primera,
con la faz alterada, la frente cejijunta,
y Dios le dijo: «Habla», y esperó la pregunta;
pero Adán siguió mudo,
queriendo hacer, sin duda, del silencio su escudo.

Parecía que Adán presintiese el fatal
porvenir de la vida, ¡dolorosa presciencia!...,
teniendo la visión del turbulento río
de la humana existencia,
del cual debía ser pristino manantial
él mismo, ¿obedeciendo á su libre albedrío
ó al designio divino del Sumo Creador?
¡Si él era la simiente, Dios era el sembrador!...

CENIT

Dios le besó en la frente,
ordenándole. «Siente.»

Todo este mundo es tuyo.

Entre todos los seres que contigo he creado
tú serás quien posea mi secreto divino.

La vida es lo que ves bajo la luz del sol.
La noche misteriosa te mostrará el camino
que conduce á otras vidas
en el cielo encendidas.

Las i... nes fieles de la vida y la muerte
se mostrarán á ti á través de los días
en sus horas más bellas.
Alumbra un sol la vida,
¡pero, en cambio, la muerte sembrada está de estrellas!...
De noche las verás,
cuando se haya apagado
el sol,
¡y soñarás!...

LA TARDE

El día transcurrió sensiblemente vario,
y fué como un muestrario
de toda la grandeza
que despliega en un año
Mater-Naturaleza,
ajena al beneficio como al daño.

Se desencadenaron tempestades diversas.
La estrella de los vientos,
hélice de las horas,
girando raudamente
congregó prontamente
las mil fuerzas dispersas
de los cuatro elementos,
con las variaciones de las Cuatro Estaciones.
Adán no se asombraba ante tales hechizos:
ciclones, trombas, truenos, nevadas y granizos,
Arco iris radiantes,
centellas cegadoras.
Tras las rájagas gélidas, calores asfixiantes...
¡Eran meses las horas!...

LA NOCHE

Por fin, llegó la noche, lentamente, callada,
toda llena de astros de incomparable encanto,
y entonces sintió Adán el soplo del espanto
al ver cómo perdían sus colores las cosas,
y el sol aquel que había surgido de la nada
se esparcía en partículas apenas luminosas,
astros insuficientes para alumbrar la vida.

Cuando de pronto surge rasgando espesos velos
la luna toda nueva, de sonrisa encendida,
y Adán sintió en sus ojos el beso de los cielos,
despertando en su alma el súbito deseo
de ser entre los hombres el primer Prometeo.

Pero la voz divina le susurró al oído:
«Tu reino es éste, Adán, y no des al olvido
mi primera advertencia.
Aquí te ata la vida;
tu cuerpo es de este mundo, que es punto de partida
Porque tu inteligencia,
si quiere remontarse á esos mundos lejanos,
tendrá que descifrar el libro de mi ciencia,
donde guardo la clave de todos los arcanos
con estrellas escrita,
en la celeste página de lectura infinita.

Pero aun es pronto, Adán, para darte mi ciencia.
Tu vida está en su aurora vestida de inocencia,
é innumerables soles tendrás que ver nacer
antes de que en tu mente dé su fruto el saber...
Tu pensamiento en flor
aun tiene que gustar,
antes que el de la ciencia, el fruto del amor.
Retarda tu pensar,
mientras los bellos soles te brindan el manjar
de sus días vernaes,
sin sombra de cuidados ni de males...
La noche es larga, ¡duerme!o

DESPERTAR

Adán cayó en el sueño,
y al nuevo amanecer
fué su sol
el risueño rostro de la Mujer...

Goy de Silva



MONTE-CARLO

LA JOYA DE
LA "CÔTE D'AZUR"

Fiestas de las Flores, fiestas nocturnas, los más hermosos espectáculos de Opera, Comedia y Danza; Grandes Conciertos clásicos, torneos de «Tennis» en el Country-Club, «Golf» en Mont-Agel, abierto todo el año; Regatas, Rallye Automóvil más célebre de Europa, concurso de Elegancia y Gran Premio de Velocidad. Monte-Carlo Beach, la playa moderna, con su piscina, su «restaurant», su hotel en plena quietud á orilla del mar, nada se ha descuidado para crear en Monte-Carlo esa atmósfera de lujo, placeres, deportes y elegancia que atrae, durante todas las estaciones, á la clientela internacional más refinada.

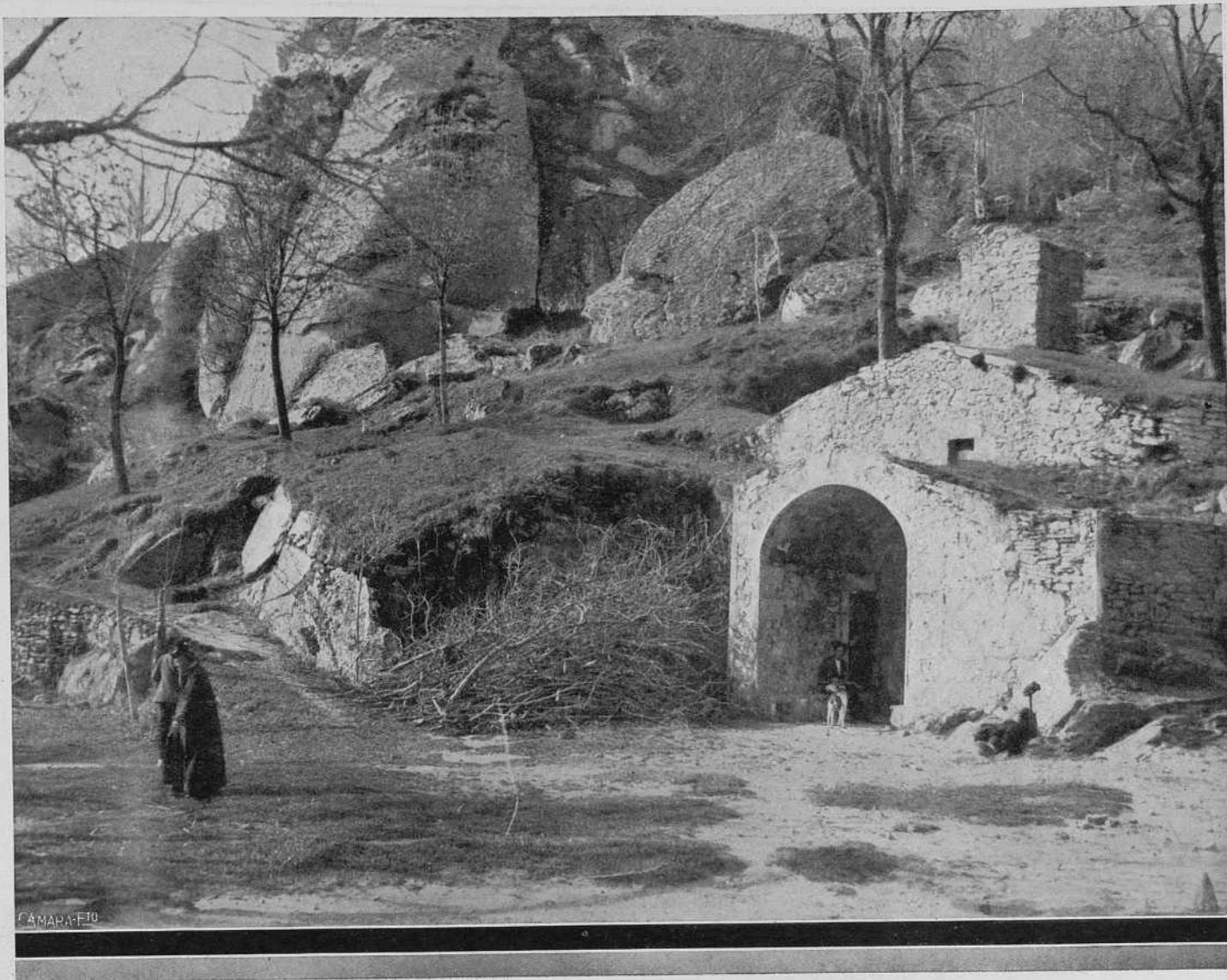
Para precios de los hoteles y toda clase de informes hay que dirigirse á la
SOCIÉTÉ DES BAINS DE MER—BUREAU BP.
MONTE-CARLO

CATALUÑA
PINTORESCA
DOS MOTIVOS
DE PAISAJE

CATALUÑA es rica en parajes pintorescos. Cada una de sus provincias los ofrece pródigamente, y en todos ellos el viajero encuentra motivos de sereno deleite estético.

En la provincia de Gerona, como incrustados en la roca viva, perforándola á veces, hay construcciones que tienen en sí, aun sin contar con la pétreo vecindad que la acrecienta, una particular belleza ruda y agreste.

La Fuente de la Salud—una más entre las innumerables fuentes de la salud desperdigadas por España—, en San Felú de Pallarols, es ca-



CÁMARA-FIU

Ermita y fuente de Nuestra Señora de la Salud, en San Felú de Pallarols (Gerona)



CÁMARA-FIU

racterística entre ellas. Colocada bajo la égida de una ermita dedicada á Nuestra Señora, muestra en ella un típico ejemplar de ruda construcción primitiva; parece como la atrevida entrada de un camino fantástico por donde el hombre quisiera llegar á descubrir los misterios del centro de la Tierra.

Es, sin embargo, un lugar que el cristiano toma como escala para comunicarse con la Divinidad, demandar sus favores y elevarse, devoto, sobre la tierra miserable.

Otro motivo de paisaje es, también en Gerona, la iglesia parroquial de Vilrá. Al a su torre, como una oración, al cielo, y tiene, en los ventanales de un muro sin remate, aspectos de ruinas; pero de ruinas que dan la impresión de una construcción frustrada, algo así como una aspiración no lograda, pero siempre en pie, bajo el amparo de las rocas durísimas que dan frente al mar.

La parroquia de Vidrá es como un anhelo de gran templo que aguarda almas piadosas que le realicen.

Iglesia parroquial de Vidrá, en la provincia de Gerona (Fots. Gaspar)

Regalo

Pascuas
Año Nuevo
y Reyes



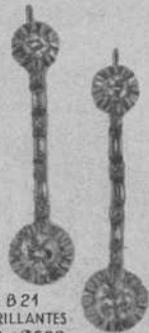
Alegría... esperanzas... felicitaciones y regalos.
Ya piensa usted en los que hará y en los que recibirá.
Pero tan solo la persona que tiene "chic" sabe diferenciarse
Que el presente sea voluminoso no indica sino mal gusto.
Que el presente sea bonito, a veces no indica sino dinero tirado: en estos tiempos inestables no hay que comprar cositas que pierden valor y pasan de moda.
Nada gustará como una joya valiosa y bella.
Valdrá mucho y costará poco si se compra a



C20
BRILLANTES
Plz. 1100



E 16
BRILLANTES
Plz. 550



B 21
BRILLANTES
Plz. 2500

C9
BRILLANTES
Plz. 1000.



C 29
ESMERALDA
Plz. 1000



A 13
BRILLANTES
Plz. 4000.

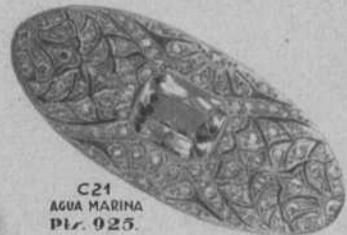
C 12
BRILLANTES
Plz. 1200.



E 16
BRILLANTES
Plz. 475.



D 5.
BRILLANTE
Plz. 1000.



C 21
AGUA MARINA
Plz. 925.



C 27
BRILLANTES
Plz. 1200



F 2
BRILLANTES
Plz. 475.



D 8
BRILLANTES
Plz. 1200



D 5
BRILLANTES
Plz. 1300



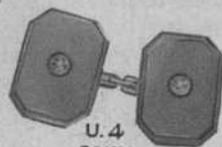
D 9
BRILLANTES
Plz. 1200.



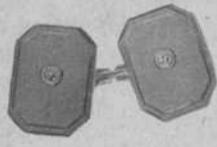
E 1
BRILLANTES
Plz. 500.



E 11
BRILLANTES
Plz. 475.



U. 4
ONIX
Plz. 300.



MODELOS DE
TAMAÑO NATURAL

TRUST JOYERO

PUERTA DEL SOL — MADRID



TRUST JOYERO
Apartado 356 - Madrid
remitirá gratis a quien lo
solicite su catálogo de
joyas y relojes, con sus
condiciones de venta por
correo y entrega a todas
las localidades de España



ANTOLOGÍA
UNA VEZ TENÍA UN CLAVO

Una vez tenía un clavo
clavado en el corazón,
y no recuerdo ya si era aquel clavo
de oro, de hierro ó de amor.
Sólo sé que me hizo un mal tan hondo,
que tanto me atormentó,
que día y noche sin cesar lloraba,
cual lloró Magdalena en la Pasión.
«Señor, que todo lo puedes
—pedíle una vez á Dios—,
dame valor para arrancar de un golpe
clavo de tal condición.»
Díomelo Dios, y arranquélo;
mas... ¿quién pensara? Después
ya no sentí más tormentos
ni supe qué era dolor;
supe sólo que un algo me faltaba
donde el clavo me faltó,
y enseguida empecé á sentir saudades
de aquella pena... ¡Buen Dios!
Este barro mortal que envuelve el alma,
¡quién lo entenderá, Señor!

ROSALIA DE CASTRO

Lacoma



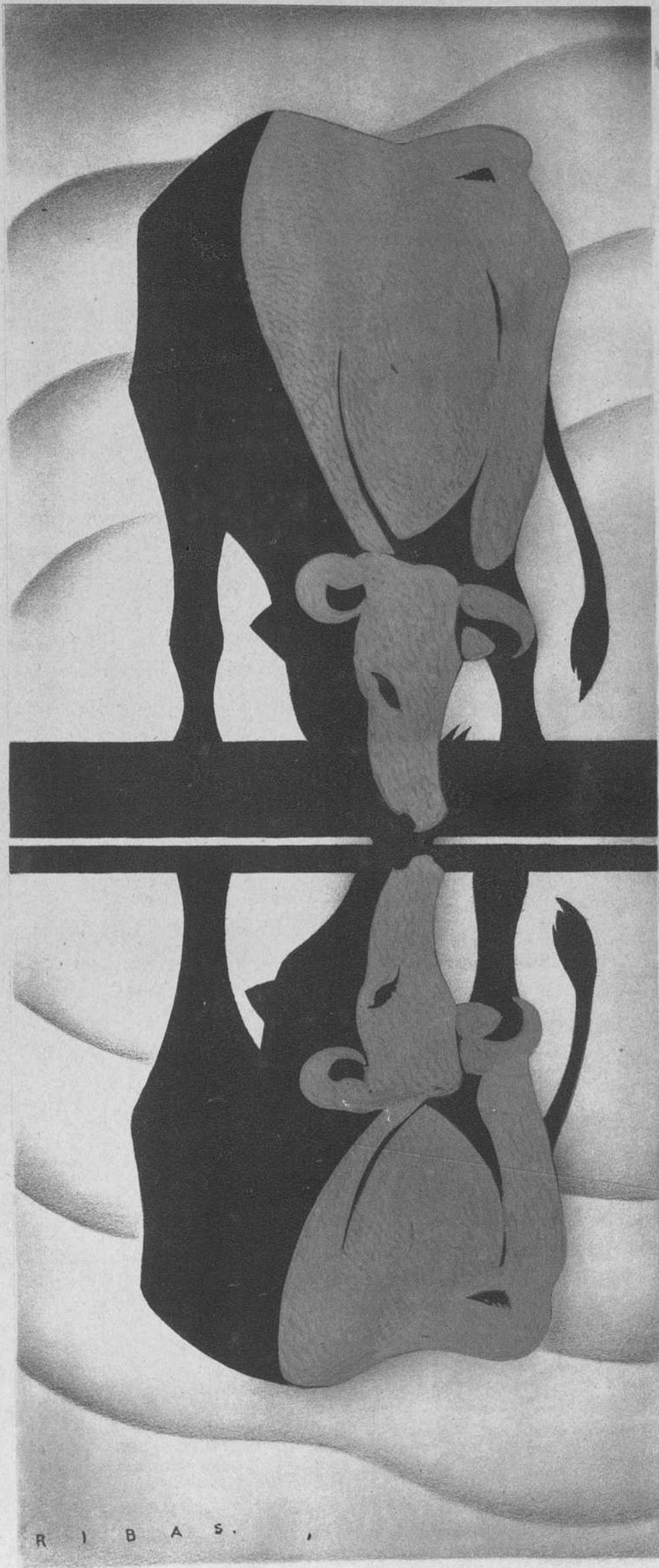
Es la Casa de Modas favorita de todas las señoras que saben vestir

La nueva modalidad implantada por Lacoma en su negocio, que la permite ofrecer las más selectas creaciones de la moda femenina á precios que oscilan entre 150 y 400 pesetas, ha tenido el éxito más lisonjero, habiendo sido preciso ampliar los talleres para dar cumplimiento á los constantes encargos.

Lacoma presenta durante el mes de Diciembre una magnífica colección de originalísimos vestidos de noche, además de los elegantes modelos de mañana y tarde de la colección corriente, é invita á las señoras para que asistan á los desfiles que tienen lugar diariamente en sus salones.

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 7
TELÉFONO 16576

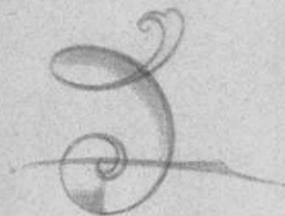




ANTOLOGÍA

LAVACA

IEGA



Tropezando con este y aquel tronco,
caminando con tiento hacia el estanque,
llega la vaca solitaria. Es ciega.
De un certero y funesto golpe de honda,
el rabadán le vació un ojo. El otro
se le enteló. La vaca es ahora ciega.
Va á abreviar á la fuente, como antaño,
mas sin el firme paso de otros días
y sin sus compañeras. Marcha sola.
Sus hermanas, por cimas y collados,
en la paz de los prados y riberas,
hacen sonar la esquila mientras pacen
hierba fresca al azar. Ella caería.
Da con el bello en el pilón gastado;
retrocede atontada, pero vuelve;
la testa inclina al agua y bebe en calma.
Bebe poco, sin sed. Después eleva
al cielo la testuz armada, enorme,
con trágica actitud. Sobre las muertas
pupilas parpadea. Luego torna,
huérfana de la luz de un sol que quema,
y dudando, por sendas que no olvida,
blande con languidez la larga cola.

JUAN MARAGALL

(Dibujo de Ribas)



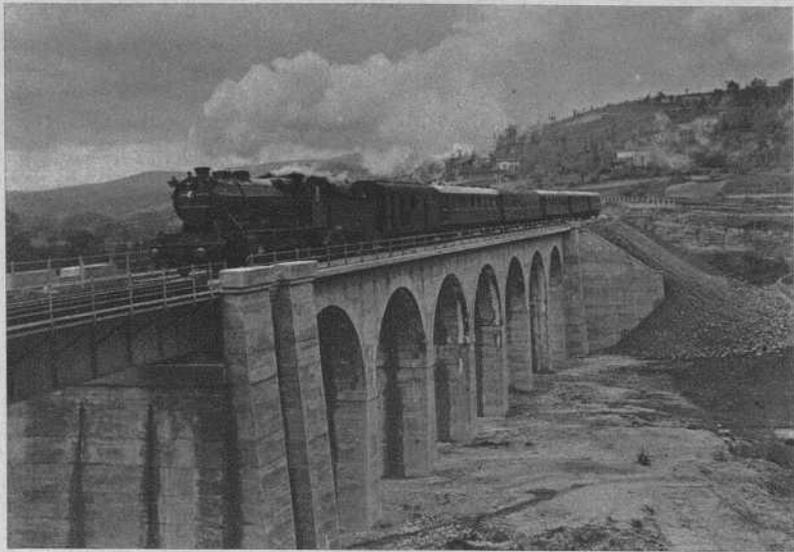
*El equipo para 1931
es el neumático:*

**FORT
DUNLOP**

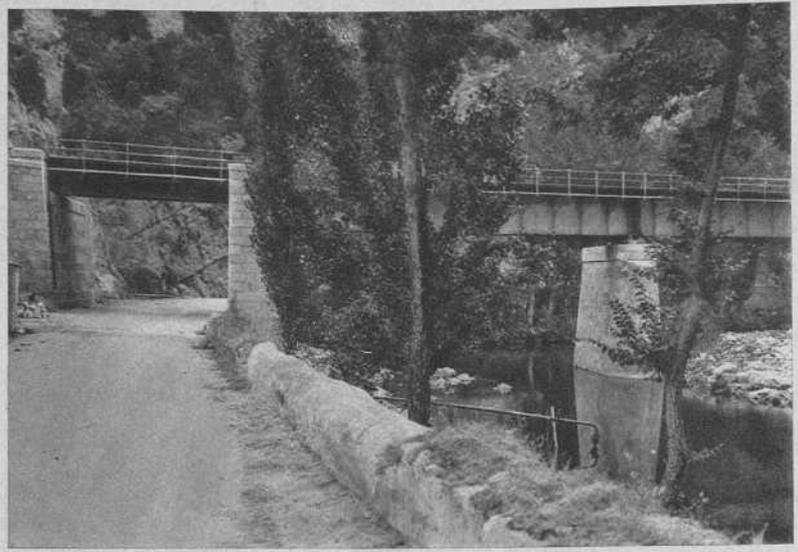
SOCIEDAD ESPAÑOLA
DUNLOP

S. A.
MADRID BARCELONA SEVILLA

CASTILLA Y EL MAR

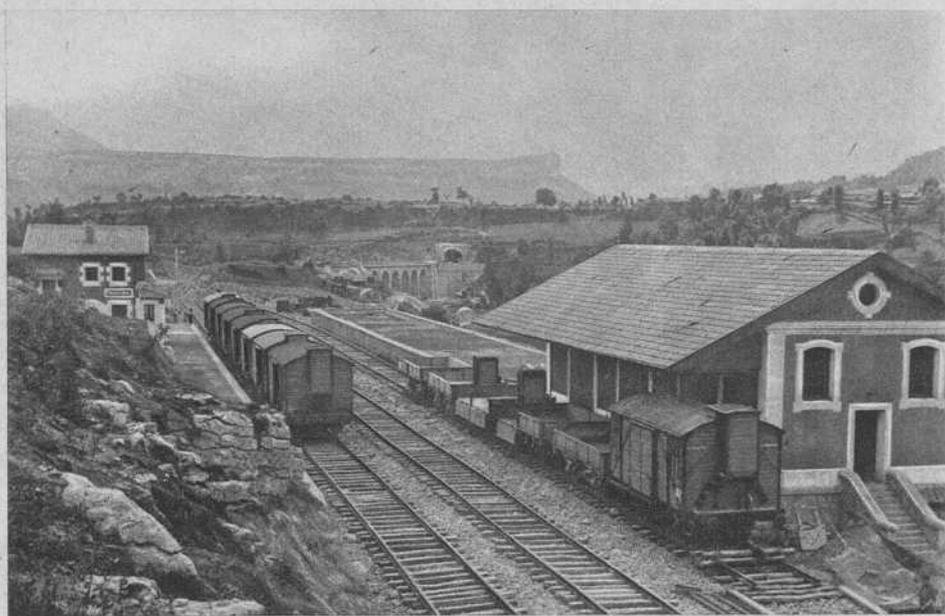


Una de las obras del ferrocarril, en las proximidades de Cádiz



Interesante cruce de carretera, río y ferrocarril en un rincón pintoresco

Se ha dicho que Castilla está triste porque no ve el mar. De aquí la tendencia del labrador castellano a subir al altzano para buscar consuelo contemplando el mar de oro de sus trigales, que, acariciados por el viento, se ondulan y rizan en doradas olas. El labriego gusta del horizonte dilatado, como el marino busca el más allá. Quiere la expansión de su espíritu, pero sabe que con ella va también la de sus intereses materiales. La salida al mar de los productos regados con el sudor de su frente supone su redención. Castilla tiene que horadar los peñascales que la separan de la costa para

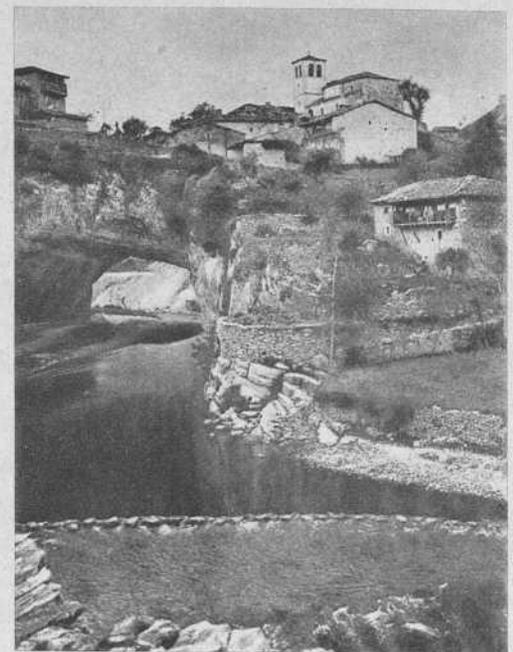


Pintoresco lugar en que está emplazada la estación de Besante-Cádiz, límite hoy de la línea, que espera «dar el salto» al puerto de Santander

contemplar las rutas marítimas del mundo. Estas aspiraciones y estos anhelos han de convertirse en realidad con el ferrocarril Santander-Mediterráneo, cuya solemne inauguración del último trozo de la línea, hasta ahora puesta en explotación, tuvo efecto el 20 del pasado mes de Noviembre. Falta «el salto» de Cádiz al puerto de Santander para que pueda decirse que Castilla tiene en la hermosa bahía santandereña el balcón adecuado a su grandeza. Y entonces el labrador castellano estará alegre y sus rudas canciones se dulcificarán con las melancólicas de los pescadores del Cantábrico.



El tren y el río, buenos amigos, cruzan abruptos lugares (Fots. Samot)



Puente natural, sobre el cual está situado el pueblo de Puente de y á cuyo fondo se ve la explanación del ferrocarril



ELEGANCIA
DISTINCIÓN
CALIDAD

Antes de comprar sus muebles y de instalarse en su casa nueva; antes de renovar su hogar, no se olvide Ud. de visitar nuestra Exposición permanente, instalada en el Paseo de Recoletos, 6, donde podremos mostrarle un grande y notable surtido de muebles clásicos y modernos, y facilitarle por medio de nuestros técnicos toda clase de consejos é ideas nuevas.

FABRICACIÓN PROPIA
CONSTRUCCIÓN SÓLIDA
PIDA PRESUPUESTOS



COMPañÍA DE MUEBLES Y DECORACIONES, S. A.
antes

B. PIQUERO Y C.^{IA}

Compradores en 1921 de los «stocks» de

WARING & GILLOW
de LONDRES

PASEO DE RECOLETOS, 6

MADRID

Teléfono 52608

Apartado 1.074

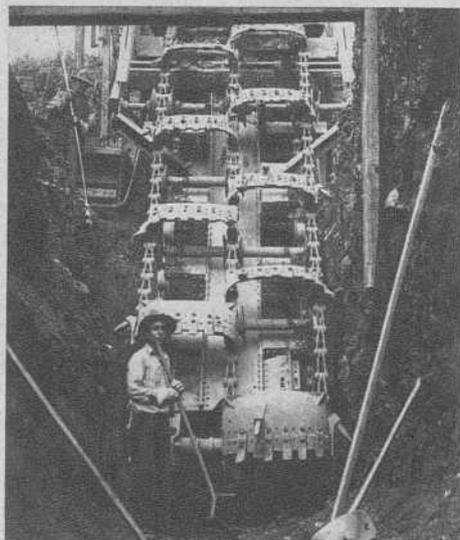


Relojerías y Joyerías.

Al por mayor:

JAIME JEQUIER (HIJO), MADRID.

La mayor excavadora del mundo



Entre los más gigantescos aparatos puestos al servicio de la ingeniería moderna debe citarse la excavadora de doble acción que representa la fotografía adjunta. La utiliza en sus trabajos la Empresa que tiene á su cargo el abastecimiento de aguas de la ciudad de Los Angeles, en California, empleándola en la apertura de zanjas. Esta excavadora de doble acción, que aunque en dimensiones más reducidas actuó ya en la guerra europea, realiza al día el trabajo de mil hombres, bastando sólo dos para su perfecto funcionamiento.

Bibliografía

Hemos recibido la *Guía Descriptiva de los Caminos de Hierro del Norte de España* (invierno de 1930-31).

Esta *Guía*, ilustrada con gran número de grabados y mapas, contiene los siguientes datos, de sumo interés para todos los viajeros:

Índice alfabético de horarios y descripciones — Índice alfabético de balnearios. — Tabla de tarifas. — Tarifas internacionales. — Índice de itinerarios. — Itinerarios descriptivos. — Reseña de balnearios. — Noticias generales. — Seguro obligatorio. — Billetes reducidos para los alrededores de Madrid. — Datos generales relativos á billetes reducidos, sencillos y de ida y vuelta, carruajes de lujo, billetes kilométricos, tarjetas de abono, viajes circulares y tarifas internacionales. — Marcha de trenes. Sección de anuncios generales. — Índice de anunciantes.

Hállase de venta en los Despachos centrales y bibliotecas de las estaciones de la Compañía, y, además, en las principales librerías de Madrid y provincias.

ADVERTENCIA Á NUESTROS LECTORES

EL PRESENTE NUMERO DE «LA ESFERA» CORRESPONDE AL DIA 3 DE ENERO DE 1931. POR CONSIGUIENTE, DESPUES DEL NUMERO DEL 27 DE DICIEMBRE, «LA ESFERA» NO APARECERA HASTA EL DIA 10 DE ENERO

Platería D. García (Fábrica)

ORFEBRE DE LA CASA REAL

Príncipe, 10-Sal. 2 al 8-Esparteros, 16 y 18

PARA ADELGAZAR DELGADOSE

NO PERJUDICA A LA SALUD. SIN YODO NI DERIVADOS DEL YODO, NI THYROIDINA. Precio 8'50
LABORATORIO PESQUI -Alameda 17- SAN SEBASTIAN(España)

La secretaria múltiple



He ahí una mujer extraordinaria. Es la señorita Sara F. Miller, que realiza el milagro de desempeñar doce secretarías particulares simultáneamente en la ciudad de Chicago. Esas doce secretarías son de otros tantos personajes políticos y hombres de negocios, lo que significa que á esta maravillosa secretaria no debe sobrarle tiempo durante las horas de despacho. El difícil problema de dar abasto á las instrucciones de sus doce principales de un modo rápido, lo ha resuelto instalando otros tantos receptores telefónicos en su escritorio. En la adjunta fotografía puede verse á miss Miller sentada detrás de su batería de teléfonos y en

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden
200 habitaciones :: 150 baños :: Orquesta
Precios moderados :: El más concurrido

plena labor. Al sonar el timbre de los aparatos, y guiándose sólo por el sonido especial de cada uno de ellos, hace uso, sin equivocarse jamás, del receptor correspondiente.

Lysosform

Desinfectante

de olor agradable. No mancha. Higiene íntima femenina. Curación de llagas granos, heridas. Contra infecciones.

Elixir dentífrico

Antiséptico único de la boca, de sabor fresco delicioso. Conserva la dentadura y evita caries. Purifica el aliento.

Jabón antiséptico

finísimo de tocador, muy neutro y perfumado. Para epidermis delicada é higiene infantil. Refresca y libra la piel de impurezas.

EL SOL, FLORES, UN CIELO SIEMPRE AZUL



unida a Lisboa por ferrocarril eléctrico, 25 minutos.
El clima mas ideal de Europa. Temperatura media :
Invierno 12°, Verano 17°. Temporada permanente.
Playa de arena. Magnífico centro de excursiones.

TODA CLASE DE ATRACCIONES Y DIVERSIONES :

Baños de mar, Golf, Tennis, Tiro de pichon, Natación,
Juegos nauticos, Carreras de automoviles, Regatas
internacionales, Fiestas de flores, Cinematografos,
Teatros.

GRAN CASINO

EN EL PARQUE MAS HERMOSO DEL MUNDO

CASINO INTERNATIONAL ABIERTO TODO EL AÑO

TODOS LOS JUEGOS DE LAS ESTACIONES TERMALES

Establecimiento termal, Installacion de hidroterapia,
fototerapia, termoterapia, electroterapia, mecanote-
rapia, masaje, gimnasia y fisioterapia. Tratamiento de
los reumatismos, linfatismo, enfermedades de la
nutricion, cardiovasculares, etc. Gran piscina de
natacion.

HOTELES : ESTORIL-PALACIO -- DU PARC --

Miramar - de Paris - d'Italie - Estrade - Panorama.
Muchas pensiones y villas y esplendidos lotes de
terreno en venta.

Tren de lujo : Sudexpreso (coches-camas) :

Irun, Victoria, Burgos, Valladolid, Medina del Campo,
Salamanca, Lisboa-Estoril (coche directo)

Deliciosos viajes de recreo por mar.

Companias Sud-Atlantica Burdeos-Lisboa, Royal
Mail Southampton-Cherburgo-Lisboa, Sud-Amerika-
nische Boulogne-sur-Mer-Lisboa-Estoril.

Todas las carreteras que conducen a Estoril son
excelentes.

COSTA DEL SOL PORTUGAL

Informes y folletos a quien lo solicite dirigiendose a : Estoril-Propagande, 67, Avenue des
Champs-Élysées, Paris, o a la Sociedade Propaganda da Costa do Sol, Estoril (Portugal)



Visite Vd.



la casa

AEOLIAN

VEA Y OIGA

los últimos modelos de Radio-Fonos de las mejores marcas mundiales. Modelos automáticos, tocando 30 discos por las dos caras. Altavoces suplementarios. Servicio técnico expertísimo. Doble garantía. Facilidades de pago. Aceptamos Pianos verticales, de cola y combinados á cuenta de toda compra. Pianos-«Pianolas» :: GRAMOLAS — DISCOS

CASA AEOLIAN: Av. C. Peñalver, 24

BARCELONA: IZABAL, Buensuceso, 5



Englebert

desea
á su distinguida
clientela
un feliz y próspero
Año Nuevo



S. A. E. Englebert

Madrid

Barcelona

Málaga



COMPOSICIÓN

Azúcar leche b, cinco ctgr.; extrac. regaliz, cinco ctgr.; extrac. diacodio, tres miligramos; extrac. medula vaca, tres miligramos; gomenol, cinco milig.; acúcar mentoanisado, cantidad suficiente para una pastilla.



Pastillas Aspaimé

Curan radicalmente la TOS porque combaten sus causas

Catarros, Ronqueras, Anginas, Laringitis, Bronquitis, Tuberculosis pulmonar, Asma y todas las afecciones en general de la Garganta, Bronquios y Pulmones

Las **PASTILLAS ASPAIME** superan á todas las conocidas, por su composición, que no puede ser más racional y científica, gusto agradable y el ser las únicas en que está resuelto el trascendental problema de los medicamentos balsámicos y volátiles, que se conservan indefinidamente y mantienen íntegras sus maravillosas propiedades medicinales para combatir, de una manera constante, rápida y eficaz, las enfermedades de las VIAS RESPIRATORIAS, que son la causa de TOS y SOFOCACION.

Las PASTILLAS ASPAIME son las recetadas por los médicos
Las PASTILLAS ASPAIME son las preferidas por los pacientes

Exigid siempre las legítimas **PASTILLAS ASPAIME** y no admitir sustituciones interesadas, de escasos ó nulos resultados

Las **PASTILLAS ASPAIME** se venden á UNA PESETA CAJA en las principales farmacias y droguerías, entregándose, al mismo tiempo, gratuitamente, una de muestra, muy cómoda para llevar en el bolsillo.

Especialidad farmacéutica del Laboratorio Sokatarg

Oficinas: Calle del Ter, 16, Barcelona.—Teléfono 50791.

Las **PASTILLAS ASPAIME** se venden á UNA PESETA CAJA en las principales farmacias y droguerías de España, Portugal y América.



Nota importantísima: Para demostrar y convencer que los rápidos y satisfactorios resultados para curar la TOS, mediante las PASTILLAS ASPAIME, no son posibles con sus similares, y que no hay actualmente otras pastillas que puedan superarlas, el Laboratorio Sókatarg manda gratis una cajita muestra de «Pastillas Aspaimé» á los que le envíen el recorte de este anuncio, acompañado de un sello de cinco céntimos, todo dentro de sobre franqueado con dos céntimos.



Fabrica de bolsos

Petacas, Carteras, Carpetas, Cajas para joyas, Manicuras, Juegos de escritorio, Sacos neceser, Maletas y toda clase de artículos de piel y de viaje

Ultimas creaciones en bolsos de señora

Especialidad en bolsos COCODRILO

ELIAS G. ESCOSURA
Arenal, 21 - MADRID - Tel. 14916

PUBLICITAS



CURE SU HERNIA

Por la acción persistente de su voluntad poderosa. Utilice nuestro REDUCTIVO-OBTURADOR SANY, y en un periodo relativo habrá alcanzado su anhelo de ser nuevamente un hombre perfecto. Con la misma sencillez que se cierra un corte, usted puede unir el distanciamiento de su membrana. Pida folleto, adjuntando sello de

Correo 0,35, a
INSTITUTO ORTOPÉDICO
Sabaté y Aemany, Canuda, 7, Barcelona.

ESTUDIO DE ARTE FOTOGRÁFICO

WALKEN

Sevilla, 16, MADRID

VALLADOLID
HOTEL INGLATERRA - Restaurant
TODO CONFORT-TE ÉFONOS EN LAS HABITACIONES-GARAGE GRATUITO

REDACCIÓN TELEFONOS ADMINISTRACIÓN
50.009 DE **51.017**
PRENSA GRAFICA

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



CANA



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince dias de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente. Cuidado con las imitaciones. De venta en todas partes.

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

ANUNCIO: V. PEREZ.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista :-: Dirigirse a esta Admón., Hermosilla, 57.

ALBERT'S BRASSERIE

Restaurant. - 54, Rue Vacon
MARSELLA SE HABLA ESPAÑOL

Pestañas largas y hermosas

Conseguiría usted tenerlas en muy pocos días, usando el

Gran invento VAZQUEZ

Se remite certificado a todas partes del mundo

Dirijan la correspondencia:

PERFUMERIA "MISTERIO"

San Onofre, 6 :: MADRID :: Teléf. 18463

Exclusiva de las publicaciones de **Prensa Gráfica**

EN LA

ISLA DE CUBA CULTURAL, S. A.

PROPIETARIA DE

LA MODERNA POESÍA, Pi y Margall, 135

Y

LIBRERÍA CERVANTES, Avda. de Italia, 62

HABANA